



LAS CALLES DE MADRID

DENSÁBAMOS hacer un detenido estudio crítico de la obra que acaban de dar á la estampa los excelentes escritores D. Hilario Peñasco y don Carlos Cambronero; nos hubiéramos complacido en poner de realce las bellezas que esmaltan volumen tan hermoso (1), en el cual cobra vida la antigua corte española, y habríamos entonado sinceros loores á la habilidad del reputado artista Sr. La Cerda, que ilustra el libro con preciosos dibujos y traza una cubierta elegantísima. Pero hemos preferido, á formar coro con los unánimes, espontáneos y calurosos aplausos que dedica la prensa toda al concienzudo trabajo de los Sres. Peñasco y Cambronero, que nuestros lectores saboreen uno de los capítulos de la interesantísima obra. Para bien de los segundos, que seguramente nos lo agradecerán, previa y amablemente autorizados por los autores, transcribimos á continuación el

(1) *Las calles de Madrid.* Noticias, tradiciones y curiosidades por D. Hilario Peñasco y D. Carlos Cambronero. Dibujos de La Cerda.—Madrid, 1889. En 4.º, 571 páginas y un plano de la villa de Madrid en tiempo de los Reyes Católicos. Precio: 7 pesetas.

RESUMEN DE LA HISTORIA DE MADRID

«Antes de comenzar la relación de las noticias, tradiciones y curiosidades de las calles de Madrid, hemos creído oportuno presentar al lector un resumen de la historia de la Villa, sin descender á detalles, sin detenernos á examinar minuciosamente los puntos que sirven de controversia á los cronistas. Nuestra misión ha de reducirse tan sólo á señalar los acontecimientos principales que han influído directamente en el adelantamiento material de la población, ó que han dado carácter y colorido al desarrollo en unos casos, al retroceso en otros, de esta Villa, residencia favorita de los Monarcas durante la Edad Media, y corte de la monarquía desde el tiempo de la ilustre familia de los Habsbourg.

Inciertos son los orígenes de Madrid, y hasta la fecha nada se ha descubierto, que sepamos, bastante á dilucidar cuestión tan debatida, donde las conjeturas ocupan lugar preferente, si es que no queremos decir único; pero deber nuestro es ofrecer los datos existentes al que desconozca ó tenga olvidadas las polémicas que entre los historiógrafos de la Villa se produjeron, á fin de que, puesto al tanto de las especies que corren respecto á la fundación de Madrid, aún envuelta en las tinieblas de lo desconocido, forme juicio propio y deseche las ridículas fábulas aceptadas como valederas por nuestros antepasados.

Dice el licenciado Jerónimo Quintana (1) que Ocno Bianor, príncipe griego, hijo de Manto, mujer adivina, vino de Occidente á esta parte de España, y seducido por la fertilidad del suelo y por la bondad del clima, fundó la Mantua

(1) *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la Villa y Corte de Madrid*, 1629.

Carpetana (1), mil cincuenta y nueve años antes de Jesucristo; atestiguando el hecho con una afirmación del canónigo Tarafa, cuyos escritos, en lo que á esto y á otras cosas se refieren, se encuentran hoy considerados como apócrifos. El erudito D. Juan Antonio Pellicer publicó en 1803 un bien escrito folleto (2), en que, con gran copia de razones y argumentos sobradamente fundados, destruye, sin dejar lugar á ningún linaje de duda, la aseveración de Quintana, extrañando la *docilidad de entendimiento* con que el antiguo Rector del Hospital de la Latina prestaba asenso á invenciones tan desposeídas de crédito.

Con algunos años de antelación, ya el maestro Juan López de Hoyos, panegirista entusiasta de la Villa, había también, descansando en el mismo falso supuesto, atribuído á los griegos la fundación de Madrid, y escribe á este propósito: «Entre las antigüedades que evidentemente declaran la grandeza y fundación antigua de este pueblo, ha sido una la que en este mes de Junio de 1569 años, por desembarazar la Puerta Cerrada, derribaron, y estaba en lo más alto de la Puerta, en el lienzo de la muralla, labrado en piedra berroqueña, un espantable y fiero dragón, el cual traían los griegos por armas y las usaban en sus banderas. Y el emperador Epaminondas, griego, tuvo por bandera un dragón, el cual ponía en las obras y edificios que edificaba, de donde inferimos que estos tan excelsos y superbos muros de Madrid (3) deben haber sido edificadas por esta tan antigua é

(1) La Carpetania, según el P. Flórez, era una región que se extendía, en tiempo de romanos, de Norte á Mediodía, desde Somosierra hasta el Campo de Montiel y Sierra de Alcaraz.

(2) *Disertación histórico-geográfica sobre el origen, nombre y población de Madrid, así en tiempo de moros como de cristianos.*

(3) En tiempo de Hoyos (maestro de Cervantes) debía conservarse mucha parte de muralla, porque en el plano de Texeira (1656) se ven señalados varios trozos, desde la Cuesta de la Vega hasta la calle del Espejo, y en época moderna, los Sres. Amador de los Ríos y Rada y Delgado fueron los primeros que hubieron de llamar la atención sobre cierta porción de la citada muralla que se hallaba al descubierto en la parte más alta de la Cuesta de Ramón. El muro en cuestión sirve hoy en parte de cimiento á la fachada meridional del palacio de los Duques de Bailén.

ilustrada gente, pues en ello hallamos sus armas y memorias.»

No son sino para transcritos los comentarios que Pellicer aplica al párrafo de Hoyos, y sólo el temor de parecer difusos nos coarta para copiar la serie de razonamientos que al inteligente refutador se le ocurren; pero basta al lector tener conocimiento de ello para que, previa consulta del folleto de Pellicer, porque no ha de bastar nuestra palabra, deseche y no conceda crédito alguno á la supuesta fundación de Madrid por los griegos.

Á mayor abundamiento, y aun dando de bueno que aquellos antiguos pueblos hubiesen descendido hasta las riberas del Manzanares, descansando de tan largo viaje en lo que hoy son la Virgen del Puerto y el Soto de Migas Calientes, los eruditos historiadores de Madrid, Sres. Amador de los Ríos y Rada y Delgado, observan oportunamente (1) que los *dragones* ó *grifos* del pueblo griego difieren en un todo del que aparece en las armas de Madrid, y mucho más del que Hoyos nos legó como muestra en un libro publicado en 1572 (2).

Si la idea de la fundación de Madrid por los griegos reúne los requisitos necesarios para conceptuarla inverosímil, y aun podemos añadir que tiene sus puntas y ribetes de ridícula, no sucede lo propio con la de que esta Villa haya podido ser población romana; pues si bien carecemos de datos irrecusables para demostrarlo, no se puede negar que algunos de los antecedentes que sus defensores presentan, ofrecen cierta garantía, ó por lo menos consiguen que la duda ocupe lugar preferente en nuestro criterio, lo cual no es poco conseguir. Son muestra de ello las piedras con inscripciones romanas que cita Gonzalo Fernández de Oviedo, madrileño,

(1) *Historia de la Villa y Corte de Madrid.*

(2) Esta obra, aunque contiene algunas inexactitudes, arroja mucha luz sobre algunos puntos de la historia de Madrid. Trata del recibimiento que se hizo á la reina D.^a Ana de Austria. La Biblioteca Nacional conserva cuidadosamente un ejemplar de este rarísimo libro. La figura en cuestión viene al folio 218 vuelto.

que murió en 1513, y sobre todo el mosaico, romano también, encontrado en los Carabancheles, y del que se ha hecho un estudio concienzudo y detallado (1).

Ya está sabido que Madrid no es el *Miacum* del Itinerario de Antonino; pero la Villa está rodeada de vestigios romanos, y, por lo tanto, quizás no sea aventurada la hipótesis de que, con más ó menos importancia, tuviera existencia anterior á la formación de la monarquía visigótica. De todas suertes, como ya hemos dicho, no existen testimonios fidedignos, y las conjeturas, por fundadas que nos parezcan, no representan, en suma, sino una apreciación de tal ó cual erudito investigador, cuyos cálculos pueden salir equivocados á la postre.

El mencionado Pellicer parece como que quiere atribuir la fundación de la Villa á los musulmanes: dice que el primer autor que hace mención de Madrid es el Obispo de Astorga, llamado Sampiro, que murió en 1020. Este escritor afirma en su *Cronicón* cómo el año 939, reinando en paz el Rey D. Ramiro, consultó á todos los grandes de su reino sobre por dónde ó de qué manera haría una entrada en tierra de moros, y juntando su ejército se encaminó á la ciudad que llaman de *Magerit*, etc. Con esto se hace innegable la existencia de la Villa en tiempo de la dominación árabe.

El autor á que nos referimos, Pellicer, quiere que la voz *Madrid* sea de origen, si no árabe, africano por lo menos, y al propósito forma la siguiente etimología, con sus derivados latinos y castellanos: *Magerit*, *Mageriacum*, *Mageridum*, *Mageritum*, *Madritum*, *Maieritum*, *Maioritum*, *Maiedrid*, *Maidrit*, *Madrit* y *Madrid*, cuyas palabras están todas tomadas de documentos que cita.

Por lo que hace á la versión de que Madrid se llamó *Viseria* (ó *Ursaria*) en otro tiempo, arguyendo en pro que así constaba en una edición de las *Tablas de Ptolomeo*, creemos ocioso añadir palabra alguna; tanto más, cuanto que desde el citado Pellicer hasta la fecha nadie ha dado valor á semejante superchería.

(1) Amador de los Ríos y Rada y Delgado, loc. cit.

Lo único positivo, lo único que sale en claro, es que la antigüedad probada de Madrid no se remonta más allá del siglo X, y que á esto sólo podemos lógicamente atenernos mientras no se descubran nuevos datos ó antecedentes en escondido rincón de apartado archivo.

Hemos apuntado la idea de que existe diferencia de forma entre el *dragón* que figura en el escudo municipal y el que describe Hoyos en su libro citado, y vamos á demostrarlo en breves palabras. Si el impropiaamente llamado *dragón* de Puerta Cerrada es una culebra tendida, formando las ondulaciones naturales con que se representa por punto general á esta clase de reptiles, ¿de dónde se ha sacado el dragón actual, con cuatro garras, cola de serpiente, alas de murciélago, hocico de tigre y orejas de perro perdiguero?

Sabido se tiene que en las antiguas armas de Madrid sólo aparecía el oso con las siete estrellas, y que por un pleito habido entre la Iglesia y el Concejo sobre propiedad de ciertos predios rústicos, se concertó que una de las partes disfrutase los pastos y otra los árboles. Así, desde entonces, en el blasón de la clerecía se figuró el oso paciando, y en el del Municipio el oso empinado á un árbol, que, por tradición, hemos convenido en que sea madroño. ¿Cómo, habiendo antecedentes antiquísimos en favor del oso, nada existe que demuestre el uso heráldico del dragón actual hasta que al alarife de la Casa Ayuntamiento le dió la humorada de esculpirlo en las fachadas, y á D. Antonio Palomino la ocurrencia de pintarlo en uno de los salones del Consistorio? (1) ¿Por qué no sale á luz la figura dragontina hasta fines del siglo XVII? ¿No será una invención sugerida por las extravagadas afirmaciones de Hoyos, Quintana y tantos otros? quede, pues, sentado que, á nuestro juicio, el dragón heráldico de Madrid no tiene autoridad histórica para figurar en el escudo de la Villa; y que aun suponiendo que la tuviera, no es la forma con que hoy le conocemos la que le corresponde,

(1) La figura desapareció el año 1859, con motivo de varias obras que se ejecutaron en el edificio; pero se conserva una copia en el Archivo municipal.

si ha de guardar relación con el que existió en Puerta Cerrada hasta 1569.

Terminado aquí lo que podemos llamar incidente del dragón, tomemos el hilo de nuestro discurso en el punto en que le hubimos de abandonar. Averiguado ya que la primer noticia que de Madrid se tiene es del tiempo de D. Ramiro II, veamos el hecho que dió motivo á que de la Villa se hablase. D. Ramiro conquistó á Madrid de los moros en 939; pero careciendo de fuerzas y medios para sostener la plaza, la dejó otra vez en poder de los dominadores. Esta excursión del Rey castellano está comprobada por los escritores árabes, según opinión de Ambrosio de Morales.

Después de D. Ramiro, llegó hasta los muros de Madrid el Rey D. Fernando I el año 1047 (1). En este punto se nota disparidad entre los autores que del caso han escrito, pues mientras unos afirman que D. Fernando entró en la Villa, otros pretenden demostrar que sólo llegó á dar vista á sus adarves, habiéndose retirado mediante una capitulación. Sea de ello lo que se quiera, el caso es que á Madrid le cupo, en esta excursión de los castellanos, la misma suerte que en la anterior, y que hasta el reinado de D. Alfonso VI no se vió libre del yugo sarraceno. Á este Rey, celebrado por la historia, combatido por las peripecias de su vida, dotado de un carácter impresionable y de un espíritu novelesco y temerario, estaba reservada la gloria de ser el conquistador de Madrid. El año 1083, según la opinión más verosímil, fué arrojado el musulmán del recinto de la Villa, y ésta, nos atrevemos á decirlo, ha olvidado la gratitud que debe al valeroso Monarca, toda vez que nada ha hecho en recuerdo de tan satisfactorio acontecimiento para los anales matritenses. Se dió hace pocos años el nombre del Rey libertador á la calle del Aguardiente, y aquí termina el monumento erigido para perpetuar el acontecimiento, porque en la inscripción *modé-
tísima* que tenía á sus pies la efigie moderna de la Virgen de la Almudena, en el murallón, también moderno, de la Cuesta

(1) Azcona, *Historia de Madrid*, 1843.

de la Vega, sólo se señalaba por incidencia la fecha de la conquista.

Hubieron los madrileños de acudir con tanta solicitud á las guerras con los moros, que el Rey D. Alfonso VII expidió en Toledo un privilegio á 1.º de Mayo de la era 1190 (año 1125), confirmando á Madrid en la propiedad y posesión de los montes y sierras que hay entre esta Villa y la ciudad de Segovia, desde el puerto del *Berrueco* hasta el de *Lozoya*, cuyo terreno se ha conocido desde muy antiguo con el nombre de *Real de Manzanares*. Larguísimos pleitos con Ávila y Segovia, y no pocos disgustos, ocasionó á Madrid el privilegio; pues si bien algunos Monarcas sucesivos ratificaron la confirmación, otros la anularon favoreciendo á Segovia, ó á tal ó cual servidor á quien tenían en estima. Así, D. Juan I, en 1383, hizo merced al Infante D. Juan de Portugal del *Real de Manzanares*; pero se lo quitó después, dándoselo á su mayordomo mayor, D. Pedro González de Mendoza (1).

Digno es el *Fuero de Madrid* de que se le dediquen algunos renglones, curioso códice del siglo XIII, conservado primorosamente en el Archivo municipal. El tomo VIII de las *Memorias* de la Real Academia de la Historia trae un estudio concienzudo del documento por D. Antonio Cavanilles, y allí remitimos al lector si quiere formarse idea aproximada del estado en que se encontraba la Villa en 1202. Disposiciones de derecho penal, de policía urbana, de comercio, todo se ve en el Fuero, mezclado y confundido, haciendo resaltar la autonomía de que gozaba el Municipio y el espíritu esencialmente cristiano que se nota en la forma de castigar las transgresiones de la ley.

Comprendiendo la deficiencia de estas disposiciones, el

(1) Azcona, *Historia de Madrid*. Parece que luego se instituyó mayorazgo con los bienes anexos al término del Real de Manzanares por el citado D. Pedro González de Mendoza y su mujer, D.^a Aldonza de Ayala, en su hijo D. Diego Hurtado de Mendoza, con fecha 17 de Enero de 1385. D. Íñigo López de Mendoza se titulaba Conde del Real de Manzanares en 1445. (Amador de los Ríos y Rada y Delgado, loc. cit.)

santo Rey D. Fernando quitó á la Villa su Fuero Viejo, dándole, el 7 de Mayo de 1328, el Fuero Real de las leyes.

La autoridad de Madrid se resumía en dos alcaldes y un alguacil, nombrados por el Rey á propuesta de los caballeros y *Homes buenos*, que á su vez eran elegidos libremente, en número fijo, por cada *colación* ó parroquia (1). Las atribuciones que á los dos alcaldes y alguacil competían eran muchas; el cúmulo de asuntos en que necesitaban intervenir hacía difícil que se atendiese á todo con igual premura; así es que, hecho cargo de ello el Rey D. Alfonso XI, y mirando con solicitud por el bienestar de la Villa, por cédula de 6 de Enero de 1346 instituyó su Ayuntamiento y nombró los doce primeros regidores, no sin dictar acertadas disposiciones que asegurasen el buen orden dentro de la municipalidad. Este hecho, juntamente con el de haberse celebrado Cortes en Madrid el año 1329, en tiempo de Fernando VI, viene á demostrar la importancia que por grados iba adquiriendo la futura capital de la Monarquía y la predilección con que se la miraba por los Reyes, efecto de su conducta siempre noble y siempre franca en las continuas luchas civiles de que entonces eran teatro los campos de Castilla (2).

Una decepción sufrió en el siglo XIV el espíritu levantisco y altanero de los madrileños. Destronado por el Soldán de Babilonia el Rey cristiano León V de Armenia, y condolido de su triste suerte D. Juan I, acogióle cariñosamente en sus Estados de Castilla y le donó la villa de Madrid, haciéndole *Señor* de ella. Noble y leal el Concejo, acató la resolución del Monarca y rindió pleito-homenaje á su *Señor*, quizás compadecido de la situación desventurada en que los acontecimientos habían colocado al infortunado León V; pero

(1) *Manual del empleado en el Archivo general de Madrid*, por D. Timoteo Domingo Palacio, 1875.

(2) Fechas de las Cortes reunidas en Madrid hasta el siglo XVIII: 1329, 1339, 1391, 1394, 1419, 1435, 1528, 1534, 1552, 1563, 1567, 1586, 1588, 1592, 1598, 1608, 1611, 1615, 1623, 1632, 1647, 1649, 1650, 1651, 1655, 1658, 1713 y 1789. *Guía de Madrid*, por D. Angel Fernández de los Ríos, 1876.

cuidó también, por lo que se presume, de interponer privadamente querrela amistosa cerca de los magnates que tenían mano en los asuntos de la persona real; y fuera que esto llegase á oídos del ex Rey armenio, fuera que éste comprendiese el mal tercio que con su presencia hacía á la gente de Madrid, es el caso que tomó al poco tiempo el camino de París, donde murió no muchos años después, dejando á la Villa libre del compromiso contraído.

Cuando el alzamiento de las Comunidades de Castilla, el famoso Juan de Padilla, en representación de Toledo, dirigió á Madrid, con fecha 25 de Febrero de 1520, carta expresiva (1) para que le ayudasen en la empresa. Hubo la misiva de excitar tanto el ánimo de los madrileños, que levantaron pendones en provecho de la rebelión, capitaneados dentro de la Villa por el bachiller Gregorio de Castillo y por Juan Negrete, diputado de la colación de San Ginés. Cercaron los amotinados el alcázar con tan obstinado empeño, que el teniente de alcalde D. Pedro de Toledo y la esposa del alcaide en propiedad (2), D.^a María de Lago, á pesar de su denodado esfuerzo, tuvieron que ceder ante el número de los sitiadores, y capitularon la entrega de la fortaleza en 31 de Agosto de 1520, con tan honrosas condiciones, que «la Sra. D.^a María y sus hijos, y los señores licenciados Diego de Vargas y Gabriel de Vivero, sus parientes, en la salida, y en todas las otras cosas, fueron tratados como quien ellos eran, sin que ninguno se atreviese á decir ninguna descortesía; porque si alguno lo contrario hubiese hecho, habría sido del alcalde y de la Comunidad gravemente castigado» (3). Hidalgo siempre y noble el pueblo madrileño, aunque se repartió las armas que se custodiaban en el alcázar, en número de 1.000 lanzas, 2.000 picas y 2.200 escopetas, no hay noticia de que se cometieran desmanes ni siquiera imprudencias: todo el encono se satisfizo asaltando la casa de Vargas y echando su mobiliario por ventanas y balcones

(1) Consérvase en el Archivo municipal.

(2) Este era D. Francisco de Vargas, que se hallaba ausente de Segovia.

(3) Así consta en el acta de capitulación.

en son de regocijo. Mas ¡ah! que el desastre de Villalar acabó con las esperanzas de los amotinados, y Gregorio del Castillo dió buena muestra de cordura y sensatez el 15 de Mayo de 1521, devolviendo á S. M. la fortaleza para evitar una resistencia que juzgaba inútil, un derramamiento de sangre infructuoso y una página de luto en la historia de Madrid.

Aunque los *arrabales* de la Villa alcanzan época muy remota (1), el verdadero ensanche no toma incremento hasta el glorioso reinado de los Reyes Católicos. Ya en esta fecha la muralla no podía contener el crecimiento del vecindario, que, rompiéndola por muchos puntos, traspasaba sus límites y se extendía en derredor, dejando en el centro el macizo muro de pedernal que, con sus almenas en lo alto, señalaba el antiguo recinto de la Villa como recuerdo histórico.

Algo significaba que el rey D. Felipe II estableciese aquí definitivamente su residencia. Según el parecer de Mesonero Romanos, inteligente investigador de curiosidades matritenses, está puesto fuera de toda duda que la corte se trasladó á Madrid en 1561, porque así lo deduce del examen de documentos de la época; pero este escritor no encontró Carta, Pragmática ni Real cédula que declarase oficialmente la traslación, y es muy posible que no se encuentre nunca; porque, siguiendo el juicioso parecer del ilustrado cronista á quien nos referimos, creemos que el hecho se verificaría sin solemnidad alguna. Entonces el jefe del Estado no tenía residencia fija, estableciéndola donde más le cuadraba á su conveniencia ó capricho (2).

Mucho se ha debatido acerca de si fué atinada ó no la determinación del hijo de Carlos V, y se han traído al debate argumentos de todo género para descubrir los móviles á que el acto obedeció. La cuestión está sobre el tapete, y no creemos que se haya dicho todavía la última palabra. Todos

(1) En 1126 el Rey D. Alonso VII concedió privilegio al abad de Santo Domingo y al prior de San Martín para que pudiesen poblar el barrio de San Martín (*Vicus sancti Martini*), según el Fuero de Sahagún.

(2) Permanecía en Toledo desde que el Emperador vino á España.

sabemos que la Emperatriz D.^a Isabel mandó erigir el año 1528 la ermita de San Isidro, en acción de gracias por haber recobrado la salud el príncipe D. Felipe con sólo beber el agua del famosísimo manantial (1). Calenturas y viruelas padecía el débil niño que después fué poderoso Monarca. Quizás en este hecho, sencillo y piadoso, tenga su fundamento la causa ignota de la preferencia que Felipe II dió á esta Villa para establecer en ella su corte, no olvidando tampoco que su padre el Emperador había curado aquí de unas pertinaces cuartanas.

Muerto Felipe II, su hijo Felipe III, que, abandonando el gobierno en manos de D. Francisco de Rojas Sandoval, Duque de Lerma, no tomaba acuerdo ni resolución alguna si no era inspirada por el favorito, determinó en 1601, por sugerencias de éste, hacer una nueva traslación de la corte, estableciéndola en Valladolid, donde Rojas tenía sus bienes de fortuna. El golpe fué terrible para la Villa. Arruinóse el comercio, paralizóse el ensanche y urbanización de las calles, y cuentan que «Madrid quedó de modo que no sólo daban las casas principales de balde á quien las habitase, sino que pagaban inquilinos porque las tuviesen limpias y evitar su ruina y menoscabo» (2).

Por fortuna para la Villa, la corte no pudo instalarse con desahogo en Valladolid, ofreciéndose á ello dificultades de mucha importancia. Así las cosas, y conociendo el Ayuntamiento de Madrid de los apuros que en Valladolid se pasaban, solicitó del Rey la vuelta de la corte, ofreciendo servirle con 250.000 ducados (2.750.000 reales), pagaderos en diez años, con la sexta parte del importe de los alquileres de las casas. Pesaroso Felipe de la traslación, y animado con el ofrecimiento, tornó á sus antiguos lares, y en 13 de Abril de 1606 quedó otra vez y definitivamente establecida la corte en Madrid. Á partir de esta fecha, la Villa fué, durante el siglo XVII, centro de fiestas y regocijos, que se sucedían

(1) *Vida de San Isidro*, por el P. Fray Jaime Bleda.

(2) *Anales de Madrid hasta 1658*, por Antonio León Pinelo. MS. que se conserva en la Biblioteca Nacional.

con pasmosa diversidad, á pretexto de celebrar una victoria, de agasajar á una persona real ó de santificar tal ó cual advocación; pero la higiene, el ornato, las mejoras materiales quedaron, no olvidadas, sí sumidas en doloroso descuido. Documentos hay que atestiguan cómo se dedicaban sumas no pequeñas á la limpieza, al empedrado, al sostenimiento de algunos servicios municipales; mas como quiera que no se excedían los ediles en solicitud para su cumplimiento, de aquí que, si bien la policía urbana de la capital no estaba del todo desatendida, la negligencia de los administradores lo hacía sospechar. Por esto los extranjeros que visitaron la corte y dejaron escritas sus impresiones, prohijadas por nosotros muchas veces, se mofaban de la suciedad y mal aspecto de la población. Otro mal contra el mejoramiento de la Villa fué la peregrina ocurrencia de amurallar, ó, mejor dicho, poner tapias á su recinto para atender á la *conservación de la Real Hacienda, de las alcabalas y de las sisas*. Mesonero Romanos, con su buen juicio de siempre, se lamentaba de que la Real cédula de 9 de Enero de 1625, mandando cercar la Villa, ha estorbado durante más de un siglo su ampliación y ensanche. La extensión de Madrid no tiene diferencia esencial entre el plano de Texeira y el de Espinosa, y eso que uno lleva la fecha de 1656 y otro la de 1769.

En la guerra promovida por la sucesión de Felipe V al trono de España, Madrid experimentó el mayor dolor que puede sentir un pueblo amante de su honra y de su independencia. La *primera vez* que entraron en el recinto de la Villa tropas extranjeras fué en 1706 (1). Habiéndose visto obligado Felipe V á abandonar la capital, relevó á sus moradores del compromiso contraído para defenderle, queriendo evitar la efusión de sangre, infructuosa en aquellos momentos, y ésta fué la causa de que entrasen sin obstáculo en Madrid los soldados ingleses y portugueses, al mando, respectivamente, de los Generales Galloway y Marqués Das Minas. Se ha visto en la historia que á veces un hecho, al parecer insignificante, ha producido graves é importantes consecuen-

(1) Esta observación se debe al ínclito Mesonero Romanos.

cias, y quién sabe si Madrid, como vamos á ver ahora, pudo, con estudiado desdén, influir para desilusionar al Archiduque pretendiente. Refiérese (1) que cuando entró el titulado Carlos III de Austria en Madrid el año 1710, el pueblo le recibió sin hacer demostración alguna de entusiasmo, ni siquiera de curiosidad; porque á más de que acudió escasa gente á la carrera que el nuevo Rey seguía, ésta presentaba multitud de balcones y ventanas herméticamente cerrados, señal inequívoca de la poca afición que al Monarca austriaco profesaban los madrileños. El recibimiento de la corte debió pesar más en el ánimo del Archiduque que los desastres de Almansa y de Villaviciosa, porque el éxito de una batalla lo hace depender el vencido del número de los vencedores, de la posición que ocupaban, del azar, en una palabra, mientras que la antipatía abiertamente demostrada por los madrileños sabía Carlos que no se cambiaba con la fuerza. No puede negarse que, aun en el período de postración y abatimiento de aquella época, los que cerraron sus balcones en 1710 cuando pasaba el Archiduque, dándole motivo para excitar su enojo, eran descendientes de los que rindieron á Breda ó de los que atravesaron el Garellano.

Durante el reinado de la casa de Borbón, en el siglo XVIII, Madrid cambia de aspecto. Se instala el alumbrado, se regularizan el empedrado y la limpieza, se transforman y mejoran los paseos públicos, se construyen edificios *ad hoc* para las necesidades del Estado, y los caudales de Propios (2) ya no se destinan á construir un cuarto para la Reina en el alcázar, ni á realizar obras en el Real Sitio del Buen Retiro, sino que se emplean en establecer ó perfeccionar servicios municipales, en construir la Puerta de Alcalá, en la formación del Salón del Prado, en apertura y ensanche de calles y en plantaciones de árboles por las cercanías de la capital. Para apreciar en su verdadero valor las reformas verificadas durante el siglo XVIII no hemos de considerarlas comparan-

(1) Lafuente: *Historia de España*.

(2) Madrid poseía y arrendaba en el siglo XVIII 43 fincas urbanas y 172 rústicas.

do aquel Madrid con el de la época presente, sino con el de Lerma, Olivares y Valenzuela. Sólo así nos colocaremos dentro de la sana crítica y de la equidad. Dejando á un lado el estudio de carácter, espíritu y aspiraciones de la casa de Borbón en el siglo pasado, no podemos negar que Felipe V, más aún Fernando VI, y sobre todo Carlos III, por sí ó por los hombres de que se rodeó, demostraron interés en colocar la corte de España á la altura en que se hallaban las demás cortes de Europa.

Á la Villa de Madrid le estaba reservado en los comienzos del presente siglo el sacrificio más glorioso de cuantos en su historia se señalan: el gran esfuerzo de patriotismo y de independencia que había de dar á conocer para siempre el carácter y entereza de ánimo de sus habitantes. El Dos de Mayo de 1808 fué día de luto y de llanto para el pueblo madrileño; pero en esta triste jornada conquistó laureles inmarcesibles. Conocidos son hasta en sus más minuciosos detalles los sucesos todos de aquella guerra, tan injustificada como sangrienta; aun parece que en el oído resuenan las relaciones que nuestros abuelos nos hacían durante las largas veladas del invierno describiéndonos los actos de valor que á su vista pasaron, ó en que tal vez tomaron parte; las atrocidades de los soldados de Murat, las pruebas horribles que la población sufrió, el hambre, las exacciones onerosas, la pérdida de personas queridas fusiladas en el Prado ó en la Moncloa, la intranquilidad constante, el terror en que la Villa se vió sumida mientras la ocuparon las tropas imperiales; y sabiendo nosotros que los acontecimientos de aquella gloriosa epopeya están grabados en el corazón de los madrileños con caracteres indelebles, creemos ocioso repetir lo que no se ha olvidado, lo que no puede olvidarse nunca. Madrid hizo frente al coloso del siglo con un puñado de *chisperos* y *manolos* armados de palos y navajas (1). El espíritu de los habitantes de la Villa, mal dormido al son de las contradanzas de la corte de Carlos IV, despertó al grito de

(1) En el Archivo municipal se conservan unos palos que, con bayonetas ajustadas en sus extremos, sirvieron de defensa á los madrileños.

independencia; y sintiendo los madrileños hervir en sus venas la sangre de los antiguos carpetanos, mezclada con la de godos y de árabes, lanzáronse á la pelea sin contar las fuerzas enemigas, sin calcular el éxito de su temeraria empresa. Daoiz, Velarde, Ruiz y Manuel Malasaña dieron el ejemplo, y Madrid se levantó como si no existiera más que un solo pensamiento y un solo brazo. Algún recelo debió inspirar á Napoleón la conducta de los habitantes de Madrid, cuando no se atrevió á presentarse á ellos ante la luz del sol, sino que entró en la villa como furtivamente, envuelto en las tinieblas de la noche. Este acto le juzga. La sangre derramada á capricho, las lágrimas vertidas, necesitaban una reparación, y el ambicioso plagiario de Alejandro murió desterrado en la isla de Santa Elena, un punto perdido en la inmensidad del Atlántico. *¡Sic transit gloria mundi!*

Aquí terminaremos la breve reseña de los sucesos más notables acaecidos en la corte, porque los que han tenido lugar desde el año 1808 á la fecha se prestan á comentarios en que la política entra como factor importante; y aunque, ajenos nosotros á toda pasión de partido, quisiéramos pura y simplemente hacer historia, es difícil sustraerse á la impresión que se desarrolla ante el recuerdo ó el estudio de ciertos acontecimientos producidos por la lucha de encontradas aspiraciones. Conocidos son de todos: los terrores de 1834, las algaradas de *¡vivan las caenas!*, las funciones reales, la promulgación de las Constituciones, los armamentos y desarmes de la Milicia Nacional, las asonadas y motines, las epidemias, las fiestas populares y, sobre todo, las revoluciones en que el pueblo de Madrid (y lo decimos en honra suya) ha demostrado en ciertos casos una prudencia que siempre elogiaremos mucho, y nunca bastante.

Este siglo es el que verdaderamente ha emprendido con decidido empeño la tarea de transformar Madrid (1). La de-

(1) Los famosos derribos verificados por el Gobierno francés, y que tanto mencionan en detalle los modernos cronistas de Madrid, fueron los siguientes: parte de la manzana 343, donde se formó la plaza del Carmen; el convento de Santa Ana, que se convirtió en lo que hoy es plaza del Príncipe Alfonso,

molición de las tapias que cercaban la Villa, facilitando su ensanche, había llegado á ser de necesidad imperiosa, y ha contribuído, por la ley fatal de la competencia, á la reconstrucción de casas en el interior. Los paseos de Recoletos y de la Castellana, la reforma de la Puerta del Sol, el ensanche de las vías de comunicación, la apertura de otras nuevas que el espíritu público reclama, la instalación de arbolado en las plazas, el alcantarillado, la traída de aguas del Lozoya, las casas de socorro, las escuelas municipales y tantos otros servicios que á nosotros nos parecen insuficientes, en el siglo XVIII se conceptuaban punto menos que irrealizables, y ocuparían lugar preferente en el bello *desiderátum* de los Ensenadas, Arandas, Floridablanco, Jovellanos y Campomanes. No quiere esto decir que el estacionamiento tenga disculpa; antes, al contrario, deber es de los Municipios que se sucedan, auxiliados por los Gobiernos, contribuir, por cuantos medios están á su alcance, que son muchos, á colocar la capital de España al nivel de las poblaciones del extranjero.»

A.

añadiendo, para regularizar ésta, el resto de la manzana 215, que se compone de casas particulares; parte de la manzana 288, que ahora es plaza del Rey, comprendiendo el antiguo callejón de las Siete Chimeneas, que hacía escuadra en el ángulo donde se unen el Banco de Castilla y el Circo de Price; el convento de los Padres Premostratenses, hoy mercado de los Mostenses; la iglesia de San Ildefonso, hoy también mercado del mismo nombre; la manzana 221, en que estaba el convento de Santa Catalina, entre la calle del Prado y la Carrera de San Jerónimo, cuyo solar fué después vendido á particulares; la iglesia de San Martín; el convento de Jesús y el de la Pasión, que estaba al lado de la iglesia de San Millán, esquina á la calle de las Maldonadas. Requieren mención especial los derribos llamados de la plaza de Oriente y calles contiguas: alcanzaron desde Palacio á la plaza de Isabel II, y desde el monasterio de la Encarnación hasta las accesorias de la iglesia de Santiago, comprendiendo en este espacio el Juego de Pelota, la Biblioteca Real, el Jardín de la Priora, los Caños del Peral y diez manzanas de casas que formaban la plaza del Teatro del baile de máscaras y las calles del Tesoro, de Santa Catalina la Vieja, de San Bartolomé, del Recodo, de la Parra, del Buey, del Carnero, parte de la calle del Espejo, que era muy irregular; la de Santa Clara, que no lo era menos, y la plaza de este último nombre. Las indemnizaciones y expropiaciones de estos derribos fueron pagadas más adelante por el Municipio.



HERENCIA MORAL DEL ORGANISMO

(Fragmento de las REFLEXIONES SOBRE LA FILOSOFÍA MORAL DE SPENCER.—Capítulo XI) (1).

Una idea muy original sostiene Spencer en su obra moral, que se repite en muchos de sus períodos: la de dar como demostrado y de corriente aceptación que las condiciones morales se heredan en la naturaleza de padres á hijos, y que se heredan, por tanto, en las generaciones de los pueblos.

Es del caso advertir que este filósofo no hace distinción entre la condición puramente moral, que nosotros entendemos siempre dentro de los caracteres del Bien ó del Mal, y las facultades ideales que son llamadas morales para distinguir las de las físicas. Para Spencer significa absolutamente la moral cuanto resulta dirigido por la inteligencia; mas también para él se llama moral lo que es para nuestro concepto; luego, define que se heredan por la naturaleza material de los caracteres de sentimientos que imponen á la voluntad las decisiones de conducta. Es consiguiente que esto quiere decir para nosotros que se hereda el alma; que es uno de tantos órganos reproductores en la sucesión de la especie.

(1) Obra inédita, próxima á publicarse.

Puede suponerse querer significar que, como para él lo moral es cualitativo y cuantitativo de la organización en la evolución de su perfeccionamiento físico, se hereda este progreso; y hasta cierto punto estaríamos conformes, si no se observara y no estuviese demostrado que la mayor parte de la inteligencia consiste en su desarrollo por la educación y por el ejercicio de las funciones respectivas.

Podrá concederse alguna sucesión de predisposiciones por el desarrollo alcanzado por el genitor, que no obstante dejan de hacerse ostensibles si no se ejercitan en la misma aplicación.

Este orden, por las excepciones que ofrece abundantemente, está más reducido á la creencia de que corresponde en una forma general á la sucesión de costumbres, ejercicios y aplicaciones; pues si dependiera exclusivamente, ó en su mayor expresión, de la herencia natural, no veríamos por una parte tan marcado el término de aquel progreso en cada desarrollo, hasta el punto de poderse asegurar que los hijos de los genios, aunque hayan tenido la misma educación y ejercicio de sus padres, no son genios ni mucho menos; por otra, que en las diversas sucesiones dentro de la misma educación no resultan iguales ni semejantes á los padres sus hijos; que ocurre más bien la distinción que el parecido. Todo el que ha observado con frecuencia la conducta y resultados de los individuos de una misma familia, recordará que las hembras guardan más generalidad en la continuación de conducta de sus madres, porque ha sido exclusiva y constantemente dirigida su educación por ellas, sin haber podido adoptar hábitos extraños; y que los varones, educados y en contacto más bien con personas extrañas que con las de su familia, resultan con aptitudes diferentes á las de sus padres.

Lo que más en absoluto puede asegurarse, no es que este orden dependa de la naturaleza, sino de la civilización respectiva, producto de su estado moral, de donde recoge el hombre y comunica á sus inmediatos ó familiares el germen que toma carácter en la opinión pública.

Las rápidas decadencias que han sufrido las sociedades humanas, por estragos localizados en pueblos ó regiones,

demuestran cumplidamente cuán ajena es á la naturaleza esa causa de moral social.

Pero vamos al orden moral propiamente dicho, estimable en el individuo, y que, considerado por Spencer como compromiso de su inteligencia y su condición, le atribuye herencia natural. La criatura humana recibe educación de ejemplos y consejos, que bastarían á convertirla en una máquina de exactitudes si no obedeciera á otros móviles que los que son matemáticos en la naturaleza material.

La planta y el animal obedecen ciegamente á las modificaciones que se introducen en su naturaleza, dentro de las condiciones posibles de alterar; siendo de notar que no ofrecen excepción, porque si aparece algún defecto es por omisión de las imposiciones. Si se observa algún defecto incorregible en un animal educado, ha de consistir en una falta física ó en un resabio adquirido en su educación; por tanto, es maquinal.

La educación del hombre no produce los resultados que se propone más que en el orden físico. Los resultados morales, que por el consejo y el ejemplo debieran ser más exactos, son completamente nulos, pues cuando más se consigue que un determinado carácter refractario á las ideas que se le quieren inculcar, apercebido de la necesidad ó conveniencia, encubra sus propensiones y se haga hipócrita.

No necesitamos citar ejemplos de cosas tan comunes: se heredan de padres á hijos las formas y cualidades naturales más salientes, y si no de un modo general, todo lo que no pertenezca al espíritu individual que es el carácter propio, original, ajeno por completo á los parentescos y demás razones de sucesión que tan sólo en lo material han de guardar correspondencia.

Con frecuencia se nota que de padres buenos nacen hijos malos. Ésta es realidad que no necesita demostración. Que de una familia de condiciones y hábitos esmeradamente religiosos surgen vástagos ateos; que de la honradez, de la aplicación y de la dulzura se siguen sucesiones de iniquidad, abandono y aspereza; que de dos hermanos gemelos, es el uno contrario al otro en propensiones y sentimientos; que

de una clase de educación sale la inclinación contraria. Esto es en lo puramente moral.

Puestos á estudiar sus causas los padres ó preceptores, no la encuentran en alguna relación de contagio; porque sus menores no han tenido malos ejemplos, ni el consejo de la perversión ha podido llegar á aquéllos. Dedicáanse á la corrección de las malas cualidades, y llégase en algunos casos al extremo que hemos presenciado de cometer verdaderas crueldades para modificar la aviesa condición de un joven, sin que los castigos produjesen otro fruto que los reconocidos por la experiencia, tan amargos é inútiles cuando la maldad moral es íntima.

Por el contrario, se observa que los buenos, diremos de nacimiento, se resisten á la corrupción á que puedan inducirles otros malos ó corrompidos; pero cuando son débiles y cuando en su mayor parte suelen ser contagiados por aquéllos, la maldad comunicada es susceptible de extinción por el juicio reflexivo de otra edad ó por el consejo.

Pero que no se hable de la enmienda de la maldad íntima, porque cada criatura muere con la misma condición moral que revela en sus primeros días de manifestación. El bueno lo es siempre á pesar de todos los escarmientos que le aconsejen otro modo de sentir, y el malo satisface con sus intenciones toda su vida una pasión moral que le es propia. Lo que sí acontece es la modificación de las apariencias mediante el cálculo, de donde nace para el malo la doblez, para librarse de consecuencias perjudiciales; y respecto del bueno, más difícilmente, un cambio de conducta superficial. No hay que hacerse ilusiones en este punto: cada uno es lo que su condición moral trae á la vida.

La influencia orgánica y la cultura no han podido dar causa á tan variados efectos; pero la causa ha de existir, y claro es que corresponde á un orden muy distinto que acusa el germen unipersonal ajeno á todas las leyes que las ciencias materiales averiguan.

Pero es más: si por una parte, según Spencer, se heredan las condiciones morales simultáneamente en el individuo y la sociedad por efectos del organismo, no serían consiguien-

tes las apreciaciones que hace, diciendo (página 141) «que atribuye el sentimiento de la obligación moral á los efectos de los castigos infligidos por la ley y la opinión pública á los actos de cierto género.» Y por tanto, observa después la conclusión tácita de que «el sentimiento del deber ó de la obligación moral es transitorio y debe disminuir á medida que la moralidad aumente.»

Estaría bien sentado el primer término si reconociese que el carácter moral propio se desarrolla en la educación, que lleva al ánimo la experiencia de los sucesos con sus consiguientes vicisitudes, mas no cuando sostiene el principio hereditario, según hemos expuesto. Mas respecto de la conclusión, no nos parece conducente: cree Spencer que el deber moral no existe cuando no exista su contradicción ó falta. Esto fuera bueno si el deber moral no constituyera en el carácter del hombre la especial condición que tiene que aparecer en todos sus actos. ¿Y cuando no?... Lo que podría decir es que, ya en un estado de generalización moral, se notaría con sorpresa la falta de ese deber, que no tendría que ejercer acción coercitiva; pero que desaparezca la índole de rectitud cuando ella se generalice, ni es práctico entre los hombres, ni en teoría se puede admitir que termine su existencia un principio en el mero hecho de perfeccionarse y extenderse su dominio.

Esta manera de estimar generalmente el orden moral en la filosofía que combatimos, estriba en que para Spencer la psicología no es más que un procedimiento físico ó un mecanismo en el cual no se nota la existencia del motor. Porque al explicar las evoluciones psicológicas (página 117) dice: «El espíritu se compone de sentimientos y de relaciones de estos sentimientos. Por la combinación de relaciones y de ideas de relación, nace la inteligencia; por la combinación de sentimientos y de ideas de sentimientos, aparece la emoción.»

Y seguimos la serie en forma algebraica con que nos presenta la evolución indicada, sin llegar nunca á la causa esencial ó primitiva de tan repetida evolución, ofreciéndonos á cada paso en nuestro interior esta sencilla pregunta:

Pero á todo esto, ¿quién siente y por qué?.... Vana esperanza la de llegar á ese término, porque continúa el sabio materialista por las ramas incansable en giros curiosos, y después de tanto mecanismo intelectual nos quedamos con las ganas de saber quién es el ente que pone en movimiento tantos afectos, si éstos corresponden á órganos especiales ó si son entidades ó facultades de una entidad, y en este caso, sobre quién obran sus efectos maravillosos.

Nada, el alma no aparecerá nunca, porque no es positivo el asegurar una existencia, aunque en la relación de otras existencias que se comprueban y aseguran resulte la necesidad de un todo armónico ó complemento esencial de la sensación.

Y adoptando el mismo ideal, reconoce la misma moral en los animales que en el hombre; el mismo espíritu, puesto que tal nombre concede Spencer á una función ó aspecto de la idea, considerada ésta como fuerza fluídica desarrollada en el cerebro. Así es que, tratando de los efectos que producen en la economía las emociones que recibimos (página 101), dice: «Disponiendo las cosas de tal suerte que el canal biliar de un perro se vertiese fuera del cuerpo, Claudio Bernard observó que mientras acariciaba y tenía contento al perro, la producción era normal; pero si se le hablaba severamente ó de cualquier otro modo, le producía cierta *depresión moral*, el curso de la bilis se suspendía.»

Depresión moral en un perro: está comprendida la impresión nerviosa que se quiere significar; pero nótese, según tenemos indicado, que Spencer se deja caer siempre que le es posible con insinuaciones de este género para confirmar que la moral es función orgánica y no sensación independiente. Él no niega un principio universal, pero contradice siempre que puede la afirmación de la existencia de Dios; él no quiere llamarse materialista, pero explica las funciones morales por procedimientos mecánicos del organismo; él no niega el espíritu, pero lo considera como un accidente de la función cerebral de la animalidad, y por último, entiende la afección moral producida en los animales con el mismo nombre, y por tanto de la propia índole que la afección moral que se

produce en los racionales, lo cual equivale, aunque no lo explique, á sostener como ley natural de los animales la misma moralidad ordenada, aunque sea relativa, que es ley de los humanos, sin que esto sea para su concepto, que harta diferencia ha de concebir entre ambas especies; pero así lo establece por no conceder y declarar la distinción que constituye el alma inmortal de que debe sentirse animado.

Por último, y para dejar plenamente demostrado que la moral, su idea ó predisposiciones, no pueden ser hereditarias en la naturaleza, imitamos la argumentación del ilustre pensador, pidiéndole que nos trace la línea divisoria que él nos invitó á trazarle respecto de la diferencia entre el animal y el hombre, cuya línea, por cierto, hemos trazado (1). Nosotros invitamos á la escuela filosófica que piense como dicho escritor á que nos diga por qué, si se heredan en la especie humana las condiciones morales por desarrollos de la organización transmitidos á los descendientes, no ocurre lo mismo en las especies animales.

Spencer, entre otras ocasiones en que repite la misma idea, dice (pág. 135): «Un compuesto de representaciones indistintas, acumuladas por la experiencia de los resultados de actos semejantes de la vida del individuo, superpuesta á la conciencia aun más indistinta pero vigorosa de los efectos de experiencias hechas por los antecesores y trasmitidas por herencia: el todo constituye á la vez sentimiento sólido y vago.»

Aquí determina una intuición moral que se hereda físicamente convirtiendo la conciencia en una parte de la organización hereditaria. No comprendemos que haya tropezado su escalpelo con ese órgano al practicar alguna autopsia, de cuyo accidente negativo se lamentaba, por no tropezar nunca, un célebre materialista español

Más adelante es más explícito, diciendo (pág. 137): «En correspondencia con las proposiciones fundamentales de la ciencia desenvuelta se han también desenvuelto y siguen desenvolviéndose en la raza ciertas intuiciones fundamen-

(1) Referencia á otro capítulo anterior.

tales, y que por más que estas últimas sean resultados de experiencias acumuladas de utilidad, convertidas por grados en orgánicas y hereditarias, han llegado á ser independientes en un todo de la experiencia consciente.»

Aquí afirma que no se heredan tanto en la conciencia como en otras facultades que producen intuiciones fundamentales. De ambas suertes supone la herencia del desenvolvimiento moral.

Una cosa es que las facultades orgánicas propias de cada ser, á medida de su desarrollo ó estado, realicen con más perfección su natural destino y den lugar á que su herencia se suceda en esa relación, y otra el que cualquier carácter moral se haga hereditario en el organismo; porque en este caso tendría que existir el progreso moral forzoso, sin posible interrupción en la sucesión de todos los racionales; lo cual no se verifica en esa forma correlativa y fija, aunque se entienda que la humanidad progresa moralmente, por efecto de otras causas. Y tendría que suceder también el progreso correlativo en las facultades inteligentes de los animales; cosa que en absoluto se puede negar, pues dichas facultades son perfectamente parásitas en todas las razas y especies.

Si para Spencer los animales y los hombres son iguales en su composición natural, sin que el alma distinga á los unos de los otros; si considera análogos sus espíritus como consecuencias de sensaciones; si para él la moral es función natural de facultades orgánicas, no alcanzamos cómo podrán trazar la línea divisoria á que hemos invitado entre la inercia y el movimiento progresivo de las facultades morales que se observan, la primera en el animal, y la segunda en el hombre; y sobre todo, entre la herencia moral de los unos y el desheredamiento de los otros.

RAFAEL GONZÁLEZ.

Alicante, Febrero 89.



EL TEATRO TAGALO (1)

III

Primeros datos de cierta autenticidad.—Origen del *Moro-moro*.—El himno de Riego.—Teatro de Binondo.—Edifícanse los de Tondo y Quiapo.—Intrigas de bastidores.—Censura y contribución impuestas al teatro tagalo.—Abundancia de teatros chinos.—Los *carrillos*.—*Don Juan Tenorio*, drama español, en el *carrillo* de la calle de la Magdalena.



A en la primera mitad del siglo pasado hay algún vislumbre de apuntar en los indios cierta afición, por decirlo así, casera y vergonzante á los espectáculos teatrales, y de que los misioneros empiezan á consentírselas, aunque siempre en guardia y avizores. Un escritor varias veces citado, religioso de los más observadores y diligentes que han ido á Filipinas, en su famoso manuscrito, que corre como si estuviera impreso, indica que “tienen particular „propensión á comedias y farándulas, y así no hay fiesta „de consideración si no hay comedia, y si pueden no „perderán ensayo..... y es necesario que estas represen- „taciones no sean nocivas, porque se les imprime mu- „cho„ (2).

(1) Véase la pág. 128 de este tomo.

(2) *Carta de Fray Gaspar de San Agustín á un amigo suyo en España, que*

Sin embargo, la mayor antigüedad que en mi concepto puede concederse al teatro tagalo es la de 28 de Abril de 1750, en cuyo día se celebró en Panique, pueblo de la actual provincia de Pangasinán, el bautizo de Alimudín, rey de Joló, con el nombre de Fernando I, en obsequio y remembranza de Fernando VI, que entonces reinaba en España. Dedúcese de las mismas palabras del P. S. Agustín que acaban de leerse que la afición no tomó carácter ni obtuvo el exequátur del clero hasta que se hicieron en Panique grandes fiestas á costa del Erario público, á saber: corridas de toros y comedias, teniendo que recurrir para estas últimas á los indios, porque los españoles se negaron á tomar parte en ellas por la ocasión y por la persona, que sultanes y datos de los que viven en la vecindad del Archipiélago nunca serán para sus habitantes europeos sujetos de cuenta y valía, pese á nombres y títulos más fantásticos que reales. Arregláronse como pudieron los jesuitas, autores de la cristianización de Alimudín y de todo aquel melodrama político-religioso, y fué el caso que los moros de la llamada corte joloana (cuatro ó seis esclavillos más ó menos graduados de chambelanes) quisieron por su parte meterse en el corro y hacer también fiesta á su rey, poniéndolo por obra de la manera que ya hemos descrito en nuestras *Guerras piráticas de Filipinas*:

„Armados de lanzas, crises y rodelas, á guisa de falan-
 „ges próximas á acometerse, formaron todos un círculo,
 „y aquel en quien se suponía más valor entró en el cen-
 „tro, dando uno ó dos fuertes alaridos con ademán ho-
 „rrible y dos ó tres zancadas, tras las cuales comenzó su
 „ejercicio, llevando en una mano su lanza y en la otra la
 „rodela y la cris pendiente de un tahalí. Después algo
 „encorvado atravesó con celeridad todo el círculo é ir-
 „guiéndose en seguida fué de un extremo á otro dando
 „saltos de hiena y mirando de una á otra parte como

le pregunta el natural y genio de los indios de Filipinas.—Ms. de 70 páginas en 4.º Unas copias llevan la fecha de 1720, y otras la de 1725.

„aquel que desafía á su enemigo. Paróse luego, dió unas
 „cuantas patadas en el suelo, meneó la cabeza, rechinó
 „los dientes haciendo al mismo tiempo gestos horribles,
 „y arrojando su lanza por desprecio, empezó á dar tajos
 „y reveses al aire con su cris, como un loco furibundo al
 „compás de alaridos salvajes.

„Cuando parecía hallarse descansando, repentinamen-
 „te corrió otra vez hacia una y otra parte, adonde se figu-
 „raba que el enemigo se le escondía, y acuchillando el
 „suelo rabiosamente como si cortase una cabeza, con un
 „terrón en una mano y en la otra el cris, púsose á tejer
 „un baile horrible en señal de victoria, hasta que empa-
 „pado de sudor salió del círculo triunfante para ser reem-
 „plazado por otro y otros sucesivamente.”

Aquí tenemos sin la menor duda el origen del *Moro-moro*, baile ó pantomima guerrera ó ambas cosas á la vez, que desde entonces forma parte integrante de los espectáculos tagalos, y que embriaga á los actores hasta el punto de convertir en *Moro-moro* toda escena de cintarazos y cuchilladas, que abundan mucho en su repertorio teatral. No hay raza de los países intertropicales que no tenga su pantomima ruidosa, bailable y guerrera, cuyos puntos suelen ir en sentido inverso de su virilidad, notándose la rara circunstancia de que los negrazos de Abisinia y el Mar Rojo, así como los malayos de Colombo y Ceylán, tipo recio y fornido por regla general, gritan menos y se retuercen menos que los débiles aetas de Filipinas y las ruines mujeres de nuestra nueva colonia de la Ascensión, que también hacen danzas guerreras en rancho aparte de los hombres. Recientemente ha publicado acerca de ellas un curiosísimo estudio el distinguido oficial de la Armada D. Juan Aznar (1).

Por cierto que también recientemente han adquirido los filipinos la costumbre de acompañar el *Moro-moro*

(1) Véase, en la REVISTA CONTEMPORÁNEA de 15 de Noviembre de 1888 el artículo titulado *Expedición á Goror, en las Carolinas occidentales*.

con el himno de Riego, porque les suena á zambra bélica, que no con malicia política, según creyeron gobernantes cándidos al tener acordada su prohibición en el breve reinado de Alfonso XII. Afortunadamente comprendieron á tiempo que la malicia era de ellos, y las pobres orquestas indígenas siguen destrozando nuestra *Marcha del Nuncio*, como llamó graciosamente D. Claudio Moyano al himno liberal, en sus increíbles instrumentos, no pocas veces de caña.

El bautismo de Alimudín y las circunstancias que lo rodearon empezó sin duda á generalizar la afición á tales espectáculos, aunque no lo bastante para sostener un teatro especial tan siquiera en Manila. Parece indudable que el primero que hubo se construyó muy avanzado este siglo, en la calle que hoy lleva su nombre en el barrio de Binondo y corre paralela á la de San Vicente entre las calles Nueva y de San Jacinto. Resentido por el terremoto de 1852, se hundió inopinadamente en 1853, salvándose por milagro cierta compañía de niños dirigida por un tal Apiani, que la noche misma anterior había representado en él (1).

(1) Poco antes de esa fecha existía en Arroceros una especie de Circo, de que habla un historiador francés muy concienzudo, con palabras tales que prueban su escasa importancia.

«La salle de spectacle (dice), qui n'est qu'une case devant laquelle on passe après cela, est remarquable en ce que, malgré sa grandeur, elle n'est construite qui en bambous eten nipa. De même que dans toutes les maisons de ce genre, il n'entre aucun metal ni aucun clou dans sa construction; des chevilles en bambou et des attaches en rotin en tiennent lieu.»

Les Philippines, histoire, géographie, mœurs, agriculture, industrie, commerce des colonies espagnoles dans l'Océanie, par J. Mallat. — París, 1846. — Dos tomos en 4.º

Como se ve, era un simple corralón de caña y nipa, especie de circo para fiestas de títeres y de equitación. ¿Sería una gallera?

También podría inferirse de las palabras de otro historiador no menos apreciable que entre 1840 y 1843 existía en Tondo un teatro más ó menos formal, pues dice comentando las noticias que dejamos copiadas de Fr. Gaspar de San Agustín:

«Son muy aficionados á ver representaciones teatrales. Hacen algunas tra-

Acababa de adquirir cierta celebridad, gracias á los deportados políticos de 1848, entre los cuales iba, como es sabido, D. Narciso de la Escosura, que con su mujer la Sra. Coronel, antigua actriz del Teatro del Príncipe, y otros elementos análogos, dió allí muchas representaciones que excitaron y difundieron la afición teatral. No hay que decir que esta compañía, puramente española aunque contase con serviciarios y partiquinos indígenas, sólo puede figurar en la historia de la dramática tagala como estímulo y acicate al genio nacional, frases de que nos valemos por ser las corrientes en escritos de esta índole, que no por su exactitud académica.

Pruébalo evidentemente el coincidir con los días de este teatro de Binondo la aparición de los primeros dramas tagalos, que adquieren cierta celebridad, si en punto á fechas y argumentos cronológicos pueden aventurarse afirmaciones cuando de Filipinas se trata.

Un escritor que firmaba en la *Ilustración de Manila* con el nombre de *Corene*, al estudiar ligera y desmaña-

»ducciones de nuestros dramas, y de cualquier asunto forman una pieza, aun-
 »que sin las reglas del arte: gustan sobre todo de comedias muy largas, que
 »duran un mes y más, con muchas horas de representación diarias. Éstas son
 »sacadas de historias ó novelas que ponen en escena. En Tondo se ha repre-
 »sentado así la *Matilde ó las Cruzadas*. Probablemente la *Celestina* habrá
 »dado origen á este gusto. Los poetas filipinos han escrito varios dramas de
 »esta clase, así como algunos poemitas épicos religiosos y eróticos. Pero de
 »la época anterior á la llegada de los españoles parece que no existen más
 »que algunas canciones amorosas, de cuyo mérito no puedo juzgar por no co-
 »nocer apenas la lengua.»

Informe sobre el estado de las Islas Filipinas en 1842. Escrito por el autor del *Aristodemo* y del *Sistema musical de la lengua castellana*, D. Sinibaldo de Mas. Madrid, 1843.—Dos tomos en 4.º

Creo firmemente que no debió de ser en aquella época el de Tondo un teatro medio formal siquiera, pues lo hubiera descrito Mallat en su minucioso y exactísimo capítulo X del tomo 1.º, como describió el Circo de Arroceros. Sería más bién algún saloncillo de casa particular donde representasen aficionados; algo semejante, aunque muy inferior; á lo que debió tener D. Simón de Anda en el Palacio real, setenta años antes.

La especie de la *Celestina* es á toda luz inverosímil y desnuda de fundamento, como hay ligereza también en llamar poemas épicos á los *corridos*.

damente por cierto las costumbres del país, en un tipo á quien llama *Juancho*, dice de él que “es gracioso y el „que tiene este don hace fortuna en Filipinas; dió á co- „nocer sus facultades y talentos el día de la fiesta de su „pueblo, en que se representó la comedia de *Los doce „pares de Francia y otros tantos de Turquía*, *Juancho* hi- „zo su debut en el papel de gracioso, en el que se lució „y quedó tan asentada su reputación de tal, que ya se „propuso hacerlo su busca-vida y no trabajar. Sin em- bargo, antes que observación contemporánea del buen *Corcul* parece plagio este tipo del que había pintado un siglo antes el P. S. Agustín, en el mismo párrafo que D. Sinibaldo comentó, donde dice: “no ponen aten- „ción sino en el gracioso que hace mil boberías mate- „riales, y á cada acción han de dar todos una carcajada, „y el que hizo con aceptación este papel *queda gradua- „do de discreto*, y con licencia de entrar y salir en cual- „quiera parte, y coger la barba á la mujer delante del „marido, el cual tiene obligación de reirse, aunque no „tenga gana.”

Es también posible que ya tuvieran los tagalos algún teatrillo en Manila, pues en la primera disposición legis- lativa que sobre el ramo existe, y es un bando del inol- vidable General Clavería, de 30 de Julio de 1847, se lla- ma *Español* al teatro de Binondo, como quien hace dis- tinciones que el buen sentido público ha de completar. Quédanos de este teatro, que podemos llamar primitivo, aun siendo tan moderno, una descripción, hecha por D. Rafael Díaz Arenas, que, por no existir otra más ca- bal y literaria, copiaremos:

TEATRO DE BINONDO

“Hace cuatro años que se ha construído desde sus ci- „mientos en el sitio de San Jacinto, donde una grande „quema dejó despejado el terreno que ocupaba una mul- „titud de casas de nipa, que el Gobierno prohibió justa-

„mente reedificar. Su entrada en las noches de función
„es por la calle de San Jacinto y la salida por la calle
„Nueva. Esta calle, que los carruajes atraviesan en toda
„su longitud parando á la puerta del teatro, es también
„nueva, y no sabemos que tenga nombre á no ser que le
„digamos calle de la Comedia. Por ella se entra en el
„edificio, que tiene un vestíbulo por todo el frente, coro-
„nado de una galería alta, cubierta, la cual sirve de des-
„ahogo en los entreactos. También tiene dos alas que
„comprenden dos salones altos y en la parte baja dos
„cafés.

„Sobre su distribución interior ha habido reclamacio-
„nes por parte del público, quejoso de la configuración
„que tiene, la cual no permite ver ni oír bien desde cier-
„tos sitios. Los periódicos se han ocupado algo de esto.
„También se esparcieron ciertas voces alarmantes sobre
„su solidez, que motivaron reconocimientos judiciales;
„pero parece que sin fundamento, como lo ha demostra-
„do la experiencia.

„En cuanto á su coste debemos deducir, á falta de
„otros datos, por los traspasos que ya se han verificado,
„que pasa de 30.000 pesos, cuya mayor parte lo han
„dado á premio las Obras pías y la Caja de Carriedo,
„que administra el Ayuntamiento. Modernamente ha re-
„cibido muchas mejoras,, (1).

La semilla sembrada en el teatro de Binondo no podía menos de germinar, aunque con la lentitud propia de aquel país, y así como los españoles comenzaron á contar con el teatro como uno de sus principales elementos de distracción, no es dudoso que los indios sintieran la misma necesidad, satisfaciéndola en sus fiestas con dramones interminables, tomados por regla general del repertorio de los *Corridos*. Como ninguno de aquéllos se ha impreso y de éstos el más antiguo, según hemos di-

(1) *Memorias históricas y estadísticas de Filipinas, particularmente de la grande isla de Luzón*, por D. Rafael Díaz Arenas, jefe de Hacienda cesante.— Imprenta del *Diario de Manila*, 1850. En 4.º, cuaderno X.

cho ya, es de 1816, debe de colocarse en el segundo cuarto de este siglo el génesis del arte tagalo, considerando como su verdadera cuna, aunque prestada, el teatro de Binondo.

Entre 1853 y 1860 se edificaron otros dos en Tondo y en Quiapo, suburbios de la vieja Manila, que todos subsisten aunque mejorados y perfeccionados, por modo que permite juzgar de lo que debieron de ser en sus primeras, míseros y hasta impropios de una ciudad populosa. Cuando el arte español no ha tenido elementos para apoderarse de ellos, cosa harto frecuente, ó no acudían á Manila saltimbanquis ó prestidigitadores, el indígena, Dios sabe cómo, los ocupaba, y así iba creándose un personal de aficionados..... vamos al decir.

Menos por cierto se descuidaron los chinos en improvisar sus ruidosos teatros, que con sus músicas más ruidosas aún atruenan el barrio en que se establecen. Se mejante situación llegó á ser depresiva para nuestra patria, y el Ayuntamiento de Manila empezó á pensar en remediarla. Decimos empezó, porque hasta los pensamientos sufren allí una digestión lenta y penosa. Según la *Ilustración* de los primeros meses de 1860, ofrecía á la empresa que construyese un buen teatro asegurarle 4 ó 5 por 100 de interés á su capital. El proyecto se hallaba en estado de nebulosa, al decir del articulista, y la muerte del segundo cabo General Solano, que ejercía interinamente el gobierno supremo de las islas y era hombre de bastante iniciativa y buen deseo, vino á aplazarlo por algún tiempo, dejando á Manila con sus dos teatros miserables, donde si el arte no progresaba, las intrigas bullían como si fuera un gran coliseo.

Cierta compañía ambidextra, que ni era de ópera ni dramática y sin embargo hacía á pluma y á pelo, arrastrando lánguida y oscura existencia, se dividió en dos para ocupar ambos teatros, sin público en ninguno, porque si á los españoles no les satisfacían por míseros, á los indígenas les eran por lo graves antipáticos. Ni más ni menos acontece entre nosotros con frecuencia, que

por rivalidades y miserias de bastidores se dividen las compañías medianas para formar dos malas, perjudicando á las dos artes, cuyo divorcio aburre al público y hace el teatro aborrecible. En la escena de Quiapo se presentó por el mes de Julio un Sr. Pasta, que según el articulista *Opac* "debía de ser de Macarroni, porque es „un cocinero mediano de un buque.„ Dato que da idea de la escasez de elementos artísticos que se padecía.

Toscas telones y enseres humildes formaban toda la riqueza de aquel teatrillo, donde también se presentó á debutar un aficionado de esperanzas, cuyo nombre se omite, con *La herencia de un valiente*, *Las dos bodas descubiertas* y *El regreso de un soldado*, títulos que no figuran en el repertorio español, por lo cual pudieran ser obras escritas allí mismo. El movimiento dramático tropezó bien pronto en el terrible escollo de las intrigas burocráticas, donde desahogan los españoles de Manila el humor atrabiliario y el espíritu de discordia que desahogaban sus abuelos en Méjico y el Perú á tiros y cuchilladas. El mismo *Opac* anunciaba un "parto melomimo-dramático, una producción estupenda, dividida en „un prólogo y tres cuadros con una multitud de actos, „pero ¡qué actos! No creemos lo apruebe la censura. Figúrense nuestros lectores que el prólogo se titula *Los antecedentes*, epíteto que huele á expediente que rabia. „El primer acto lleva por título *La provocación*. El segundo *Cobrar una deuda antigua en espalda ajena*, y el tercero *La sal en el agua*. El fin moral de esta producción se encamina á probar que los temperamentos linfáticos degeneran en biliosos bajo la influencia de los climas intertropicales, y como por incidencia el partido que puede sacarse de un bastón de caña con ciertas „manipulaciones algo rudas.„

Alusión clarísima á algún suceso más ó menos escandaloso de los que son tan frecuentes en aquella sociedad híbrida, ofrece también al lector claro indicio de la atmósfera que se respira en aquel país, asfixiante para el pensamiento elevado y la independencia artística. Achá-

canlo unos á la rigidez de la censura; otros á la enojosa monotonía de la vida social; quién al clima; quién á los frailes, y nosotros tenemos en este punto una opinión singular, que no puede ser manifestada á la ligera, porque exigiría lucubraciones y desarrollos inoportunos, pero que en breve síntesis se reduce á que aquella sociedad no ha conseguido ni conseguirá acaso nunca romper los moldes curialescos y burocráticos en que fué formada, y que son mortales enemigos de todo lo supra-sensible, de todo lo intelectual, de todo lo que no es auto ó expediente. El único soplo espiritual que penetraba en aquel pudridero procedía de los conventos, que influyendo sobre el alma y la inteligencia de los que las tenían, contrapesaban enérgicamente, por decirlo así, los otros dos elementos predominantes del estado social.

Así como en aquellos mares el barquichuelo pirata, de quilla podrida y remendada vela, navega en todas las monzones sin peligro, porque cualquier bocana le sirve de puerto, cualquier peñón le abriga y no hay tempestad que se digne destrozarlo, el navío de los grandes mares, que necesita mucho fondo y horizontes anchos, nunca encuentra monzón para desplegar sus velas con holgura y ha de pudrirse en el puerto ó se ha de estrellar en las mismas peñas donde los otros se salvan. Agréguese á todo esto que la sociedad indígena, si puede llamarse así, padece análogos ó acaso mayores achaques, análogo amaneramiento, análogo burocratismo y curialismo, sazonados con un espíritu mercantil de bajo vuelo, que sólo inspira ideas menudas y prosaicas. Únicamente algún artista extranjero, por moda ó por vanidad, encuentra allí aplauso y protección.

En esto, como en otras muchas cosas, es materia opinable quién ha corrompido á quién, si el colonizador al colono ó el colono al colonizador. Hé aquí por qué no existe propiamente en Filipinas literatura española ni tagala, ni siquiera teatro español ó teatro tagalo; manifestación la más expresiva y á la par la más rudimentaria de todo movimiento intelectual. Cualquier provincia

de España se encuentra á mayor altura en esta esfera.

Pero, en fin, lo que existe ha seguido la gradación que venimos reseñando y llegó á tomar cierto carácter en el período que media desde el apogeo del teatro de Binondo con Escosura hasta 1866, toda vez que dentro de ese período se estableció la censura para el teatro tagalo y el impuesto de 20 reales por función á favor de los Fondos de Arbitrios. Tanto ó más que el ejemplo de los españoles que, según hemos visto, empezaban á dar señales de vida, y al fin levantaron en Arroceros, bajo la protección del Ayuntamiento, un regular edificio, aunque no fué el arte dramático quien más lo utilizó, sino la ópera italiana, tanto ó más debió influir en los indígenas el ejemplo de los *coletudos*, como llaman ellos á los hijos del Celeste Imperio, que por aquellas fechas llegaron á estar dominados de verdadera fiebre teatral, puesto que en 1866 vióse el Capitán general D. Juan de Lara obligado á limitarles por un decreto los sitios en que podrían establecer sus espectáculos, citándose nada menos que cuatro en los arrabales de Binondo, Tondo, Santa Cruz y Loobán (barrio de Quiapo), con la advertencia de que en las fiestas particulares del gremio chino podían también permitirse comedias en San Miguel y la Concepción. Esto se hizo por evitar al vecindario de las calles principales las molestias que con sus músicas ruidosas y su concurrencia bullanguera ocasionan los teatros chinos; molestias, que, en efecto, exceden á toda ponderación (1).

(1) No existe, por desgracia, ó á lo menos á nuestra noticia no ha llegado, ningún estudio de las costumbres y las producciones tagalo-chínicas, que pudo hacerse entonces que estuvieron en su apogeo, por alguno de los muchos Padres dominicos que en las misiones de China adquieren los profundos conocimientos de aquella lengua y aquel país, que revela su interesante publicación periódica *El Correo sino-anamita*, publicación no inferior á las *Cartas y Relaciones de la Compañía de Jesus*, que tanta fama gozan entre los doctos.

Si aquel estudio se hubiera hecho, quizás podría aclararse hoy una curiosísima especie que hemos oído á persona respetable procedente de la Habana,

Réstanos hacernos cargo de otro que puede llamarse elemento teatral muy arraigado en el país, sobre el cual corren entre el vulgo dos opiniones irreconciliables; hay quien lo cree indígena, antiguo y también parodia saietesca de nuestras primeras representaciones dramáticas, mientras otros aseguran ser novísima invención de un emigrado progresista que le dió su nombre. La divergencia es, como se ve, de lo más estupendo. Nos referimos á los *carrillos*, que en verdad pudieran ser tra-suntos y derivaciones del famoso *Carro de la Muerte*, pintado por el autor de *Don Quijote de la Mancha*, ó de la prosaica carreta donde mucho antes se representaron los autos de Diego Sánchez de Badajoz, si el retablo de maese Pedro no tuviera parentesco más íntimo con ellos que el mismo fulano Carrillo á quien se atribuyen, y si la invención de las marionetas valiera la pena de ser disputada á la China, porque como tal lo describe, apartándose de las dos opiniones mencionadas, el autor de una interesante publicación, que no pasó, por desgracia, del tomo I, ni de la letra C, según suele acontecer á lo bueno en todos los países, y mayormente en aquél, cuyo autor, sin meterse en disquisiciones ni en honduras, le llama *carrillo chino*, como cosa corriente y de todos sabida (1).

donde los chinos, al ver representar *El loco de la guardilla*, lo celebran y aplauden mucho, diciendo que es muy popular en su país. Aunque Cervantes pronosticó que su obra sería traducida al chino, y no falta cervantista que asegure haberse realizado la profecía, nosotros hemos hecho buscar el *Quijote chino* con tanto empeño como inutilidad por las librerías de las principales ciudades, incluso Pekín; por lo cual creemos firmemente que, de existir en la literatura china alguna reminiscencia de las inmortales creaciones cervantescas, procede de Filipinas, y probablemente de la época á que nos venimos refiriendo, entre 1866 y 1870.

Actualmente, el teatro chino está en Manila mucho más decaído. ¿Es quizás menos culta que antes la emigración de aquel país?

(1) *Diccionario de la administración, del comercio y de la vida práctica en Filipinas*, por D. José Felipe del Pan, con la colaboración de D. José de la Rosa.—Manila, imp. de D. Manuel Pérez, 1879, en f.º—Tomo I.

Contribuyó á matar esta notable publicación el haber incluido en sus últi-

En el fondo se trata de un simple armatoste como los que, sin ser viejo, el lector habrá visto campantes por el Prado de Madrid, dando por dos cuartos espectáculos maravillosos, como la torre de Binondo en China *con tantas ventanas como días tiene el año*, que eran más disparates que ventanas. Habíalos y hailos aún con figuras parlantes, en vez de los lienzos pintarrajeados que utilizan los cosmoramas, que abundan mucho más, y hacen su agosto con los niños y los patanes: de aquéllos son copia aproximada los *carrillos* de Filipinas, aunque ya van subiéndose á mayores; y en las fiestas de algunos pueblos no suelen estar sobre ruedas, sino fijos en un..... tablado íbamos á decir, pero donde los tablados son de caña, parece más natural llamarlos cañizos. Plántanse, por lo general, en la plaza pública, al lado ó enfrente de la iglesia, y á poca elevación del suelo, para que pueda saborear el espectáculo un público que suele estar en cuclillas, que es su postura favorita.

El aparato escénico que allí se despliega, puede el lector calcularlo sin grande esfuerzo. Pueblo de niños, que las cosas más serias convierte en infantiles juegos, de muchas leguas á la redonda acuden á divertirse á costa del P. Cura, del Gobernadorcillo ó del Patrono de la cofradía cuyo santo se celebra, que por una docena de pesos ha contratado otros tantos *Juanchos* con algo de chirumen *en aquella su cabeza*, que suelen rodar por los pueblos á caza de gangas.

En algunos centros populosos hay *carrillos* permanentes, ya para sombras chinescas y figuras de cartón, ya para representaciones menos informales, y éstos recuerdan mejor nuestros corrales de comedias, de quien ha quedado por prototipo el de la Pacheca, hoy teatro del Príncipe. Había en 1886 uno en la calle de la Magdalena de Manila, que probablemente á estas horas habrá visto

mas entregas un fárrago de reglamentos y hasta pliegos de condiciones de contratas, por la manía burocrática que esteriliza allí todo pensamiento elevado, según hemos dicho.

acabar á mano airada su mísera existencia, porque los españoles maleantes, que abundan no poco, habían dado en la flor de asistir á las funciones por cuca y soflama, para corear la pieza con todas las chocarrerías, dicharachos y verduras á que se presta en efecto semejante espectáculo para gentes de mediana ilustración. Se necesita el espíritu infantil de aquel pueblo para contentarse con tan poco.

Era un corral verdadero y nada limpio, que conservaba de noche residuos y sobrantes de gallinas y marraños, sus pobladores de día, alternando con *dalagas*, *baguntaos* y *matandas*, pues las viviendas de los indios son verdaderas arcas de Noé. Allí, en bancos de todas las figuras geométricas, desde el rombo al cubo, y no siempre para sentarse, que es lujo apenas usado, se acomoda una concurrencia digna del pincel de Goya.

Hablar de desnudeces y posturas académicas, por demás sería, pues la naturaleza no gasta en Indias los remilgos que en Europa, que por algo se crió allí la manzana de Eva, y por algo pronunció allí el Criador el *crescite et multiplicamini*..... ¿Qué harían en puridad aquellas pobres mujeres de sus senos, que por acá llamamos túrgidos y mórbidos, cuando ni son de alabastro ni el calor les consiente la esclavitud del corsé, antes libérrimos y aun libertinos y chorreando sudor como espita mal cerrada, en vez de escondite y tapadillo les piden ventilación y aireo, mal subordinados á la *candongga*, que es un pañizuelo tenue que aun con el aditamento de la camisa apenas hace el oficio de una red medianamente tupida? Pues los hombres en perpetuo traje de dormir, y con la camisa por fuera del calzón, que casi nunca está herméticamente cerrado, mientras ella dibuja tan á lo vivo los contornos que suele andar pegada á las espaldas con el sudor, ¿qué extraño es que no reparen en pelillos al acuclillarse ó acurrucarse, que es su habitual postura, ni que formen sus corros tendidos á la larga, ni que se permitan en fin otras actitudes, que quizás en-

tre ellos parecen del mayor atildamiento y hasta galanura y estética exquisitas?

Hombres y mujeres, pues, forman como quien dice montones mascando buyo, fumando tabaco Barili, comiendo naranjitas, cajeles, mani y hasta huevos, pues los indios gustan de tenerlo todo desocupado menos la boca y el vientre, sin contar que en nuestras antiguas comedias se hacía lo mismo, no siendo obstáculo para ello que se representase en las iglesias, donde se almorzaba ó se cenaba, según la hora, y á veces lo servían los sacristanes mismos, según se ve en las *Farsas* de Diego Sánchez, de donde se infiere que las dependencias de los templos estarían convertidas en almacenes de comestibles (1).

Por supuesto que de la función apenas se percata nadie, salvo que cruja alguna vaina de hoja de lata arrastrada estrepitosamente por el actor poseído de su papel, ó que relumbre el talco con que la dama se emperejila, que suele ser emperatriz de la gran Tartaria ó reina por lo menos de un país que no se encuentra en ningún mapa-mundi, ó que empiecen los gritos del *Moro-moro* al son del himno de Riego en la descompuesta charanga,

(1) *La farsa del Moysen* es un documento de harta valía para comprobar esta sospecha, que ya abrigaron algunos historiadores primitivos del teatro, pues contiene una escena entera en que sólo se trata de agenciarse comestibles dentro de la catedral de Badajoz. Un negro, que está muerto de hambre, pide pan ó carne, y no dándoselos el pastor, pregunta al sacristán:

¿Ten bos boyo, sacristán?

Cuando el negro llega á punto de desmayarse, dice su compañero:

¿Veis el negro hecho ardite?

quierole her un combite.

Toma pan, negro mezquino;

Traga, traga, he aquí vino.

Negro.—¿Vino das? dio te dequite.

De esta escena resulta que no sólo había en la iglesia fiambres, torreznos y vino, sino que el sacristán vendía por lo menos confituras.

Recopilación en metro del bachiller Diego Sánchez de Badajoz, reimpresso del ejemplar único, por D. V. Barrantes.

que entonces es de ver cómo aquellas caras marmóreas se animan, y aquellos ojos mortecinos relampaguean, suspenden aquellas bocas su faena masticatoria y levantan el diapasón aquellas voces, que parecen educadas para el antiguo chichisveo, según á las veces no se les ve mover los labios y se cree que hablan por dentro del estómago como los ventrílocuos.

Alimentada la iluminación por aceite de coco, que no huele á ámbar ni cosa parecida, máxime con el pábilo de los *tinsines*, torcidas chinas de que se valen, fórmase entre el tufo, el Barili y el buyo una atmósfera irrespirable, y apenas puede verse el telón de boca, que tendrá cosa de un metro en cuadro, donde por mayor gala y donaire, novísimamente ha pintado un artista indígena una escena que quiere ser plaza de toros, á saber: un carabao acometiendo á un caballero vestido á la española antigua, que con la espada desnuda lo recibe.

Álzase el telón y aparece una sábana, que si estuviera limpia podría recordar á Lope de Rueda, puesto caso que el buen batihoja por ser valenciano las gastase bien lavadas, y detrás de la sábana los muñecos que gestículan y manotean sin ton ni son, moviéndose al propio tiempo de acá para allá, mientras el director, que está debajo del cañizo, habla por ellos con acento fingido, ora de galán, ora de dama, en gangoso tono y en idioma infantil, que logra en algunos momentos arrancar gritos y carcajadas á aquel público de cal y canto.

Por los primeros días de 1886 bramaba justísimamente de indignación la prensa de Manila, porque el *carrillo* de la calle de la Magdalena se había atrevido á representar *Don Juan Tenorio*, drama que estaba de moda entre la gente maleante, porque un actor indígena del teatro filipino solía con harta frecuencia degollarlo, como decimos por acá, tomando gravemente por aplauso y satisfacción pública la chacota, el jolgorio, la verdadera cencerrada que todas las noches hacía el público de buen humor, y que más de una vez llevaron á la cárcel á actores y espectadores. Las tablas se cubrían de

legumbres arrojadas, allí reducidas á patatas y cebollas de China y algún camote nacional. Calcúlese lo que acontecería en el carrillo, si esto pasaba en un teatro medio formal.

Terminaremos, pues, con lo que entonces escribió un indignado redactor de *La Oceanía Española*:

„Yo comprendo que en estos teatros den *La tía Nori-*
„*ca, Los sudores del rey Momo*, y otras y otras obras
„por el estilo; pero..... ¡*Don Juan Tenorio!* ¡Pobre Zorrilla!

„Si él viese un monigote de cartón de cuerpo diáfano
„declamando aquello de:

»Por donde quiera que fui
»la razón atropellé,
»la virtud escarnecí,
»á la justicia burlé
»y á las mujeres vencí.....

„¡Ah!..... Y otro monigote que dice:

»Aquí hay un Don Luis,
»que vale lo menos dos.....

„hace una genuflexión, pega con los nudillos contra el
„suelo ¡y excita el entusiasmo del público!!!

„Doña Brígida es otro mamarracho, tan mamarracho
„como el resto de los personajes. Todos ellos tienen ma-
„nos de ave y cuerpo de *asuang*. Cuando mueven los bra-
„zos parece como que se piden limosna los unos á los
„otros.

»BRÍGIDA. ¿Vais á sacarla de aquí?

»D. JUAN. ¡Necia! ¿Piensas que rompí
»la clausura temerario
»para dejármela así?
»Mi gente abajo me espera.
»Sígueme.

„Don Juan pasa por delante de Brígida, y como el cuer-
„po de ésta es transparente, á traves de Brígida ven los
„espectadores á Don Juan. Pues ¿y cuando éste, con una
„rodilla en el cogote, le dice á su Doña Inés:

»¿No es verdad, ángel de amor,
 »que en esta apartada orilla
 »más pura la luna brilla
 »y se respira mejor?

„Doña Inés permanece con los dedos dentro de las
 „narices..... luego saca la mano y se la incrusta á él en
 „la barriga, diciéndole:

»¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro
 »de tu hidalga compasión.
 »Ó arráncame el corazón,
 »ó ámame, porque te adoro.

„Momentos después una afinada orquesta, que consta
 „de acordeón, bombo y platillos, toca la salmodia, en
 „tanto que en una lata de petróleo da acompasados
 „porrazos el transpunte, y dice Don Juan:

»Cesad, cantos funerales;
 »callad, mortuorias campanas;
 »ocupad, sombras livianas,
 »vuestras urnas sepulcrales.

„Y en seguida una ristra de ajos circunda como aureo-
 „la la dulce unión de Don Juan y de Doña Inés. Ambos
 „suben sobre la ristra, llevando entre ellos un angelito
 „que parece un pájaro. Es..... ¡la apotesis!!!„

Ahora consagraremos al repertorio tagalo un estudio
 bibliográfico, examinando de paso algunos dramas de
 los más típicos, que hicimos traducir á indios intelligen-
 tes con este objeto.

VICENTE BARRANTES.

(Continuará.)



ORIGEN Y DESARROLLO

DE

LA VIDA EN EL GLOBO

Continuación (1)

V

Comienza la época cuaternaria con un período de frío intenso, cuyas causas no están aún bien definidas. Bajo la influencia de lluvias abundantes y de grande y progresiva disminución de la temperatura, extiéndense masas congeladas por la mayor parte del globo, y únicamente los atrevidos navegantes que se acercan al polo, pueden formarse idea del aspecto que en la mencionada época presentaría nuestro continente. Los glaciares del Norte bajaban de la Escandinavia, que se levantaba en medio del Báltico, como el Espitzberg se levanta hoy en el seno del Océano Boreal; cubrían la Finlandia, el Gobierno de San Petersburgo y la rica región de las *tchernoisem* ó tierras negras, de Nijni-Novgorod al mar Caspio. Extendíase sobre Inglaterra un inmenso casquete

(1) Véase la pág. 420 de este tomo.

de hielo hasta el canal de Bristol (1), sobre Hannover, Prusia, Lituania y Polonia. Un gran glaciar partía de la embocadura del Rhin, ganaba los Cárpatos (2) y depositaba en todas partes masas de arcilla acumuladas por los hielos flotantes y los canchales terminales. Los glaciares procedentes de la cumbre de los Alpes llenan la llanura suiza con un verdadero mar de hielo, que alcanza hasta 1.000 metros de espesor; llegan al Jura y lo atraviesan en el momento de su mayor extensión, ganando Lyon por una parte y el centro de la Suabia por otra (3). Los de la vertiente Sur de los Alpes salvan los grandes lagos de la Lombardía, avanzan por las llanuras del Piamonte y dejan en todo el valle del Pó los cantos erráticos que arrastraron consigo. El glaciar de Argeles, que bajaba de los Pirineos, tenía no menos colosales dimensiones; hállanse vestigios de él más allá del departamento de la Lozère. Encuéntrense numerosos canchales en medio de la Selva Negra, entre las montañas de los Vosgos, en donde los volcanes de Auvernia, y á veces una ermita ú oratorio, piadoso recuerdo de una peregrinación, coronan una roca de superficie aborregada por los hielos.

Los valles del Cáucaso (4), de los Balkanes y de los Apeninos hallábanse cubiertos por los hielos. Los famosos cedros del Líbano crecen sobre antiguos canchales (5). De la gran meseta de Asia partían varios glaciares, que se extendían hasta el Océano Ártico; los del Himalaya alcanzaban también considerables proporciones, y los viajeros que recorren la China aseguran que

(1) Geikie. *Prehistoric Europe*, pág. 564.—Debe consultarse el mapa que acompaña á este excelente trabajo.

(2) Ranke. *Der Mensch Rev. d'Anthropologie*, 1887, pág. 224.

(3) Chantre. *Monografía de los antiguos glaciares de la cuenca del Ródano*.—Falsan y Chantre. *Monografía geológica de los antiguos glaciares y del terreno errático de la parte media del Ródano*.—Falsan. *Del terreno errático y de los antiguos glaciares de la región central de la cuenca del Ródano*.

(4) D. W. Freshfield. *Travels in Central Caucasus*.

(5) Hooker. *Natural History Review*, Enero de 1862.

han visto en sus llanuras muchos bloques, pulimentados y estriados por los hielos (1). En Argelia hay fragmentos de enormes canchales á las puertas de Constantina, á 600 metros de altitud; los vallecillos cercanos á Argel están llenos de diques formados por tierras de acarreo, que verosímilmente deben su origen á neveras ó glaciares nevosos (2).

No menos evidente es la acción de los hielos en ambas Américas. Encuéntranse, desde el Océano Boreal hasta la latitud de Nueva York, rocas estriadas por el hielo ó aborregadas por el movimiento de los glaciares, bloques erráticos arrastrados por una fuerza irresistible (3). Esta acción se ha extendido á una superficie de centenares de millas cuadradas en las montañas de Sierra Nevada. Agassiz creyó distinguir indicios de glaciares en los bosques vírgenes del Brasil, y más recientemente se han descubierto en la Patagonia, Tierra de Fuego y Nueva-Zelandia; prueba esto que existieron los glaciares, pero no es posible fijar con precisión la época en que invadieron dichas regiones.

Los glaciares alcanzaban á veces profundidad sorprendente. En las montañas de Nueva-Inglaterra se ven á más de 3.000 pies de altura estrías cuyo origen glacial es incontestable. Iguales estrías se encuentran á menos altitud, en Michigán, Wisconsin y Iowa. Hechos análogos citan los geólogos en Europa. En Chambery, Culoz y Grenoble no baja de 1.000 metros el espesor de los glaciares (4). La presencia de cantos erráticos en la cumbre del monte Salève indica que hubo más de 800 metros de hielos por cima del actual nivel del lago de Ginebra. El Jura conserva vestigios de glaciares á 604

(1) H. Hind. *Quarterly Journal of Geol. Society*, tomo XXIV.

(2) Pelagaud. *La prehistoria de Argelia*.

(3) Dana (*Manual of Geology*, edición de 1863, pág. 537) cita un *boulder* en Massachusetts que pesa 500.000 libras, y otro en Vermont que mide 40.000 pies cúbicos. En Europa los hay también de igual tamaño.

(4) Daubrée. *Acad. de Ciencias*, 14 de Marzo de 1878.

metros sobre el lago de Neufchâtel, esto es, á 1.035 metros de altitud (1). El glaciar de la Pique, en Luchon, mide 900 metros; los de los Alpes alcanzaron una altura de 1.352 metros, superior á la de los glaciares de la América del Norte. Por donde quiera hállanse cantos erráticos, que pesan millares de kilogramos, sobre las montañas más elevadas, puntos á los que sólo han podido transportarlos las fuerzas de la naturaleza.

En resumen: los cantos erráticos, los canchales inmensos, las rocas de superficie aborregada ó estriada, gigantescos y mudos testigos que se levantan ante el explorador en sitios tan diferentes, demuestran el poder de los glaciares. Adelantábanse lentamente las capas de hielo, arrancando fragmentos de rocas, moliéndolo, triturándolo y nivelándolo todo á su paso, arrastrando consigo los bloques y *boulders* para depositarlos en la extremidad de su trayecto ó en puntos donde una resistencia momentánea dificultaba su marcha.

Estos hechos ¿se refieren á un período único, ó hay que admitir que la recrudescencia del frío y los aludes de hielo reprodujéronse diversas veces, tras un intervalo más ó menos largo de calentamiento, que atestiguan los depósitos interglaciares? Algunos sabios opinan que la época glacial es única, pero que sufrió en el transcurso de su larga duración numerosas modificaciones (2). Los glaciares cuaternarios abandonaron y cubrieron de nuevo las mismas regiones sucesivamente. De estas oscilaciones se pretende hacer períodos distintos.

No es ésta, apresurémonos á decirlo, la opinión de

(1) Geikie. *The Great Ice Age*, pág. 400.

(2) Se han observado vestigios de glaciares más antiguos que los cuaternarios. Las mismas causas determinaron, sin duda, los mismos fenómenos en las primeras edades del globo. H. de Parville ha expuesto (*Le Correspondant*, 25 de Diciembre de 1880) una teoría que bien pudiera ser la verdadera. Piensa que la extensión y fusión de los glaciares debieron de ser fenómenos correlativos con el levantamiento de los macizos montañosos. A cada levantamiento habría seguido un período glacial.

muchos geólogos (1); existen en Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Escandinavia y diferentes Estados de la América del Norte señales evidentes de dos y aun, en ocasiones, de tres períodos glaciales separados por tiempos muy largos y estaciones más calurosas (2). Oscilaciones ó períodos, observa un joven de mucha ciencia y gran porvenir (3), poco importa la palabra, puesto que cuantos estudian la cuestión notan en los diferentes países la existencia de estratos interglaciares que contienen los mismos animales y plantas, lo cual prueba por modo indiscutible su contemporaneidad.

En un trabajo anterior (4) indicamos las causas á que se puede atribuir esa recrudescencia del frío y de los fenómenos que la siguieron. Los físicos y geólogos no están de acuerdo, por lo que es difícil llegar á una conclusión fundada. Bástenos decir que una disminución de 4 grados en la temperatura media, acompañada de un aumento de humedad, bastaría en nuestras regiones para devolver á los glaciares su antigua importancia (5).

(1) Véase principalmente Penck: *Die Vergletscherung der deutschen Alpen-Mensch und Eiszeit.* (*Archiv. für Anthropologie.* Brunswick, 1884.)

(2) La primera extensión de los glaciares fué más considerable que las siguientes. Durante el primer período según las más recientes investigaciones, los glaciares se extendían en Alemania desde la embocadura del Ródano hasta los Cárpatos; durante el segundo, ya no van más que desde la embocadura del Elba hasta el bajo Niemen. En el Canadá, según se deduce de los últimos estudios, el primer período debió de corresponder á la invasión de los hielos polares, y el segundo á una simple extensión de los glaciares locales.

(3) Boule. *Rev. d'Anthr.*, 1888, páginas 272 y 388.

(4) *Los primeros hombres*, tomo II, pág. 174.

(5) «No se debe al frío el régimen glacial; el frío es impotente por sí solo para alimentar los glaciares, como bastantemente lo prueban, á los cinco ó seis mil metros de altitud, las desnudas mesetas del Thibet. Débese á la combinación de una gran humedad atmosférica con la existencia casi desconocida hasta entonces de condensadores montañosos tan importantes por su masa como por su relieve absoluto; condensadores tanto más activos cuanto que al principio la masa de los Alpes, por ejemplo, era mayor en todo lo que le han arrancado las erosiones. (De Lapparent. *Tratado de Geología*, primera edición, pág. 1.106.)

Al enfriamiento total ó parcial del globo precedieron ó siguieron lluvias torrenciales é inundaciones considerables, que facilitaban la fusión de los hielos. Esas aguas tumultuosas, de las que hoy mismo guardan claro testimonio los lechos de nuestras corrientes, socavaron los valles y cubrieron las mesetas con los depósitos que arrastraban (1).

¿Qué influencia tuvieron tales fenómenos en la vida vegetal y en la animal? Muy difícil es decirlo; como han desaparecido los principales representantes de la fauna mamalógica terciaria, no conocemos bien el lazo genético que pudo existir entre ellos y sus sucesores. Otro hecho hay más inexplicable todavía: existen al mismo tiempo en Europa, durante gran parte por lo menos de la época cuaternaria, especies que buscan la cercanía de las nieves, y otras, por el contrario, que no habitan más que en las zonas de temperatura muy elevada. Por espacio de mucho tiempo el hipopótamo, el tigre y la hiena vivieron á orillas del Sena, al lado del mamuth siberico, del reno, de la marmota y del antílope saiga. Con la flora acontece lo propio: en Celle, cerca de Moret, florecen la higuera, el laurel y el árbol del amor junto á los árboles del Norte. ¿Debemos suponer que las condiciones biológicas eran más favorables á la conservación y reproducción de los seres, ó que su presencia simultánea fué consecuencia de una ley general, de una situación climatológica mal definida aún? El problema es muy complejo: no sabemos que se haya dado ninguna solución, reservada acaso á lo porvenir.

Mientras que en el transcurso de la época cuaternaria cierto número de especies abandonaron nuestras regiones, emigrando unas al Norte y otras al Sur, y algunas, como el mamuth, el gran ciervo de Irlanda, el rinoce-

(1) Es evidente que no se aplica la misma conclusión á todos los valles; los hay que se formaron antes del cuaternario. De Lapparent (*loc. cit.*, pág. 1.084) cita los del Norte de Francia, los cuales cree que datan del plioceno y aun del mioceno superior.

ronte y el oso de las cavernas, para no citar más que las más notables, se extinguieron, compruébase la existencia de todos los mamíferos de los tiempos históricos, de todos los que viven todavía entre nosotros. Los bueyes, caballos, carneros, perros y las cabras habitan en Europa á fines del cuaternario; son ya compañeros y útiles servidores del hombre.

Al parecer, las modificaciones climatológicas no han influído ni en los insectos ni en las aves. Las principales especies de estas últimas existían ya en las épocas anteriores. Las cavernas del Mediodía de Francia y de Bélgica han dado el gallo silvestre, la perdiz, el pato, el tordo, la paloma, la oca, el cisne y hasta nuestro gallo doméstico. Nótase lo mismo con mayor razón en la fauna marina; los cambios de temperatura no han alcanzado más que á la superficie del mar, no pudiendo, por consiguiente, determinar la aparición de nuevos habitantes de las aguas.

La flora, ya lo dijimos al hablar de la vegetación terciaria, había terminado en el plioceno su evolución en nuestras regiones. Han desaparecido las especies exóticas y por todas partes crecen vegetales análogos á los de la época actual. Luego desaparecen por la emigración algunas de aquéllas y las consecuencias de la era glacial se notan por la introducción de ciertas especies nuevas. En Schussenreid la vegetación fósil se compone de musgos árticos; en otros puntos se ven plantas alpinas, que hoy día no se encuentran á menos de 4.000 metros de altitud ó más allá de los 78° de latitud Norte. En Inglaterra el *boulder clay* contiene también plantas polares, que actualmente hay que buscar en las regiones árticas. Esto confirma, si fuese preciso, que Europa atravesó un período de frío.

Acabamos de recorrer la larga historia de la vida en la tierra. Dos hechos llaman notablemente la atención aun á las personas más prevenidas en contra: las reglas inmutables que han dirigido la sucesión de los seres en los diversos períodos por que ha pasado el globo, y la

ley del progreso continuo que estableció la Providencia en sus inexcrutables designios, ley que nuevos descubrimientos hacen más patente cada día. Los vegetales, dice Gaudry (1), tuvieron su fecundidad máxima antes que los animales; las plantas sin flores precedieron á las plantas con flores; los seres inferiores se multiplicaron antes que los peces, y los peces antes que los mamíferos. Éstos parece que se perfeccionaron poco á poco; en la época secundaria y en los comienzos de la terciaria no constituyen una fauna ni tan complicada ni tan variada como en épocas más recientes, y no sabemos que haya espectáculo más admirable que la contemplación de esa larga cadena de seres que va desde el más humilde organismo hasta el hombre, que forma el último y maravilloso eslabón.

¿Cuándo, ocurre preguntar ahora, apareció el hombre en medio de esa naturaleza, en la que todo parece hallarse dispuesto para su llegada? Es seguro, contaremos, que el hombre vivió en los tiempos cuaternarios; los descubrimientos, tan frecuentes en estos últimos años, no dejan lugar á duda. Tenemos los sílex que aquel hombre talló, los huesos de que hizo punzones, finas agujas y harpones dentados; la alfarería, que sabía secar al fuego. Tenemos los adornos que le agradaban y los collares de dientes de roedores ó de carniceros, mezclados á menudo con dientes humanos, bolas y arracadas de cristal, azabache, marfil ó ágata. En todas las regiones del globo donde se han podido efectuar exploraciones se encuentran montones de restos, entre los que dominan las conchas fluviales ó marinas. Los *Kjökkenmöddings*, nombre que les han dado los dinamarqueses, á quienes primeramente se les ocurrió la idea de examinarlos, cubren con frecuencia grandes superficies y atestiguan á la vez que existieron poblaciones relativamente numerosas y que su residencia fué

(1) *Bull. Soc. géologie*, tomo XXIII, 1866.

larga. Esos hombres, probablemente los habitantes más antiguos del globo nos dejaron su imagen pintada con ocre en las paredes de la caverna que les servía de refugio, esculpida en pleno relieve ó grabada en las osamentas de los renos ó equídeos que lograban matar con las piedras apenas aguzadas que vemos en nuestros museos. Más todavía: poseemos osamentas de aquellos hombres, que nos autorizañ á afirmar que, por mucho que nos remontemos, el hombre, por su tamaño y estructura ósea, era absolutamente análogo al hombre que la historia da á conocer y al hombre contemporáneo nuestro. Virchow decía en la Asociación alemana, reunida en Munich: "Si estudiamos el hombre fósil, á pesar de que debe de ser cercano á nuestros primeros antepasados, vemos siempre un hombre como nosotros."

El hombre ha permanecido el mismo en el tiempo y en el espacio. En las épocas terciaria y cuaternaria, en todos los tiempos precolombianos, se ve en América una fauna mamalógica distinta en absoluto de la del antiguo continente. Aun es más notable la diferencia en Australia: todos los mamíferos, carnívoros, roedores y herbívoros son implacentarios. Con ser tan extrañas las faunas, las osamentas más antiguas de los americanos y australianos que han llegado hasta nosotros, los contemporáneos de los grandes paquidermos y desdentados de América y de los implacentarios de Australia no difieren en nada de los europeos, asiáticos ó africanos que por la misma época vivían.

Si el hombre es siempre el mismo por su estructura ósea en todos los tiempos y continentes donde se han encontrado señales de su paso, no menos notable es la semejanza en la inteligencia de que está dotado. En todas partes han comprendido los hombres que, obtenido un resultado, era posible volverlo á obtener empleando los mismos medios. Notaron que, frotando dos leños, brotaba una chispa, y aprendieron á fijarla y reproducirla; notaron que con un cuerpo aguzado herían más fácilmente al animal que perseguían, y aprendieron á

aguzar los silex que hallaban en el suelo; notaron que cubriéndose con una piel se preservaban del frío, y aprendieron á confeccionarse vestidos; notaron que las semillas germinaban, y aprendieron á sembrarlas; les reveló el fuego los metales, y aprendieron á combinarlos; vagaban los animales á su alrededor, y aprendieron á conocer los que podían serles útiles y lograron hacerlos esclavos. Á cualquiera país que nos dirijamos con el pensamiento, ó en el que prosigamos nuestras investigaciones, en todas partes tropezaremos con los mismos hechos, en todas partes el hombre, valiéndose de los mismos medios, llega á una civilización casi idéntica.

Ciertamente que los hombres que hicieron esos grandes descubrimientos, el fuego, la talla de las piedras, la fabricación de las primeras armas ó de los primeros utensilios, el cultivo, la domesticación de los animales y la fusión de los metales, no podían ser, como algunos se han complacido en presentarlos, seres completamente bárbaros, poco superiores á los irracionales. Sus inventos sirvieron de punto de partida á la grandeza moderna que nos enorgullece justamente, y por elevada que sea la altura á que lleguen los hombres de hoy ó los del porvenir, muy ingratos serían si renegasen de sus viejos antepasados.

Aunque podemos afirmar la existencia del hombre en los tiempos cuaternarios, no conocemos con igual certeza el momento preciso de su aparición en Europa. ¿Fue testigo el hombre de la gran extensión de los glaciares? ¿Pudo, con su inteligencia, resistir el período de frío que antes describimos y las inundaciones que le siguieron? Muchos sabios (1) así lo creen, y su autoridad es de gran peso; conviene decir, sin embargo, que ni en las capas de origen glacial ni en los depósitos de canchales se han

(1) Consúltese sobre este punto á Penck, Geikie, Contejean, *loc. cit.*; Arcelin, *Rev. des questions scientifiques*, 1887, tomo II, pág. 259 y siguientes; Ranke, *der Mensch*, *loc. cit.*

encontrado osamentas humanas ni objetos que indiquen el trabajo del hombre. Se carece de pruebas directas, y parece bastante raro que coincida la aparición del hombre con un frío riguroso, que había de hacer su estancia difícil, si no imposible.

Dícennos que el læss (1), al que se considera como un barro de los glaciares, contiene huesos humanos; pero aparte de que tales hechos escasean muchísimo (no conocemos más que tres ó cuatro bien auténticos), ¿hay certeza de que el læss, que ha cubierto nuestras llanuras y mesetas de depósitos de tanto espesor, sea siempre de origen glacial? Después de haber observado en China el Sr. Richtoffen que un polvo intenso nublabá el sol varios días seguidos, atribuye á esos torbellinos la formación del læss. Otros geólogos lo achacan al resbalamiento de las aguas por las pendientes. De las osamentas que contiene no podríamos sacar ninguna conclusión absoluta.

Nos sentimos más inclinados á creer que el hombre apareció en Europa en uno de los períodos, á veces bastante largos, en que se elevaba la temperatura, períodos que interrumpían los crudos fríos del continente. En uno de esos momentos, lo templado de la temperatura, como lo indican la fuerza y variedad de la vegetación y el número de bóvidos, cérvidos y equídeos, facilitaba las emigraciones, por tener seguro el hombre un alimento abundante. Los hechos confirman estas presunciones; varias estaciones descansan en Alemania sobre los canchales más antiguos; dichas estaciones son, por consiguiente, posteriores al depósito de aquéllos; nunca se levantan sobre los canchales que provienen de la segunda extensión de los glaciares. Como se notan iguales hechos en Suiza, parece natural deducir de todos ellos la presencia del hom-

(1) Llámase *læss* ó *lehm* á un depósito formado por el polvo que resulta de la descomposición de las rocas y de los detritos vegetales. Es probable que lo hayan amontonado los hielos.

bre en dichos países después del primero y antes del segundo período glacial.

Pruebas más convincentes existen en América. Á orillas del Delaware, cerca de Trenton, se han encontrado en arenas de incontestable origen glacial fragmentos de cráneos, algunos dientes de hombre é instrumentos de esquisto arcilloso que sólo el trabajo humano puede construir. En condiciones análogas (1) se han hallado utensilios de cuarcita en el Minnesota y en el valle del Miami (Ohio).

Conviene añadir que los geólogos americanos parece que se inclinan ahora á creer que está menos distante en su continente la época glacial. Sir C. Lyell había calculado que la formación de las gargantas del Niágara, la cual formación es posterior á la gran extensión de los glaciares, remontábase, por lo menos, á 35.000 años; de cálculos más exactos se deduce que su antigüedad está comprendida entre 7.000 y 8.000 años. Según esto, vivió en dicha época el hombre en el gran continente que bañan el Atlántico y el Pacífico; pero nada autoriza á creer que sea aquel el límite extremo de su existencia, pudiendo nuevos descubrimientos modificar las conclusiones actuales.

Una tradición constante coloca la cuna de la raza humana en Asia en una región cercana á los grandes macizos montañosos del Bolor y del Hindou-Kouch (2), región en la cual se hallan representados todavía los tres tipos humanos fundamentales, el blanco, el amarillo y el negro. Justo es decir que no hay prueba científica alguna que abone la mencionada tradición; por esto existe una escuela

(1) Abbott. *Primitive Industry*.—Miss Babbitt. *American Ass. Minneapolis*, 1883.—Putnam, *Reports Peabody Museum*.—*Boston Soc. Nat. Hist.*, tomo XXIII. Putnam pone de realce la curiosa semejanza de estos instrumentos con los hallados en Europa: «Miradlos, decía al terminar una de sus lecciones, y quedaréis convencidos.»

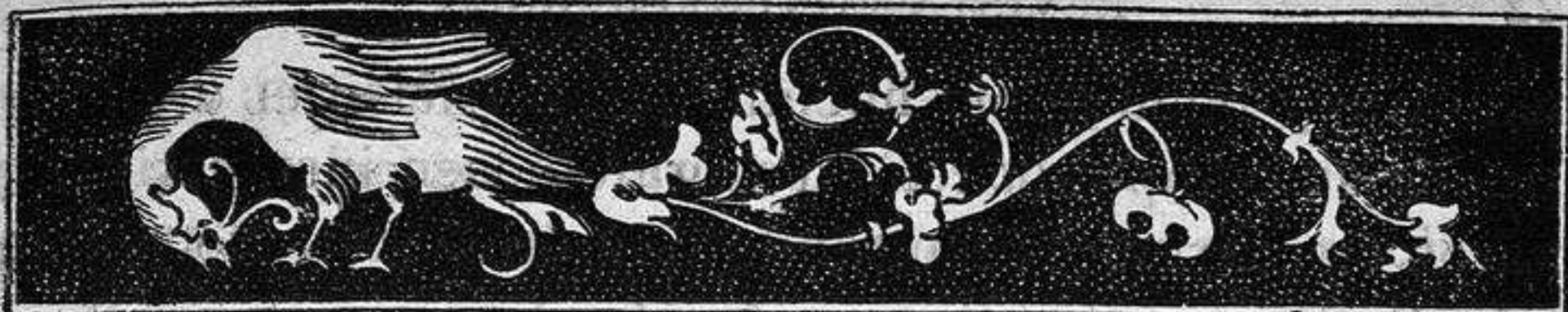
(2) De Quatrefages. *Hist. nat. de l'homme*. (*Revue des Deux Mondes*, 15 de Diciembre de 1870.)

cuyos jefes son los señores Penck y Marqués de Saporta, la cual sostiene que el hombre de los primeros tiempos vivió en las regiones polares. Entonces era allí templado el clima, activa la vegetación; bosques de robles, plátanos y secuoyas asombraban el Espitzberg y extendíanse á lo lejos hacia el Norte. Más tarde, al sentirse grandes fríos en el Polo, huyó el hombre de aquellas regiones inhospitalarias, bajándose hacia el Sur. Estas no son más que hipótesis plausibles que en el estado actual de la ciencia nada justifica, ni probablemente justificará en lo futuro, puesto que se hace imposible toda investigación en aquellas regiones cubiertas para siempre por los hielos.

EL MARQUÉS DE NADAILLAC.

(Se continuará.)





BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL POPULAR ESCRITOR DE COSTUMBRES

DON RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

(EL CURIOSO PARLANTE)

Continuación (1)

Gustaba en los últimos años de su vida dar largos paseos, casi siempre solo y pocas veces con alguno de sus amigos íntimos, con quien departía siempre recordando los muchos episodios de su pasada vida, que refería con singular gracejo y fácil exposición. Resultaban, portanto, amenas y gratas sobremanera aquellas conferencias, relativas á muchos acontecimientos conocidos del público por las relaciones escritas, que adquirirían doble interés al oirlas relatar por un sujeto que presenció los sucesos indicados. Me honró con su amistad, y oí de sus labios más de una vez referir los rasgos de la fisonomía de Murat, José Napoleón, Godoy, el Duque de Wellington, el pintor Goya, Calomarde y tantos otros personajes que en los comienzos de este siglo figuraron en la historia de nuestro pueblo. Bien puede asegurarse que su feliz

(1) Véase la pág. 434 de este tomo.

memoria y buen juicio hacían que las visitas y paseos que en su compañía tenían lugar fuesen instructivos y gratos en extremo, resultando simpático su trato y amena su interesante conversación.

En estos paseos que frecuentemente acostumbraba dar los últimos años de su existencia, evocaba con fruición los recuerdos de sus pasadas campañas, de que hacía partícipes á sus amigos refiriéndoles detalles de otros tiempos con minuciosidad pasmosa, como tuvo más de una vez ocasión de apreciar el autor de estas líneas cuando se honró acompañándole en las referidas excursiones. Era de oír á aquel anciano contar los hechos que presenciara setenta años atrás, comentándolos al propio tiempo con todos los episodios y anécdotas que su gran retentiva conservaba en el archivo de su cerebro. Era, en efecto, un ejemplo de la historia, referida por un testigo presencial que reúne todas las condiciones de ilustración, imparcialidad, prudencia, exactitud y discreción, necesarias para tan importante empleo.

La ancianidad y respetable nombre de Mesonero no eran obstáculos para que negase en sus postreros años el aplauso, cooperación y consejos á la juventud que comienza su carrera y se halla en principio de un camino que había él recorrido con tanta gloria y cosechado tantos triunfos. Así es que oía gustoso al principiante que le pedía consejos ó parecer respecto á sus ensayos literarios, diciéndole francamente y sin rodeos su opinión sincera, animándole á continuar en su empresa, ó, por el contrario, advirtiéndole los defectos que notase en la obra, sin ofender su amor propio. Tuve ocasión asimismo de oírle admirar las producciones de algunos de los modernos novelistas, que hoy son representantes de la generación que se halla en su vigor literario y cuyos escritos dejarán huella gloriosa en el porvenir de la novela de costumbres nacionales.

Apartado de las luchas y de las controversias de la política, desdeñó siempre los altos puestos que hubiera podido seguramente ocupar si, lanzado en el torbellino

de las pasiones y revueltas de los partidos, quisiera seguir la suerte de los afiliados á uno de los mismos, pues tenía condiciones de hombre de administración, cual lo demostró en el cargo de concejal del Ayuntamiento de Madrid, que desempeñó con general aplauso, contribuyendo á muchas de las mejoras de ornato público que hoy se conocen, y mereciendo un grato y honroso recuerdo de todos los que miran con interés los adelantos y prosperidad de la capital de España, que ha dado en el espacio de cuarenta años pasos tan gigantescos en su progreso y embellecimiento.

Hombre de severos principios y justificado criterio, gustaba de la rectitud en todas las esferas y del exacto cumplimiento del deber en todos los terrenos.

Por eso era inflexible en sus juicios y formalísimo en sus palabras y promesas. Práctico en los azares de la vida y en las veleidades del mundo, concedía su apoyo y beneplácito á todo aquello que revestía caracteres de viabilidad y duración, presidido siempre por la buena fe, la honradez, la aplicación, la virtud y el trabajo. Educado en las austeridades y rigidez de costumbres del siglo anterior, procuró armonizar estas ideas con los nuevos horizontes del progreso creciente y de los adelantos de la época, admitiendo y siendo entusiasta de todo aquello que la sanción de los hechos y la práctica de las costumbres ha demostrado beneficioso y conveniente, en perfecta armonía con su época y los hombres de su tiempo.

Más de una vez, cuando se le preguntaba su opinión sobre el pasado en las diferentes esferas de la humana actividad, se expresaba sin acritud, recordando tiempos mejores en varios conceptos, pero reconociendo siempre el progreso y la cultura de hoy, que si bien bajo algún punto de vista se ha perdido en el cambio, era el primero en reconocer las grandes ventajas que los hombres de los últimos años del siglo tienen sobre los de su tiempo, no ya sólo en mejoras materiales, resultado de los portentosos descubrimientos de la ciencia, sino en la

tolerancia y consideración mutua de unos con otros, con lo cual es mayor el desarrollo de la vida social en todos sus aspectos.

Veía con gusto y sin molestia elevarse á los primeros puestos del Estado á muchos que fueron sus compañeros y aun pudieran llamarse discípulos en literatura, sin que los importunase con pretensiones de ningún género.

Modesto hasta el extremo, no ambicionó distinciones honoríficas ni condecoración alguna, por lo mismo que bastaba á satisfacer sus aspiraciones el nombre que supo crearse y la reputación adquirida con sus populares escritos. Así es que fué sorprendido cuando le otorgó el Gobierno en 1871, por iniciativa del entonces Alcalde primero de Madrid, D. Manuel María José de Galdo, la gran cruz de Isabel la Católica, á que sus merecimientos le hicieron acreedor mucho antes de aquella época, pero que no por eso se conceptuaba pospuesto ú olvidado aun cuando se prodigarán tales distinciones á muchas personas que había que preguntar los motivos de dicho premio. Tenía suficiente con una reputación envidiable, adquirida en buena lid, que ha legado á sus hijos cual la más gloriosa herencia y el más apetecido timbre de distinción, tanto más cuanto que se otorga tan pocas veces con igual justicia.

X

Los honores póstumos que se le han tributado dando su nombre á la calle céntrica de Madrid en que nació (antes del Olivo); colocando, en 30 de Abril de 1885, una lápida conmemorativa con su retrato en la fachada de la casa de la plaza de Bilbao, núm. 6, que fué de su propiedad, donde vivió muchos años y en que exhaló el úl-

timo suspiro (1), así como la colocación de su nombre en la sala de sesiones de la Diputación provincial, á la cabeza de los madrileños ilustres, son otros tantos timbres de gloria, que revelan ciertamente la consoladora idea de que no siempre es olvidado el mérito y perdido en el vacío el esfuerzo de una inteligencia superior, que pone toda su actividad y valer, todo su esfuerzo y entusiasmo al servicio de sus conciudadanos y se complace en la pública prosperidad y en el progreso del pueblo en que nació (2).

Diversas sociedades y centros literarios han honrado su memoria, con sesiones dedicadas á recordar su nombre y enaltecer sus obras. La Sociedad Económica Matritense de Amigos del País celebró una solemnidad en que algunos de sus individuos pronunciaron elocuentes discursos que pusieron de relieve las cualidades que distinguían á Mesonero, en los diversos terrenos en que brilló, legando á la posteridad un nombre que ha de señalar siempre la historia de nuestra patria como uno de los más salientes é imperecederos en el terreno literario, y que han alcanzado la categoría de clásicos, en la seguridad de que sus obras han de considerarse como

(1) El pequeño monumento mural de la plaza de Bilbao, núm. 6, consiste en el retrato de perfil hecho en mármol, con un pequeño adorno en la parte inferior y por bajo una lápida también de mármol, con la inscripción siguiente:

Á D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

AUTOR DE LAS «ESCENAS MATRITENSES»

EL AYUNTAMIENTO DE MADRID.

1885.

(2) Su cadáver fué sepultado en el cementerio de San Isidro, patio de Santa María de la Cabeza, núm. 29, fila 3.^a Tiene la siguiente inscripción:

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

(*El Curioso Parlante.*)

CRONISTA DE MADRID

19 DE JULIO DE 1803. — 30 DE ABRIL DE 1882

R. I. P.

fuentes de buen gusto y de cultura exquisita. El Ateneo Científico Literario y Artístico y la Sociedad de Escritores tributaron igualmente á su memoria los honores de sesiones especiales.

No se ha pretendido hacer un estudio crítico del escritor y de sus obras, ni del hombre de administración, tarea que exigiría mayor espacio y detenimiento, cual corresponde á quien alcanzó larga y aprovechada vida. Lo expuesto, sin embargo, da idea de la persona á quien se dedica esta silueta biográfica, inspirada por la lectura de sus trabajos, aunque realizada muchos años después de publicados, y la cordial amistad con que honrara al autor de estas líneas, así como á mi inolvidable padre, á quien oía yo, en los albores de mi razón, celebrar al entonces escritor de moda, conocido más por su ingenioso pseudónimo que por su verdadero nombre.

Tal es el hombre á quien nos hemos propuesto consagrar un breve recuerdo en el ligero bosquejo que constituye estas líneas. Siempre podrá asegurarse que aquel á quien la sociedad en que vivió fué tan unánime al adjudicarle su aprecio y enaltecimiento, ciertamente reunía cualidades excepcionales. Y, en efecto, será uno de los pocos escritores de costumbres del primer tercio de nuestro siglo que por su originalidad, exactitud, corrección, interés, cultura, gracejo y espíritu observador, pase á las edades futuras con mayores garantías de perpetuidad, resistiendo su nombre los embates del tiempo y dejando luminosa é inextinguible huella de su bien aprovechada existencia.

APÉNDICE

Los documentos que á continuación se insertan completan en nuestro concepto la reseña biográfica y ofrecen bastante interés.

La copia de la partida de bautismo del Sr. Mesonero

Romanos y el soneto inédito "Á la muerte de Moratín,, no conocido sino por la familia del autor, á cuya bondad debo poderlo insertar, han de ser leídos y apreciados por la opinión pública, que de seguro estima las glorias literarias, en el concepto que merecen por sus altos merecimientos y relevantes títulos.

Copia de la partida de bautismo de D. Ramón de Mesonero Romanos.

Don Francisco Criado, Teniente Mayor de Cura de esta Iglesia Parroquial: Certifico: Que en el Libro 52 de Bautizos al folio 27 se encuentra la siguiente

Partida: En la Iglesia Parroquial de San. Martín de Madrid, á veinte de Julio de mil ochocientos y tres: Yo Fr. Froilán Quiroga, Teniente Cura de ella Bauticé á Ramón, Elías, Justo, Pablo, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de D. Matías Mesonero, natural del lugar de Machacón Obispado de Salamanca y de doña Teresa Romanos, natural del de Moros Obispado de Tarazona, abuelos paternos D. José y doña Antonia Herrero, naturales de dicho Machacón: Maternos: D. Antonio, natural de dicho Moros, y doña Bárbara Elipe, natural de la Villa de Ateca en dicho Obispado de Tarazona. Nació en diez y nueve del corriente, calle baja del Olivo, número diez. Fué su Padrino D. Pablo Francisco Antonio Malla, á quien advertí el parentesco espiritual. Testigos: Manuel García y Manuel Álvaro y lo firmé.—*Fr. Froilán Quiroga.*

*
* *

EN LA MUERTE DE MORATÍN

SONETO INÉDITO DE MESONERO ROMANOS

La clara antorcha se extinguió que un día
Mostró la senda del Parnaso hispano;
Ya enmudeció aquel labio sobrehumano
Do sus encantos derramó Talía.

Verdad, alma, virtud, filosofía,
Llorando besan la atrevida mano
Que con diestro pincel al vicio insano
Sus bellos rostros oponer sabía.

Plauto y Terencio con amargo lloro
Ven hundirse en la tumba de *Celenio*
La gloria de sus nombres renovada;
Y el vencido Molière, la lira de oro
Recoge, que fió á tan alto ingenio
Y la rompe, en sus lágrimas bañada.



Hé aquí la impresión que nos produjo el libro *Memo-
rias de un setentón* cuando se publicó, por lo cual se re-
produce el adjunto artículo bibliográfico:

“Los preciosos y bien adquiridos laureles de un anti-
guo escritor de costumbres acaban de reverdecerse con
la publicación de un libro cuyo título es el que encabeza
estas líneas. La literatura española contemporánea tiene
una nueva joya con que adornar su ya espléndida co-
rona. El inimitable pintor de costumbres populares, el
ilustre autor de las *Escenas matritenses* y de *El antiguo
Madrid*, después de algunos años de sensible silencio,
ha lanzado á la luz pública una obra que constituye una
serie de cuadros de los principales acontecimientos de
que ha sido teatro nuestra patria, y sobre todo Madrid,
en la primera mitad de la centuria en que vivimos.

„La originalidad es una de las cualidades que más so-
bresalen en el trabajo del Sr. Mesonero Romanos. En la
introducción expone el carácter del libro, que no es de
historia, sino de aquellos caracteres anecdóticos sufi-
cientes á darla el colorido especial que puede imprimir
á los hechos quien ha sido testigo de los mismos. Dota-
do de privilegiada y casi maravillosa memoria, ha re-
producido con su brillante pluma todas las impresiones
que en su infancia y juventud recibiera. Su instrucción y

elevado criterio, acrisolados ambos en el yunque de la experiencia, centuplican el mérito de la obra, que consta de veintiocho capítulos, cuyos títulos son: 1808. El 19 de Marzo, 2 de Mayo y 4 de Diciembre; 1809 á 1812. La ocupación francesa y el hambre de Madrid; Los aliados en Madrid; Los franceses por última vez; Salamanca y los Arapiles; 1814. Las Cortes en Madrid y aniversario del 2 de Mayo; Regreso de Fernando; 1815-1816. Madrid y los madrileños; La corte de las Españas; 1820. La revolución; Período constitucional en sus varias fases; Pos-trimerías de la Constitución; El sitio de Cádiz; 1824-1826. Usos, trajes y costumbres; 1827-1828. La juventud literaria y política; 1828-1830. Ojeada á la época calomardina; 1830-1831. Episodios literarios, El Parnasillo, El teatro y los poetas; Los pseudónimos; 1831-1832. La corte de Fernando y Cristina; 1832-1833. Entre la vida y la muerte, La jura de la princesa; 1834-1835. Cambio de decoración, El cólera morbo y Mejoras materiales; 1835-1840. Revolución literaria; El romanticismo; El Ateneo; El Liceo; 1843. Adiós á la historia; La prensa periódica y Un pronunciamiento andaluz; 1846-1850. La carga concejil.

„Con la sola enunciación de estas fechas y títulos se demuestra el grandísimo interés de que ha de estar revestido tan importante libro, en el que se saborea el clásico estilo cervantino por cualquiera de las páginas que se abra.

„El Sr. Mesonero dice que se dirige á un público que ya no es el suyo; pero nosotros podemos desde luego asegurar que se ha de recibir su producción última con igual aplauso y entusiasmo con que cuarenta años atrás fueron acogidos aquellos inolvidables artículos que salían de la galana pluma de *El Curioso Parlante*.

„Escenas de la vida íntima, enlazadas con los sucesos públicos; cuentos y canciones, anécdotas que la imaginación del pueblo ha creado en su brillante fantasía; impresiones del momento, rasgos de oportunidad; todo eso encontramos en las *Memorias de un setentón*, en térmi-

nos que puede decirse que con su lectura se asiste á los diversos episodios madrileños, ya de la guerra de la Independencia, ó de nuestras desgraciadas y múltiples discordias intestinas, de los trajes, usos y costumbres, ó de todas las peripecias acontecidas en la revolución literaria, primero con el romanticismo, y después en los célebres centros, como el Ateneo y el Liceo, planteles frondosos de que ha nacido esa serie de preciosas y aromáticas flores, gloria del Parnaso español en todas sus brillantes manifestaciones.

„El autor ha querido enmudecer al llegar al año 1850, y le aplaudimos la idea. Era delicado hacer comentarios acerca de lo que ha pasado en nuestros días. Aun, prescindiendo de este tercio de siglo, todavía respecto á muchos de los hechos anteriores ha de dar su definitivo fallo la historia. Nosotros, en nuestro alejamiento de toda cuestión política, nos abstenemos de emitir opinión acerca de diversas cuestiones, que pueden ser apreciadas con variedad de juicios.

„El estilo es sencillo, castizo, ingenuo; huye de las exageraciones y de los rasgos de pedantería. Distínguese además por su imparcialidad; no se apasiona por determinadas personas, localidades, ideas ni hechos, lo cual es indudablemente muy apreciable. Es, en una palabra, una crónica de aquellos tiempos, el legajo de olvidado archivo que se desenvuelve ante nuestra vista.

„Algunos acaso califiquen, aunque injustamente, de triviales muchos de los detalles que consigna; pero eso mismo da importancia y curiosidad al trabajo.

„Modestísimo el autor, hasta un exagerado alarde de humildad, termina su libro con un romance ya publicado en 1845, donde hace su profesión de fe y lo adiciona con algunos versos más, escritos en la ocasión presente, y afirma que

«Nada era, nada soy;
 Á mi nulidad me atengo,
 Y lo mismo ayer que hoy,
 Á mis soledades voy,
 De mis soledades vengo.»

„Bien puede asegurar el Sr. Mesonero que su nulidad es de esas que figuran muy alto en el concepto público. El venerable anciano, que tiene la suerte de ver su apotheosis y asistir al juicio que de sus obras empieza á formar la posteridad, es, como el insigne Bretón de los Herreros y el inolvidable Quintana, una de las glorias nacionales, así como acontece con los ilustres autores de *Los amantes de Teruel* y de *El Trovador*, todavía vivos por fortuna, que son otros tantos soles, cuyos deslumbradores reflejos han de alumbrar á muchas generaciones (1).

„Bien hayan los escritores que, como Mesonero Romanos, han colocado tan alto el pedestal de su fama. Reciba la más cordial enhorabuena el que, si bien es cierto se despide del público, puede estar seguro que sus libros, y muy en especial el último, figurarán en la biblioteca de toda persona instruída, mientras exista el idioma del inmortal Príncipe de los ingenios españoles.„

(1) Cuando publiqué este artículo aún vivían Hartzzenbusch y García Gutiérrez, cuyos nombres ocupan ya el lugar que corresponde á las celebridades históricas.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

(Se continuará.)





LOS MALES DE LA PATRIA

III

MALESTAR DE LA AGRICULTURA

CONTINUACIÓN (I)

Si hace medio siglo alguien dijo que la cuestión del crédito agrícola no era para tratarse de ligero, sino reuniendo gran copia de datos y discutiendo el asunto con mucho tiempo y la mayor extensión posible, hoy nadie repetiría lo mismo, pues nos hallamos muy adelantados desde el punto de vista de la controversia y de las teorías. ¡Cuánto se ha escrito y discutido sobre ello! ¿Quién es capaz de resumir en pocas palabras la sustancia de tantos artículos, de tantos discursos, de tantos libros y de tantos congresillos? No emprenderemos nosotros tan ímproba tarea. Allá ellos, nuestros sapientísimos, eruditos y discretos legisladores. Que hace meses, ó años, si mal no recordamos, oímos decir había pendiente de discusión en las Cortes un proyecto de ley, la cual ley, si llega á ser manoseada, traída y llevada, aprobada, sancionada y publicada, de fijo resultaría enteramente inútil, por buena que saliera, que sí saldría buena.

No en nuestros días hemos de verlo; pero bien podíamos tener el patriotismo de prepararlo para nuestros sucesores,

(I) Véase la pág. 287 de este tomo.

aunque nosotros no hemos de disfrutarlo, pues casi todos los males que vamos examinando en apretado haz se reúnen para impedir ese progreso.

Obsérvese desde luego que cundió mucho entre nosotros la inmoralidad pública, precisamente del lado más opuesto al desarrollo de toda clase de crédito, y con esta inmoralidad se compenetraron, formando una apretada red, la usura, el caciquismo, el desbarajuste administrativo y la corrupción política. Nótese además que siempre han sido, y ahora más que nunca, suspicaces y desconfiados nuestros labriegos, opuestos por sistema á todo espíritu de asociación, á lo cual contribuyen varias causas, que por su índole permanente hacen el mal irremediable. En primer lugar, es muy grande la ignorancia; abundan las gentes díscolas, apasionadas y tercas; es inmensa la afición á formar pandillas y bandos contrarios, y son muy frecuentes las luchas entre caciques de la misma localidad y entre los habitantes de los lugares vecinos. Estas luchas se enconan con los recuerdos de las pasadas guerras civiles, y se sostienen hasta con regocijo por la intervención centralizadora y minuciosa de los Gobiernos y de los infinitos partidos políticos, que convierten en la paja de los ideales utópicos el grano de los intereses materiales y tangibles. En segundo lugar, hace unos treinta y cinco á cuarenta años, cuando el furor de las sociedades anónimas, ocurrieron ruidosas quiebras que causaron horribles escarmientos, y no se han olvidado ni se olvidarán en cuatro tirones. En tercer lugar, se desperdiciaron oportunas ocasiones en épocas de relativa prosperidad que los labradores de ciertas comarcas gozaron, y ahora que la miseria es mayor y casi absoluta la falta de capitales, debiendo más de lo que poseen, no están aquéllos para asociarse y concertarse, como no sea para resistir en masa el pago de las contribuciones.

Espíritu de contradicción y no de asociación se verá por largo tiempo entre nosotros, añadiendo á aquél, para mayores desdichas, el absentismo ó ausentismo, otra dificultad invencible para fundar el crédito agrícola; pues si abandonan sus territorios, por hacer vida más descansada y entretenida en las ciudades, las mismas personas que por su mayor ilustración

hubieran de contribuir á establecer ese crédito, ¿en qué manos de finura y limpieza suficientes podría quedar la dirección de tan grave negocio?

El que sea completa nuestra desconfianza respecto á la generalización del crédito agrícola en España, no obsta para que oigamos gustosos cuantas discusiones á él relativas se siguen en diversos ateneos, círculos, congresillos y sociedades económicas. ¡Siga el hervor, siga el movimiento! Á ver si algo sale de allí, á fuerza de tantas agitaciones, y, cuando menos, resolvamos en el papel estos ó parecidos problemas:

1.º ¿Por qué causas resultó inútil para la propiedad rural el Banco Hipotecario?

2.º ¿Hasta qué punto es absurdo y peligroso que las sucursales del Banco de España abriesen cajas de préstamo y descuento en provecho de la agricultura, como muchos filósofos de aldea solicitan?

3.º ¿Cómo debe entenderse la libertad bancaria para uso de los labradores en países como España, educados durante muchos siglos en el servilismo, y sujetos durante largos reinados á una centralización exagerada?

4.º ¿Hasta qué punto llega la indeterminación de la propiedad rural y medios de reparar esta falta, en tanto se obtenga el catastro parcelario, dentro de media docena de siglos, al paso que vamos?

5.º ¿Qué modificaciones serían necesarias en la ley de Enjuiciamiento para facilitar el crédito agrícola?

6.º ¿Por qué medios se lograría destruir la polilla hebraica?

7.º ¿De qué manera podrían conciliarse las cajas de ahorros con las de descuento ó de crédito indirecto aplicado á la agricultura, fundándose los bancos rurales por asociaciones de industriales, labradores y comerciantes, con emisión ó sin emisión de billetes hipotecarios?

8.º ¿Bajo qué condiciones se pudieran crear sociedades de depósitos de productos agrícolas, en sustitución de los antiguos pósitos, enteramente desacreditados donde no perecieron?



Pocos asuntos hay respecto á los cuales se note en España más diversidad de pareceres que el relativo á las emigraciones. Empezamos á dudar si es así, porque se habló demasiado de ellas, ó porque todavía no se han discutido bastante.

En nuestra opinión, las emigraciones son un mal general que evita otros mayores. Cada país tiene su capacidad de población, pasada la cual, el exceso de habitantes tiene que emigrar. Que esa capacidad llegue al máximo con cien almas por kilómetro cuadrado, que sea susceptible de exceder de doscientas, ó que apenas pueda alcanzar á treinta, como en más de la mitad de las provincias españolas acontece, siempre será esa capacidad respectiva la consecuencia lógica de los recursos naturales y de la mayor ó menor intensidad y sabiduría de las fuerzas humanas puestas en acción para lograr los medios de subsistencia. De una manera general se puede afirmar que casi todas las naciones de Europa van acercándose al límite máximo; algunas hay, como Bélgica, donde la gente no cabe casi de pie. La emigración anual, que para todas ellas oscila en nuestros días entre 600 y 800.000 almas, habrá de crecer sucesivamente hasta coincidir con el aumento de población, y tal vez hasta rebasar este aumento en el siglo próximo, si desgraciadamente ocurriesen graves trastornos políticos y sociales, al propio tiempo que la preponderancia americana y la conversión á la civilización actual de los países asiáticos se marquen de un modo definitivo. Tal es el porvenir ciertísimo de la humanidad en el globo que habitamos. Europa ha de perder su poderío con mayor rapidez que se efectúe el progresivo desarrollo de los demás continentes, sin dar tiempo, con toda seguridad, á que este rincón de mundo vuelva á figurar en la lista de las grandes potencias, por favorables que sean los cambios que entre nosotros se vayan sucediendo.

Algunos hombres que se dicen de gobierno discurren los medios de impedir las emigraciones. Es un trabajo tan inútil como si se pretendiera hacer de ellos unos verdaderos estadistas. Las emigraciones seguirán su marcha rápidamente creciente, pues son las válvulas de seguridad por donde debe salir el exceso de vapor que hay en la caldera; y no ha dejado de ser una curiosa coincidencia que en España haya aumen-

tado el número de emigrantes en cuanto algunos ministros comenzaron á embadurnar la *Gaceta* con disposiciones reglamentarias de carácter restrictivo. Á esos hombres, que no proceden del partido conservador, sino que se titulan demócratas, pudiéramos preguntarles en nombre de qué libertad obligarían á perecer de hambre en su país á unos cuantos millares de compatriotas. Sin duda son de los que nos hablan todos los días de la falta de brazos. ¡Y de la sobra de bocas, les añadiremos, en esta nación donde hay tanta miseria!

¡La falta de brazos! Sí, es evidente. España es uno de los países más despoblados de Europa; pero todavía no saben por qué esos *estadistas*.

¡La falta de brazos! Sí, es evidente..... en un mes del año, para segar los cereales en Castilla cuando hay buena cosecha, ó para vendimiar en Aragón y en la Mancha, ó para recoger el arroz en Valencia ó en Amposta. Entonces ofrecéis grandes salarios á la gente proletaria. ¿Y qué jornal concedéis en los once meses restantes? ¿No os dice algo que al emprender grandes obras públicas en una provincia, casi siempre sin la seguridad de su prosecución, al paso que de súbito demandáis millares de brazos, en nada interrumpe su marcha continua la corriente de las emigraciones?

«Es que en España hay mucho espíritu aventurero,» nos replican otros *estadistas* que han sido Ministros ó aspiran á serlo. Así pretenden explicar la emigración creciente, que ya oscila entre 30 y 40.000 almas, que ya se compone de familias enteras, y que ya deja completamente desiertos algunos pueblos y aldeas de varias regiones.

¿Por qué la Providencia no hizo que tales personajes hubiesen nacido dos ó tres siglos antes? Entonces hubieran hablado con más razón, siquiera en vez de políticos figurasen entre clérigos y poetas.

*
**

Otro de los asuntos en que la *fantasía* nacional se ha desbordado es el relativo á la enseñanza agrícola. Hasta qué punto llegan la rutina y la ignorancia de los labriegos es cosa

bien sabida; pero ¿sería posible que en tres docenas de generaciones se alcanzase el grado de instrucción práctica que más de cuatro entusiastas quisieran ver á todo trance y por todos los rincones en nuestros días? La nación más rica del mundo no tendría dinero bastante para satisfacer las demandas que al Estado pretenden hacer de escuelas agronómicas, estaciones vinícolas, etnológicas, olivareras, jardines pomológicos, granjas modelos, establos modelos, bodegas modelos, corrales modelos y hasta molinos modelos. No parece sino que en cuatro días vamos á sacar al último gañán del último pueblo con más sabiduría agronómica que el más distinguido profesor de la Moncloa. Preciso es que á la exagerada centralización á que nos hemos enviciado se agregue la actual manía de nuestros estériles é indigestos congresillos.

Á juzgar por lo que refieren las personas que de cerca lo observaron, todavía hay bastante rutina é ignorancia en las prácticas agrícolas entre labradores de las naciones más civilizadas, incluso Francia é Inglaterra. Ya dijo Liebig en sus famosas cartas algo de las erróneas creencias que muchos labradores ingleses tenían respecto á la cuestión de abonos, precisamente allí donde tanto se estiman y aprovechan. Y es natural, pues por grandes que sean los adelantos y la cultura de un país, va unida la rutina á la inevitable rusticidad de la gente del campo. «Dinero me habíais de dar, que no consejos,» es lo que contestan casi todos los campesinos á las caritativas indicaciones que se les hagan para mejorar los cultivos y aprovechar los productos y residuos.

Los rudos labriegos, los pequeños terratenientes, en su inmensa mayoría, no se hallan en situación de aprender nada más que con el ejemplo. Cada cual hace lo que ve hacer al vecino. De los grandes propietarios con sobrados recursos es de quienes pueden recibir lecciones prácticas que gratuitamente para todos se difundan por las comarcas, y serán siempre estériles los sacrificios y cuidados que la acción oficial se imponga para llevar á los campos la instrucción agraria.

Amarga enseñanza recibimos todos cuando no ha muchos años se quisieron establecer granjas modelos y estaciones etnológicas en los principales centros de producción. Valladolid,

que no encontraba un triste caserón ni un palmo de terreno para recibir los regalos ofrecidos por el Poder central con bondadoso y paternal interés; Alicante, que tampoco halló local para su estación vitícola; Ciudad Real, que á los pocos días de ser inaugurada, con exagerada y ridícula pompa, dejó caer la suya en el más vergonzoso descrédito; Sevilla, que abandonó en lóbregos rincones donde se oxidaron é inutilizaron máquinas y artefactos que costaron sendas pesetas al Estado, y otros muchos ejemplos que causan pena y afrenta el recordar, señalaron con toda evidencia los límites entre los cuales debe encerrarse el Gobierno para no malgastar infructuosamente recursos valiosos que se aplicarían mejor en otras atenciones.

Los deletéreos efectos de una exagerada centralización se tocan de cerca en la enseñanza agrícola, lo mismo que en todo asunto de general interés. Antes de arrojar la semilla, guarden bien de que no caiga en la arena ó en terreno mal preparado. Dejen los gobernantes estos quebraderos de cabeza á los Municipios y á las Diputaciones provinciales. Las regiones que sigan carcomidas y envilecidas por el caciquismo y por la inmoralidad pública no sean rémora á las que se hallan más civilizadas; y si hay provincias, como la de Álava, que se adelantan á fundar granjas modelos, ó ciudades, como Zaragoza, que responden satisfactoria y cumplidamente á las excitaciones con el mismo fin, límitese Fomento á quitarles estorbos y dejarlas en libertad absoluta.

Cumplidamente quedará en buen lugar todo Gobierno que concrete los cuidados de la enseñanza agrícola en la Escuela Central de la Moncloa, presentándola á los ojos de propios y extraños como un modelo digno de imitarse; y cuídese muy bien que los ingenieros agrónomos al servicio del Estado no vivan envueltos y ahogados en los trabajos de enojosos expedientes y papelotes insulsos, que son la polilla por donde se pican y la basura por donde se pudren las más respetables y útiles Corporaciones.

Careciendo en esta materia, como carecemos en otras muchas, de autoridad propia, queremos trasladar las apreciaciones, para nosotros muy exactas y muy juiciosas, con las cuales el Jefe agronómico de Barcelona, Sr. Llofrú, ilustró la todavía

actual Información agrícola y pecuaria. «Si el estado del Tesoro lo permitiera—dice,—no habíamos de vacilar en pedir para cada provincia, no una, sino varias escuelas prácticas de agricultura, granjas modelos y estaciones agronómicas; pero como no estamos es tal caso, es fuerza reducir estas aspiraciones á necesidades inmediatas imprescindibles. Las estaciones agronómicas, para que sean provechosas, exigen un grado de cultura en el país que, desgraciadamente, no alcanza el nuestro. Las granjas modelo no pueden ser modelo digno de imitar en mano de la Administración pública, porque nunca pudo el celo lo que el interés. Las escuelas prácticas de agricultura, si no tienen otro fin que crear capataces, no son de utilidad general y tangible como se cree, por la poca intervención que este personal secundario tiene en el progreso agrícola del País, siempre dependiente de la inteligencia y laboriosidad del director de explotación. Más preferible nos parece, dada la movilidad creciente de la industria agrícola y los problemas que de continuo se presentan, el establecimiento de campos de experiencia y demostración, por los que primero se confirman ó modifican los resultados que la ciencia descubre, y luego de resueltos á satisfacción, se demuestran como se demuestra el movimiento, moviéndose. El agricultor lo ve así todo con la evidencia que resulta de una cuenta de gastos y productos en un cultivo que ha podido examinar desde que se prepara hasta la recolección.»

Agregaremos de nuestra cuenta que esos campos de experimentación deben ser atenciones provinciales y de los grandes municipios. Bien comprendemos que harían falta mucho tiempo, sabias leyes y firmeza grande para obligar á que las provincias y los Ayuntamientos consagrasen mayor atención á los asuntos agrícolas de interés general, que son demasiada carga y sobrados cuidados para el Estado. Mas por que se vea con cuánto motivo nos quejamos del excesivo vicio de centralización con que se cargó de malos humores la sangre española, recordaremos entre otros casos estupendos el que ofreció en la Información agraria el Consejo provincial de la Coruña, pidiendo se fundasen por el Estado en las capitales de provincia y partidos judiciales depósitos de guano artificial, cuyo

guano, por mitad de su costo y costas, se suministrase á los labradores. Pues si precisamente la excesiva intervención del Gobierno en todos los actos de la vida nacional, si la centralización tan exagerada y ruinosa es una de las principales causas de nuestro atraso, ¿vamos á ponernos en camino de que el Gobierno are los campos, trille los cereales, pode las viñas y preñe las olivas?

Entre todas las enseñanzas agrícolas, la relativa á la importancia grande de los abonos es precisamente la más atrasada en España y este atraso es lo que más contribuye, con la falta de riegos, á la menguada producción de la mayor parte de las comarcas. El mal se conoce, pero los remedios nunca llegan, siendo de esos asuntos en que los Gobiernos poco ó nada pueden hacer, sino que todo depende de la mayor ó menor inteligencia de los hijos del país.

Buen ejemplo de la crasa ignorancia en esta materia es lo que ocurre con la fosforita de Extremadura. Según las estadísticas mineras, la producción de tan preciada sustancia desde 1865 á 1888 ha sido de 439.052 toneladas que por la vía portuguesa se exportaron á Inglaterra. El valor á boca mina de esas toneladas fué de 6.180.629 pesetas, en cambio de las cuales los campos de la Gran Bretaña obtuvieron ácido fosfórico para más de doce millones de toneladas de trigo, equivalentes en metálico á la enorme suma de *tres mil millones de pesetas*.

Al examinar nuestra memoria de Cáceres, (1) el inolvidable y distinguido ingeniero, D. Melitón Martín, hizo notar que, habiendo en las minas de esa provincia 2.200.000 toneladas de fosforita, ó sean 736.000 de ácido fosfórico, y necesitándose 12 kilogramos de este último para 1.000 de trigo, dicha cantidad de mineral equivalía á 61.300.000 toneladas de trigo, ó sean *quinze mil millones de pesetas!* No valen tanto algunas de nuestras muy preciadas colonias, por cuya conservación mucho nos afanamos; y sin embargo, esa riqueza va á parar á Inglaterra, al paso que nuestros campos esquilmados son incapaces de rendir siquiera diez hectolitros por hectárea.

(Se continuará.)

L. MALLADA.

(1) La que escribimos en unión con el Sr. Egozcue.



ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

1888

MAR Y CEL

Tragedia en tres actos y en verso, de D. ÁNGEL GUIMERÁ, estrenada en el teatro Romea el 7 de Febrero.

Ni las lecturas, *en petit comité* de autores dramáticos; ni el juicio por jurados, haciendo intervenir personas inteligentes ajenas al oficio; ni los ensayos generales; ni la opinión de actores avezados á presenciar triunfos y desastres escénicos, han conseguido que, sin la representación efectiva de una obra dramática, pudiera venirse en conocimiento del buen ó mal éxito que sobre las tablas ha de tener.

Se necesita el caldeo de la sala de espectáculos, el funcionamiento de las corrientes psíquico-magnéticas entre público y actores y el tacto de codos y de inteligencias para que resulten y resalten los primores y los defectos que contiene. Acontece lo que con los óxidos metálicos destinados á la pintura sobre porcelana: los colores, débiles antes de sometidos al fuego intenso, se cambian en otros de brillantez inconcebible, al tiempo que los que brotaron del pincel con energía característica quedan borrosos, casando mal y constituyendo un desequilibrio estético que ofende la vista. Sólo después de algunas pruebas, y á las veces de duras lecciones, consiguen los autores poseerse de las transformaciones que lo que concibieron en el aislamiento y á solas con su fantasía ha de sufrir expuesto al rojo vivo de la pública excitación.

Convencido de ello, además de la parte que al decidirle tuvo su innata y casi excesiva modestia, quiso Angel Guimerá, á quien abrimos cuenta en estas reseñas literarias, pesar sus facultades escénicas y estudiar diferencias de efectos, disponiendo la representación de sus primeras obras ante verdadero y numeroso público, pero á puerta cerrada.

Presente tengo en la memoria la noche en que por tal sistema se ensayó *Gala Placidia* en el teatro Principal de Barcelona, y la sinceridad con que su ilustre autor pedía la manifestación del juicio á los que habíamos tenido la honra de ser invitados.

En Inglaterra, donde los libros se venden *algo más* que en España, acuden los autores al medio análogo de imprimir la edición de amigos, en la cual puedan éstos anotar las correcciones que á su juicio interesen.

Algún tiempo después y ya dada al público, que la recibió con merecido aplauso, su primera producción dramática, al caer de una tarde en tren casi expreso, recorría la línea del litoral la flor y nata de los literatos catalanes en dirección á Canet de Mar, donde en un elegantísimo teatro, levantado por el arquitecto D. Luis Domenech, que ha sabido informar en la moderna arquitectura bellezas que sepultó la lava del Vesubio, iba también á ensayarse en grande la shakespeariana *Judith de Welp*, segunda obra del eminente dramaturgo.

Fué cosa en verdad digna de eterna recordación el abigarrado público, constituido por los hombres de letras arriba referidos y las personas de la población y hasta de los alrededores, muchas de las cuales no habían asistido nunca á representación de obra catalana y menos de la índole y alto vuelo de la que con atónitos ojos presenciaban. Allí recuerdo que encontré los colonos de la casa de campo titulada «Las palmas,» donde debía pernoctar, pudiendo estudiar en ellos y convencerme, por la relación que de sus impresiones me hicieron, de que lo realmente bueno habla á todas las inteligencias, valiéndose del lenguaje universal de las emociones humanas, rápidamente transformadas en sentimientos.

Su obra tercera, *Lo fill del Rey*, es de una audacia sin igual, y estimamos su última, *Mar y Cel*, la tragedia de mayor relieve

y grandiosidad de los tiempos modernos dentro de los dominios españoles.

El concienzudo análisis que de ella hizo el inteligente crítico y queridísimo amigo mío D. Juan Sardá en las columnas de *La Ilustración Catalana* (1) nos dispensa de análogo trabajo y hasta pudiera habernos inducido, en tanto lo estimamos, á no hacer mención de la obra; pero con satisfacción vengo notando que no son los artículos en los cuales más trabajo he puesto, ni los relatores de obras de importancia mayor aquellos que más han merecido el favor del público y en especial de las personas de valía que me animan, sino aquellos en que resulta como una compensación por no haber sido, quizás por las razones que en el prólogo indico ó por otras casuales, bastantemente apreciadas, superando en ellas el mérito al aplauso, cosas distintas que suelen confundirse, dando pie á que algunos autores exploten dicha confusión.

Á pesar del notable juicio crítico citado, de un artículo que en *El Globo* publicó D. J. Güell y Mercader, valioso además por sus apreciaciones acerca de la literatura regional catalana, y aun teniendo en cuenta los párrafos encomiásticos que le dedicó D. Luis Alfonso en un *Lunes de El Imparcial*, la tragedia *Mar y Cel* no ha sido ciertamente afortunada.

Cuando recibía aplausos en el teatro Romea, produciendo pingües ganancias á la empresa, desapareció de pronto de los carteles, sin que se haya sabido la verdadera causa; consigue Guimerá la fortuna de que literato tan concienzudo y aplaudido como D. Enrique Gaspar vierta su obra al castellano y que se represente en el teatro Calvo-Vico por la mejor compañía de los teatros de la Corte; recíbela el público con frenético entusiasmo, y yo, que con el interés que siento por la vida de todo lo meritorio, leía los periódicos de Cataluña, me encuentro con una impensada solución de continuidad, mejor dicho, con una rápida desaparición de la obra, debida, en el fondo, según se me ha explicado después, á no haberse el autor prestado á una de esas ridículas mojigangas, contrarias á su carácter formal, en pro de otro gran drama.

(1) Números 184, 185, 186 y 189. Año IX.

turgo que las odia, aunque alguna vez ha sido, por exigencias de empresas, víctima de ellas y que no necesita más antorchas que las de su asombroso y esplendente genio.

Es indudable que Rafael Calvo hubiera representado en Cádiz la vertida tragedia de Guimerá, en que tanto lucía sus dotes; mas sucumbió en dicho punto á rápida enfermedad, dejando además de verse por tan sensible motivo en los teatros de Madrid, donde era esperada con afán verdadero. No termina aquí el relato de sus contratiempos: la creciente fama del teatro catalán imponía la ejecución de alguna obra de su repertorio en la coronada villa, y hubiera podido Ricardo Calvo, cuya escuela prefiero á la de su hermano, aunque no le considere á la altura de las facultades de éste, ni de sus conocimientos extraescénicos, encargarse del papel de Said, que encaja además perfectísimamente en las condiciones de Vico; pero infortunadamente para nuestro autor y para las letras catalanas, se interpuso otra obra, *Otger*, de Ferrer y Codina, mal vertida en castellano con el nombre *Un caudillo de la Cruz*, y los muchísimos que no han podido aún entender que Verdager y Balaguer sean dos poetas distintos, pues todo lo confunden y trabucan, formaron por ella pobre concepto del renacimiento dramático literario de Cataluña, juzgando de la tela por el orillo.

Acabo de manifestarme poco conforme con la traducción que de la obra primera que ha pisado las tablas madrileñas se ha hecho, y debo una explicación á D. Marcos Zapata, vigoroso poeta á quien estimo en su justo valor.

Sólo admito dos clases de versiones dramáticas: la que da á conocer la obra tal como se halla en el primer idioma, patentizando el estado y condiciones características de su teatro, y la de, cogiendo sus principales rasgos y situaciones, acomodarla cambiando tipos y contextura; Zapata no adoptó ninguno de los dos sistemas, y la obra no resultó catalana ni castellana: no se me oculta que la favoreció en grado sumo, recomponiéndola con primorosos y arrogantes versos, y que á haber conservado algunas de las escenas y recursos del original, quizá algún banco hubiera saltado á las tablas por ajeno impulso; pero no satisfizo el deseo de ver drama catalán

en Madrid, dificultando la exhibición de otros de mérito superior á aquella *taracea* literaria.

De muy distinta manera entendió su cometido el insigne literato D. Enrique Gaspar, quien supo *transportar* la obra de Guimerá, conservando lo posible la complexión robusta y los geniales rasgos que la caracterizan, haciendo abstracción de dotes propias para abrillantar las ajenas, como debe todo buen traductor ó copista: por mi parte me confieso incapaz de adivinar al autor de *Pobres mujeres* por los nutridos y rudos versos de *Mar y Cielo*, lo cual manifiesto en son de elogio, pues tengo por mal restaurador de Museo al que al cabo de algunos años de ejercer su oficio ha unificado todos los cuadros y escuelas.

Pongo á continuación, comprobando mis palabras, la escena XV del acto primero, que me he proporcionado con dificultad, pues el notabilísimo trabajo de Gaspar se halla inédito:

SAÍD

(Empieza con tono despreciativo y acaba con febril exaltación.)

Quiero á mis anchas ver cómo se enfosca
Ese gallo sin cresta ni espolones:
Siempre su honra blandiendo, y de los labios
Pendiente un Dios que pisa á cada instante.

¡Miserable felón! Miradle todos:
Es de la secta vil de los que un día,
De amor hablando hipócritas al hombre,
Nos chuparon la sangre, sin dejarnos
Ni un lugar con las bestias en la cuadra;
Y por el mundo á la ventura errantes
Nos esparcieron, víboras, negándonos
Un hoyo en que morir sobre la tierra.
Pues por el Dios que invocan, que era nuestro
¡Cuanto ellos nos robaron! Pero nada
Puede esperarse bueno de quien tiene,

(Descolgando el puñal y señalando alternativamente la cruz y la hoja. Después lo tira.)

Vedlo vosotros mismos, junto al odio

El perdón. El cordero con el tigre:
El puñal y la cruz en una pieza. (*Pausa, señalando á Carlos.*)
Y ahora escuchadme bien, para su oprobio.
Mi padre era morisco; á una cristiana
Convertida vió, amó, se unió con ella,
Ocultando su fe; de ambos soy hijo.
Con el niño Jesús me comparaba
Mi madre; él, á una hurí por la hermosura.
Y al compás de sus besos, recitando
Sentencias del Corán y de la Biblia,
Se me enseñó á dormirme y despertarme.
Mi casa era un jardín junto á Valencia.
¡Cuánta flor! ¡Cuánto júbilo! Hasta el alma
De mis queridos padres sonreía.
Ella amaba á Jesús, él al Profeta;
Pero eran tan felices, que dijérase
Que hecho habían la paz en la otra vida,
Por premio á tanto amor, Cristo y Mahoma.
Mas ¡ay! la dicha en el hogar fué breve.
Aquí guardo el recuerdo. (*Por el corazón.*) Cierta noche
Dió él un beso á mi madre, asíó con ira
Su hacha, la puerta abrió y echóse afuera!
Rompió el día y llamaron. Temerosa,
Mi madre abrió.—¿Quién va?—dijo, y se oyeron
Gritos por todas partes. Luego echaron
Un cuerpo á nuestros pies, y—Mira—oímos:
—Tu esposo; lo han matado. Ten, entiérralo.
Pasaron días. Uno, bruscamente,
Mi madre me llamó.—Saíd, ya es hora—
Me dijo; y con su llanto humedeciendo
Mi cabeza infantil, me tomó en brazos.
Que me dormí recuerdo, pues tendría
Yo seis años apenas. Angustiosos
Lamentos despertáronme. Mi pueblo
Se hallaba todo allí, dentro de un barco,
Y en el fondo la tierra se alejaba.
Los ojos me tapó mi madre; abrílos
Entrada ya la noche. El mar dormía,

Ahogábame el hedor de sangre, y ni uno,
Ni uno siquiera vi de los cautivos.
—Los que mataron á tu padre—entonces
Dijo mi madre amada,—también, viles,
De mí te privarán, hijo del alma;
Ni rastro quieren de la raza mora
Que los ha enriquecido. Y si no, mira
Cómo en las olas se zambullen, saltan
Y, henchidos del festín con los cadáveres
Y ahitos ya, los tiburones juegan.
Véngame si te salvas, hijo, véngame.—
Cuando de pronto, nos cercó la chusma
De cristianos; mi madre un mortal grito
Dió y echóse á correr; pero los monstruos
La asieron del cabello.... Aquí su sangre (*por la cara*)
Me saltó y aún me quema. Sobre el puente
Desplomada cayó; de entre sus brazos
Vinieron á arrancarme. Inútil; ella,
Luchando con la muerte, me apretaba
Con su mano esta mano y repetía
Clavándome las uñas:—Hijo, véngame.—
Por fin la izaron dos, que á carcajadas
Me la echaron al mar; y como á flote
La vieran otra vez, gritando:—Véngame—
De entre el agua salir, uno asió un remo,
Con que el aire cortando, la cabeza
Partió á mi madre, que se hundió en la espuma.
(*Con desprecio.*)
Y ¡ahí los tenéis, que con horror nos miran,
Y asesinos nos llaman, y ladrones,
Y hienas! Ellos no; son almas puras,
Son palomas sin hiel, son tiernos niños,
Todo amor, bondad, fe, virtud..... ¡cristianos!

Como la base de estos ACONTECIMIENTOS LITERARIOS es más *rendir homenaje* y reseñar la evolución anual literaria que hacer crítica, me limitaré, en el caso presente, por las razones que al comenzar he expresado y porque aguardo á Guimerá

en obra más catalana en el fondo, siguiendo las huellas de Swinburne y de Browning, que han explotado al efecto los elementos legendarios históricos de su país, á copiar las notas marginales que al tiempo de leerlo, siguiendo añeja costumbre, puse en el ejemplar catalán:

«Así como en los héroes de Echegaray el entendimiento domina, en éstos el corazón es lo que sobresale.»

«¡Qué contraste tan bello entre el final del acto primero y el del segundo! Blanca, borradas por el amor sus fanáticas creencias, salva al que intentó matar.»

«El soliloquio es subjetivo, corresponde á la poesía lírica y de él abusa algún tanto el autor.»

«La lucha entre los dos capitanes es grandiosa, porque es rastrera; infatuada, nos recordaría á *Pancho y Mendrugo*.»

«Los héroes de esta obra no lo son por la cédula de vecindad, sino por lo mágico de sus ardorosas pasiones.»

«Se ve crecer la pasión como en el *Drama Nuevo* y como en todos los verdaderos dramas, en los cuales los personajes no se presentan *hechos*, sino que—véase el modelo en Shakspeare—van formándose al golpe de los sucesos.»

«*Mar y Cielo*: el título es una decoración de orden moral, y forman el acompañamiento las olas crecientes, las aves volando á pares, el cielo azul: todo tiende al fin de la obra, en que el mar y el cielo se juntan, como en el horizonte.»

«Los caracteres están exteriorizados, no por enfadosos parlamentos, sino por chispas de pasión; el hecho sustituye á la palabra y hace que avance más majestuosa y enérgica la acción, que se convierte en *de presente* en vez de sucedida.»

«Esta obra, si se representa en Madrid, no será apreciada en su verdadero y gran valor por lo arraigado de ciertos convencionalismos escénicos, pero influirá muchísimo en la dramática castellana.»

MELCHOR DE PALAU.

(Se continuará.)



FELIPE II

Y EL CÓNCLAVE DE 1559

CONTINUACIÓN (I)

XI

El aspecto de las cosas iba en el ínterin siendo para España cada día más grave y peligroso. La reserva del Cardenal Carafa, la discordia siempre viva entre éste y el Camarlengo, los nuevos esfuerzos de la facción francesa en favor del Cardenal Francisco de Tournon, las intrigas de Mantua, en fin, ponían harto miedo en el ánimo del Embajador español en Roma. No osando, como queda dicho, obligarse por escrito con el sobrino de Paulo IV de cuya influencia continuaba dependiendo siempre el resultado del Cónclave, aguardaba impaciente Vargas nuevos despachos del Rey, en los cuales creía poder hallar con qué satisfacer su ambición y su codicia. Por su parte, Carafa no esperaba con menos afán el correo de España. Comprendía que era imprudente aumentar el número de sus enemigos con nuevas exclusiones; que no podía contar con el concurso de franceses ó españoles para ninguno de sus parciales, y que se hacía ya de

(I) Véase la pág. 181 de este tomo.

todo punto indispensable el adoptar una resolución que, por lo menos, pusiera á salvo sus propios intereses.

El 4 de Diciembre llegó á Roma el tan esperado despacho del Rey Felipe. Desconocedor el Monarca de las últimas alternativas del Cónclave y del riesgo que en aquellos momentos corrían sus aspiraciones y designios, limitábase á expresar al antiguo *condottiere*, por conducto del Embajador, su reconocimiento por los servicios que le venía prestando. «Al Cardenal Carafa—escribía—agradescereis de mi parte la afficion y buena voluntad con que perseuera en lo que toca á mi seruicio y buen successo desse negocio, persuadiendole que perseuere en la misma voluntad, certificandole de la que le tenemos y auemos de tener siempre conforme á lo que á los XXVII del passado os escreuimos, que no dudamos que con esto él perseuerara en su buen desseo y verna bien en los sujetos que tenemos nombrados; á lo qual vos le aueis de persuadir con las razones que vereis que conuiene, para que en ninguna manera se dexen ganar por los offrecimientos que se le hazen» (1). Mas no eran razones ni vanas promesas generales los resortes que había que tocar ahora para granjearse el apoyo de Carafa. El aspecto de las cosas había variado mucho en los últimos días para que con tales fórmulas se allanara el ambicioso Cardenal á convertirse en instrumento ciego de la Corte española. Convencido de ello el Embajador, y avisado además por los Cardenales y conclavistas españoles de que si en este despacho no había cosa con qué satisfacerle tuviera por perdido y aventurado todo el negocio, acordó, sin dar parte á persona alguna, formar un capítulo como que S. M. se lo escribía, mas no sin ponerle una condición: la de que Carafa haría lo que debía para que, conforme á las obras, se le correspondiese (2). Y aunque este ardid del Embajador produjo por el pronto el deseado efecto, arrancando á Carafa nuevas protestas de adhesión y fidelidad al Rey de España, fija siempre la

(1) El Rey á Vargas, de Madrid á 16 de Noviembre de 1559. Archivo de Simancas, Roma, legajo núm. 885, fol. 246.

(2) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 309.

mente en elevar al Solio pontificio á un Cardenal hechura suya, no tardó en entablar negociaciones con Guisa para conseguir á toda costa la elección de Reumano que, aunque, francés, seguía en todas sus evoluciones al sobrino de Paulo IV. Pero habiéndose propalado en Roma la noticia, el pueblo acudió en tumulto al Vaticano, temiendo que un Papa francés llevara de nuevo á Francia la Silla de San Pedro (1). Los tristes recuerdos de la traslación de la Santa Sede á Avignon que había hecho adoptar por máxima al Sacro Colegio el no elegir jamás sino Papas italianos, el furor y la cólera de Roma al saber la elección del flamenco Adriano de Utrecht (1522), la destemplanza con que á la muerte del mismo Adriano seguía el pueblo á los Cardenales que iban al Cónclave gritándoles que no eligiesen Pontífice extranjero y amenazándoles, si lo hacían, con tomar de ellos sangrienta venganza, el esfuerzo de la facción española, todo esto junto determinó la derrota de Reumano, el cual quedó definitivamente excluído. Nuevos intentos de los franceses en favor del Cardenal de Tournon fueron seguidos de análogos fracasos.

Conjurados estos peligros, Vargas fué de nuevo al Cónclave para hablar á Carafa y recordarle sus últimas promesas de fidelidad á la Corona de España; pero aunque el antiguo *condottiere* se mostró desde luego propicio á cumplirlas y aun entregó al Embajador una carta para el Rey Católico en que aseguraba hallarse «firmemente resuelto á servir á S. M. y á no venir jamas en cosa que fuera deservicio suyo, ni en los sujetos por el Monarca excluidos» (2), todavía, esperando poder conseguir el triunfo de alguno de los de su bando, reservóse el derecho de continuar con los franceses las pláticas é inteligencias que con ellos venía sosteniendo, á fin de atraerlos á donde él quisiere (3).

(1) Pallavicino, *Storia del Concilio di Trento*, libro IV, cap. X.

(2) Vargas al Rey, de su propia mano, á 12 de Diciembre de 1559, en Döllinger, I, pág. 308.

(3) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 312.—Con razón escribía con este motivo el Embajador: «..... Todos viven en miedo

No era, sin embargo, éste el más grave obstáculo con que tropezaba á la sazón nuestro Ministro en Roma. Por diversas causas habíase hecho de todo punto imposible la elección de los principales candidatos propuestos por Felipe II y Juan Angel de Médicis, único en cuyo favor nada serio se había intentado hasta entonces, encontraba también cierta resistencia en el Cardenal Carlos Carafa (1). El piadoso Federico Cesis, en quien como último recurso había pensado Vargas, acababa de ser expresamente excluído por el Rey por no convenir este purpurado á sus intereses y á sus miras (2); y el Cardenal de Mantua, á quien, según las instrucciones del Monarca, debía ayudar en lo público y hacer en lo secreto toda la guerra que pudiere, creábale á cada paso nuevas dificultades con sus redobladas súplicas y perseverantes instancias (3). Mas los ruegos y recomendaciones con que, tanto el Cardenal como sus parientes y valedores, continuaban impor-

perpetuo, y yo no puedo estar sin él hasta que esto sea acabado; y por aquí verá V. M. lo que traigo á costas y trabajos que se pasan noches y días con mil mudanzas y peligros cada hora, y con sobrellevar á Carafa, que me ha sido y es una gran cruz.»

(1) *Ibid*, págs. 312 y 313.

(2) El Rey á Vargas, de Madrid á 16 de Noviembre; recibida en Roma á 4 de Diciembre. Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 885, folio 246. «Quanto al Cardenal de Cesis—escribía el Monarca,—por lo que escreuis auemos visto que segun la diuersidad de opiniones que ay en ese Conclave y difidencia que ay entre los Cardenales, podria ser que viniesen a dar en el, y tuuiesse votos para salir con el Pontificado, teniendo como tiene segura la parte francesa y algunos amigos entre nuestros aficionados; y por que segun entendemos seria muy perjudicial á nuestras cosas y aun al bien publico y causa de gran perturbacion en lo de Italia, por tener el dicho Cardenal los sobrinos y deudos que sabeis, algunos dellos en seruicio del Rey de Francia, os auemos querido auisar dello y encargaros mucho que procureis en todo caso y por todas las vias que pudieredes de estoruar que el no sea assumido al Pontificado. Pero esto con tal dissimulacion y dexteridad que, quando viniessse á salir con el, no quede indignado y con occassion de sernos enemigo; lo qual auéis de procurar, como dezis que lo hareis con qualquiera de los que salieren, porque no se venga a caer en los inconuenientes que se han visto por lo passado.»—Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, página 313.

(3) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 312.

tunando al Rey Católico, lejos de mover á Felipe á prestarle favor y ayuda, habían contribuído á tenerle más alerta y á que recordase á Vargas en cuantos despachos le enviaba la cuenta que había de tener con impedir á toda costa su exaltación á la Sede pontificia (1). Todo era, pues, para el

(1) El Rey á Vargas, á 16 de Noviembre, antes citada: «He visto las copias que me embiastes de lo que escreuistes al Cardenal de Trento y el os respondió sobre lo que toca al Cardenal de Mantua, y tambien de lo que os escribió el Capilupio; y hame parecido muy bien por las causas que dezis que os mouieron a ello que las tengo por tan suficientes como aureis visto por lo que antes de agora os tengo escrito, y holgara en gran manera que esta vuestra diligencia hubiera bastado para escusar la importunidad que aca se me ha dado sobre ello; porque demas de lo que os escreui el otro dia me vino a hablar el embaxador de Mantua, y con una carta del Duque su amo me pidio con grande instancia fauoreciesse al Cardenal de Mantua en esta election y escriuiese al Cardenal Carafa que seria seruido que le acudiesse con su voto y con los demas que le siguen y mostrasemos al mundo en esto la confianza que del dicho Cardenal teniamos, por que auian querido sus émulos ponerle alguna nota en esto, diciendo que no le teniamos por confidente servidor; y despues desto, llego el marques de Pescara, el qual me ha hablado y hecho muy grande instancia sobre lo mismo. Yo le he respondido que asi el Cardenal como el Duque de Mantua, deuen tener entendido el amor y voluntad que les he siempre tenido y la gran confianza que hago dellos, y lo pueden juzgar por la nominacion que yo hize del dicho Cardenal entre los que tenia por confidentes para el Pontificado; pero que huiendo passado la cosa tan adelante y declaradose Carafa con el Camarlengo en que si le apretaua mas sobre lo de Mantua daria sus votos al Cardenal de Turnon, yo no vi manera como poder escreuirle ni apretarle mas sobre ello, por que no se le diesse occassion de precipitarse y concurrir en la election de algun Pontifice que fuesse causa de inquietar de nuevo la Christiandad y reduzirla al trabajo en que ha estado estos años passados, con lo qual me he desasido desta platica y con responder al embaxador de Mantua en esta conformidad, aunque con palabras generales y no descendiendo á tanta particularidad como con el Marqués; de lo que os he querido auisar para que tengais entendido todo lo que passa y conforme a ello os podais gouernar en lo que toca al dicho Cardenal de Mantua, dandole toda satisfacion en lo que se pudiere, mostrando del toda confianza y dando a entender muy de veras asi a los Cardenales como a todos los demas que conuenga la quenta que hazemos de su persona y la seguridad que tenemos de que nos ha de seruir con la voluntad y afficion que ha hecho por lo passado; y en el effeto—y aqui se ve una vez más la doblez con que se conducía Felipe II,—haziendo lo que os tenemos escrito, que quanto mas miramos en ello, tanto mas nos parece que aquello es lo que conuiene.»

Embajador dificultades y obstáculos y todo confusión y desorden en el Cónclave. La mayoría de los Cardenales comenzaba á desmayar. Los más ancianos se quejaban de que se les tuviera sujetos á tan largo secuestro (1); muchos habían enfermado (2); dos habían muerto durante la elección (3); los más piadosos se lamentaban de que el interés de la Iglesia fuera de tal suerte sacrificado á las ambiciones mundanas (4); algunos querían solicitar se les permitiera salir del Vaticano (5), y el pueblo de Roma, que, desengañado y persuadido de que nuevas y mesuradas instancias habían de ser inútiles, proyectaba sublevarse contra el Sacro Colegio, hubiéralo hecho si la intervención y autoridad de Marc'Antonio Colonna, amigo y servidor de España, y del mismo Embajador español, no lograran calmarlo (6).

Vargas, entretanto, seguía con la más profunda atención las intrigas de los Cardenales, los movimientos de las facciones. En su correspondencia con Felipe daba minuciosa cuenta de la actitud de los electores, de la actividad de los conclavistas, del celo de los agentes pensionados por el Rey Católico; señalaba los que se habían conducido bien, los que se mostraban tibios y vacilantes, los que habían votado contra los candidatos de España; proponía recompensas y cas-

(1) El Cardenal de Tournon al de Lorena y Duque de Guisa, á 16 de Diciembre de 1559, en Ribier, II, pág. 839.

(2) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 303: «Dentro hay muchos enfermos, pero esto seria poco si las voluntades fuesen sanas, y piensan muchos que si no es por necesidad de morirse ó caerse a pedazos, no acabarán de concordarse tan presto.»

(3) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 314.

(4) El Cardenal de Tournon al de Lorena y Duque de Guisa, á 16 de Diciembre, en Ribier, II, pág. 839: «Il y a cent et ie ne sçai combien de iours que nous sommes ceans à nè faire rien qui vaille; pensant plus tost à defaire, qu'à faire un bon Pape; et tout ce mal procede de quelqu'un qui desire trop ce qu'il ne peut avoir, et tant plus il va, tant moins en approche.»

(5) *Ibid.* pág. 840: «Si cecy dure plus longuement, ie ne me pouray empescher de dire mon sentiment haut et clair, et que ie ne demande mon congè pour sortir hors de ce Conclave comme ie voy que plusieurs autres disent vouloir faire.»

(6) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 314.

tigos, según el proceder de cada uno; encomiaba los servicios de los amigos y devotos de la Corte española, y acusaba con las más duras palabras á los que, rehacios ó rebeldes, osaban provocar el descontento del Monarca.

El 8 de Diciembre el activo y hábil Ministro fué al Cónclave con el fin de representar una vez más á los Cardenales los inconvenientes y daños que tantas dilaciones podían causar á la Iglesia Romana, el escándalo de los católicos, el regocijo de los herejes, las predicaciones de los sectarios de Lutero en las plazas y otros lugares públicos de Roma, y de exhortarlos á la breve expedición de tan santa empresa, no sin advertir que si la solución no hubiera de ser buena, «la diferiessen hasta el dia del juicio, porque la Christiandad tenia necesidad de sosiego y reposo, y no de perturbacion y guerra;» mas como el Decano del Sacro Colegio, en nombre de todos sus colegas, se aventurara á preguntarle «si holgaria sin distincion que se concurriese en qualquier sujeto,» dando á entender que el haberse excluído á algunos por la Corte de España era causa de que la elección se retardara, el Embajador español, resuelto, cual todos los de su clase, á mostrar en sus relaciones con los extraños príncipes, eclesiásticos ó seglares, los fueros y atrevimientos de que rara vez ya osaban dejarse llevar con los propios, lleno de cólera y enojo, replicó, entre otras cosas, «que los negocios de Principes no habian de tratarse de aquella manera; que lo que Su Majestad Catholica procurava y desseava era por el servicio de Dios y beneficio de la Republica Christiana; que cuando Su Majestad insinuara los que con maduro consejo y buena informacion le pareciessen mas utiles y mas dignos, no solamente no pecaba, pero ganaba gran merito y hacia sacrificio a Dios; y finalmente que la reverencia de aquel lugar le hacia no responder muchas cosas que le ocurrian de importancia, pero que cada uno metiesse la mano en su pecho, y pues sabian lo que passaba y el podia responder, se tuviessen por respondidos.» Y como todavía el Decano osara replicarle que por nuestra parte se había amenazado con quitar las rentas á los que no acudieran al servicio de la Corona de España, los purpurados españoles no tuvieron es-

crúpulo en decir que era verdad y que en ello no debía verse sino una nueva muestra de la santa intención del Rey Católico (1).

En el ínterin, nuevos ensayos hechos á favor de Mantua, Carpi y Pacheco habían ido seguidos de otras tantas derrotas. Las reiteradas instancias y cada vez más gallardas promesas del Embajador español, habían dado por resultado la reconciliación de Carafa y el Camarlengo. Para asegurarla, el Ministro había hecho que entre ambos se cambiasen cédulas firmadas con sus nombres, en que Santa-Fiora prometía no ayudar á ningún candidato contra la voluntad de Carafa, y en que el sobrino de Paulo IV se obligaba á no concurrir en ninguno de los Cardenales excluidos por el Rey de España (2). Semejante avenencia había determinado la derrota definitiva del Cardenal de Mantua, los postreros esfuerzos en favor del de Carpi, excluido al fin irrevocablemente también por la facción francesa, y el que el anciano Cardenal Pacheco estuviera tan á punto de ser elegido Pontífice, que, siguiendo antigua costumbre, fué saqueada la celda que ocupaba (3). Este último ensayo, sin embargo, dió ocasión á las más escandalosas escenas. Sabedor Vargas de que el Cardenal de Mesina, súbdito del Rey Católico, se quejaba de que no le daban nada y de que, así como á los Cardenales que sirvieron peor hizo mayores mercedes el Emperador Carlos V, era de esperar que lo mismo hiciera Felipe II, quiso ganarle y separarle de los franceses con quienes andaba en tratos é inteligencias; pero como se negara á votar á Pacheco, que el Embajador proponía, airado y colérico le replicó Vargas que «era sinrazón lo que hacía á S. M.

(1) Relación sumaria de la plática que hizo el Embajador Francisco de Vargas al Colegio de Cardenales á la puerta del Cónclave el día 8 de Diciembre de 1559. Archivo de Simancas, Estado, Roma, legajo número 884, folio 65. Como copiado de un manuscrito de la Biblioteca Nacional, he visto impreso también este documento en la *Colección de todos los Concilios de la Iglesia española*, traducida por D. Juan Tejada y Ramiro, tomo IV, pág. 692.

(2) Vargas al Rey, á 14 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 315.

(3) Pallavicino, libro XIV, cap. X.—Vargas al Rey, á 20 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 318.

siendo su vasallo y devoto, y que el Monarca no podía sino acordarse de cosa semejante» (1). El Cardenal de Guisa amenazaba á Carafa con que el Rey de Francia le desposeería de cuanto conservaba en sus Estados (2). El de Ferrara conminaba á Reumano con los más grandes males por haber adorado á Pacheco, y al Decano Juan de Bellay porque, hallándose indispuerto fuera del Cónclave, no quiso volver en aquella coyuntura (3). Guisa procuraba estorbar las pláticas del Ministro español con los Cardenales amenazándole con censuras y excomuniones, y diciendo ser él la causa de todas las dificultades; y Vargas protestaba por su parte no haber jamás impedido los conciertos y negociaciones de franceses, y rogaba á su Rey escribiera al de Francia mostrándole cómo eran sus vasallos y servidores los causantes de tanta dilación y demora (4). Mientras tanto, la facción francesa apoyaba la candidatura del Cardenal Pisani, veneciano y recomendado eficazmente, como era natural, por el Embajador de la Señoría en Roma (5). Su triunfo parecía ya tan asegurado que muchos llegaban á pedirle mercedes, y el Cardenal Juan Ángel de Médicis le rogó que no le quitase la Signatura de gracia, y que le mandara pagar cinco mil escudos que debía percibir de la Cámara Apostólica; mas los oficios de Vargas consiguieron bien pronto aparejar su exclusión (6).

(1) Vargas al Rey, á 20 de Diciembre, en Döllinger, I, págs. 318 y 321.

(2) *Ibid*, pág. 321.

(3) Vargas al Rey, á 21 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 321.

(4) Vargas al Rey, á 21 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 322.

(5) Relación de Luigi Mocenigo al Senado, en 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 32: «.....in questo proposito mi disse una sera il Reverendissimo Cardinal Farnese, quando al Conclave gli parlai per la cosa del Reverendissimo Cardinal Pisani.....»—Relación de Melchiorre Michiel, Embajador extraordinario, á Pío IV, de 8 de Junio de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 8.

(6) Vargas al Rey, á 20 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 317: «.....y tambien fue aproposito para estorbar la platica que ya corria muy viva de Pisano, sujeto de frauceses y propuesto por ellos, que a no estorbarle disimuladamente como lo hice, se corria grande peligro.»—Relación de Luigi Mocenigo al Senado, en 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 44: «..... e ques-

Como se ve, la situación era cada vez más tirante. Todos comprendían que precisaba acabar con tamañas incertidumbres, y que la única solución posible era buscar un candidato que si no mereciese á todos los intereses confianza absoluta, porque esto parecía punto menos que imposible, tampoco despertara en nadie desconfianzas y recelos. De lo contrario, el Cónclave no terminaría nunca. Hacía muy cerca de cuatro meses que había comenzado; los principales candidatos de España y Francia estaban irrevocablemente excluidos, y los electores todos, según gráfica expresión del Embajador español, «estaban de manera, que parecía que concurrirían ya en un leño que se les propusiese, con tal que no fuera de lo que hería á los principales» (1). Los votos se repartían entre diversos candidatos, ninguno de los cuales conseguía reunir número suficiente para ser Papa. Entonces se comenzó á pensar en el Cardenal Juan Angel de Médicis, á quien si nadie favorecía con grande empeño, nadie tampoco rechazaba de una manera franca y decidida. Las circunstancias del momento, la imposibilidad de concertarse, la fuerza de las cosas más que la voluntad de los electores, daban á su candidatura probabilidades de éxito. De otro lado, las recomendaciones de las dos grandes Cortes católicas y el propio interés de los Cardenales parecían también asegurarle el triunfo. Sobre haber sido designado ya por el Rey Católico en sus instrucciones al representante de España en Roma, para que, en último término, fuese favorecido por la facción española, á principios de Diciembre, y para el caso de que no se hallara medio de hacer elegir Pontífice á ninguno de los

ti uffici (los de Vargas) faceva con tanta rabbia e con tanta passione, che in vero era cosa odiosa e quasi insopportabile, come fu quello contra il Cardinal Pisani, che di certo gli ha tolto il papato, però chè ormai molti Cardinali gli andavano a dimandar grazie, come a Papa già fatto; e il presente Pontefice mandò a pregarlo che fosse contento non li levar la segnatura di grazia, e che li facesse pagar scudi ciuquemila che dovea avere dalla Camera Apostolica; ma questo gentil ambasciatore disturbò ogni cosa, e non fu altra causa alcuna di questo disturbo, sebben ne sono state disseminate dell'altre senza alcun fondamento.»

(1) Vargas al Rey, á 21 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 317.

purpurados señalados de antemano por la Corona de Francia, Francisco II había enviado á Guisa las recomendaciones más urgentes en favor de tres Cardenales, entre los cuales se hallaba también Médicis (1). Una nueva circunstancia hacía simpática esta candidatura á sus ambiciosos colegas: Juan Angel contaba sesenta y dos años, era de naturaleza achacosa y enfermiza, y durante el Cónclave había estado casi siempre en cama (2). Su pontificado, pues, no podía ser muy duradero, y los impacientes no tendrían que aguardar mucho tiempo á que una nueva vacante les proporcionara ocasión de llegar á ocupar la Sede Apostólica. Su carácter era además tan dócil y afable y su cordialidad con los demás purpurados tal, que no había en el Sacro Colegio quien, siendo Médicis Papa, no creyera poder disponer á su antojo de la autoridad pontificia (3). Como criatura de Paulo III, contaba con el apoyo del Cardenal Farnese, y Carlos Carafa, cuya oposición habría podido anular los esfuerzos de las facciones, convencido de la inutilidad de sus intrigas, encontraba el modo de granjearse el favor y voluntad del Rey Católico sin enajenarse los de la Corte de París, asegurando por una pronta adhesión el éxito de aquella candidatura (4).

Era el 25 de Diciembre. Convenidos ya en elegir á Mé-

(1) El Rey al Cardenal de Guisa, de Blois, á 6 de Diciembre, en Ribier, II, pág. 839. Mas, como de ordinario, añadía Francisco al Cardenal: «.....luy faisant entendre mon vouloir et intention et la grande obligation qu'il deura auoir enuers moy de son assumption au Papat, a ce que nous nous en puissions aider et preualoir pour l'aduenir.»

(2) Relación de Luigi Mocenigo al Senado Véneto, en 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 61: «.....mostravasi assai mal disposto di gotta e catarro essendo Cardinale, ed entrò in Conclave mezzo ammalato, e sempre quasi vi stette in letto, ma di poi fatto Pontefice par si sia assai ben riavuto.»

(3) Relación de Girolamo Soranzo al Senado Véneto, en 1563, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 72: «.....con li Cardinali procedeva con tante umanità, presentando molti secondo le occasioni assai largamente, e facendosi confidente quando uno e quando un altro, che non vi era alcuno del Sacro Collegio che non pensasse, quand'ei fosse riuscito Papa, poter disporre a modo suo del pontificato.»—Sobre la genealogía de Juan Angel de Médicis, véase Reumont, *Geschichte der Stadt Rom*, Berlín, 1870, tomo III, parte 2.^a, pág. 863.

(4) Duruy, *Le Cardinal Carlo Carafa*, págs. 312 y 313.

dicis, los Cardenales de Guisa y Carafa habían resuelto que la elección se verificara al día siguiente por la tarde; mas como los partidarios de Mantua emprendiesen nuevos trabajos para dar el triunfo á su patrocinado é intentaran sobornar al joven Cardenal de Nápoles, sobrino de Carafa, este último, temiendo tales intrigas y nuevas y más recias decepciones, acordó que aquella misma noche, y aunque era ya hora muy avanzada, se verificara la elección. Así resuelto, el antiguo *condottiere* hizo salir de su celda á Médicis, y con él se dirigió á la Capilla Paulina. Los electores, estimulados por los conclavistas, se levantaron de sus camas, y antes de que los adversarios tuvieran tiempo de recobrase de la sorpresa y de preparar la exclusión, el Cardenal Juan Angel de Médicis fué por adoración elegido Sumo Pontífice (1). Tras tantos contratiempos, los esfuerzos de la diplomacia española se veían coronados por el éxito más completo. Un milanés, súbdito y devoto del Rey Católico, era quien después de tan largo y borrascoso Cónclave se ceñía la tiara con el nombre de Pío IV.

(1) Vargas al Rey, á 25 y 29 de Diciembre de 1559, en Döllinger, I, páginas 323 y 324.—Los Cardenales de Ferrara y Guisa, al Cardenal de Lorena y Duque de Guisa, del Cónclave, á 25 de Diciembre de 1559, en Ribier, II, página 840.—Vargas al Rey, á 1.º de Enero de 1560. Archivo de Simancas, Estado, Roma, legajo número 886, folios 1-3.

RICARDO DE HINOJOSA.

(Continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

ESECUNDA en actos trascendentales, en escándalos, en arrogancias del Gobierno y en preparativos de guerra parlamentaria es la quincena que termina. La lectura de la prensa coloca al cronista en situación muy difícil, siéndole imposible reflejar las impresiones que hora por hora se suceden y cambian en medio del desquiciamiento moral y político á que fatalmente habían de conducir los vaivenes sin nombre ni norma á que se entrega años hace el Sr. Sagasta, presumido equilibrista y gran maestro en el arte de engañar y también de engañarse.

Sonó la hora del castigo. Aquella conducta de cacareadas atracciones aparecía sin virtualidad ninguna; una mayoría compuesta en gran parte de funcionarios públicos, de indocumentados y *népotes*, silbó é insultó iracunda á la representación más alta del País: al Presidente de la Cámara de Diputados; amigos de alta valía volvían escandalizados la espalda á un Gobierno sin prestigio, á un Gobierno incapaz de respeto á ningún acto de independencia legítima, y surgió, como no podía menos de surgir de un motín escandaloso y sin precedentes, un conflicto parlamentario pavoroso, capaz en tiempos normales de arrancar la cartera de las manos de

todo estadista realmente conocedor de sus deberes y digno de tal nombre.

El campo de batalla, en el que cayó mortalmente herido el Gobierno, ha sido ya descrito de una manera exactísima por plumas muy lógicas y expertas. Léanse los siguientes párrafos:

«El Gobierno estuvo torpe, pues con un poco de perspicacia y de táctica podía reducir la batalla á escaramuza. Sea que el Sr. Sagasta es más hombre de atacar una posición al frente de una fuerza más ó menos numerosa que para dirigir una batalla; sea que, cediendo á su temperamento, lo fía todo al acaso y á su buena estrella, ello es que muchas veces se ve obligado á improvisar, y las improvisaciones no salen siempre bien. Si hubiese confiado la resistencia solamente á la elocuencia despuntada del Sr. Ministro de Hacienda y á la elocuencia pastaflora de Moret, encargándoles que se mantuvieran á la defensiva, la cosa se reducía á un tiroteo sin importancia; pero el pueril empeño de precipitar la discusión del sufragio universal, que al fin no se ha discutido, y que reduciendo la acción á escaramuza, podía empezar dos días después, ha sido causa de que al estallar la mina, en vez de producir el efecto sólo de pólvora mojada, haya causado estragos cual si estuviese cargada de dinamita.

»Falta de tacto ha sido también acudir con preferencia á la diversión emprendida por los disidentes, en vez de oponer la mayor resistencia á los conservadores, pues así no se enconaban las pasiones que habían de dividir á la mayoría. De todo lo sucedido hay que hacer responsable al Sr. Sagasta, por su falta de previsión primero y por su falta de autoridad después para enfrenar las pasiones de los que componen sus huestes. El Sr. Sagasta se alaba de tener carácter muy conciliador y tolerancia ilimitada: estas cualidades se convierten en defecto cuando se mandan fuerzas propensas á la indisciplina.

»Si el Sr. Sagasta no lo previó, pudo convencerse de esta verdad ante el escándalo que se produjo en el Congreso los días 22 y 23 del pasado Mayo. Pudo convencerse y avergonzarse de que siendo él Presidente del Consejo y jefe indiscu-

tido de la mayoría, ésta se haya entregado á excesos que no tienen igual en nuestra borrascosa historia parlamentaria, y que recuerdan las más deplorables escenas de la Convención francesa, cuando se había borrado todo sentimiento de respeto al principio de autoridad.

»Suponen los adversarios del Gobierno que los Ministros no sólo fueron responsables por descuido ó impericia del deplorable escándalo del día 23, sino que aquel atentado fué obra suya. De que estallara el motín en el momento en que uno de los Ministros se levantaba y hacía ademán de marcharse, deducen que aquélla era la señal convenida entre el Gobierno y los encargados de castigar al Presidente del Congreso por su conducta del día anterior. Y ya en vías de cálculos suspicaces, hay quien se adelanta á suponer que la abstención del Sr. Martos el día 22 era cosa convenida con el Sr. Sagasta, un lazo tendido por éste al Presidente de la Cámara popular para sublevar contra él á la susceptible mayoría.

»Sabemos que la moral laxa de los partidos permite toda clase de felonías para dañar al enemigo y hasta al amigo que estorba; pero como en el caso presente es innecesaria la felonía para explicar lo ocurrido, á fuer de adversarios leales del Sr. Sagasta, rechazamos la especie mientras no se nos demuestre que pecamos de confiados y benévolo. Á la vista está que el Sr. Sagasta tiene completamente abandonada á la mayoría, y á la vista está también que el Ministro de la Gobernación carece de autoridad y de habilidad para mantenerla dominada y disciplinada; y cuando esto sucede, así en los ejércitos civiles como en los militares, á la vista del enemigo, la acción se empeña inoportunamente y cada grupo obra según su antojo ó su temperamento, sin discreción ni medida.

»El escepticismo del Sr. Sagasta le permite ver claras dos cosas: que el temperamento español es exagerado y fugaz, y que teniendo calma para esperar que se desfogue, luego se le domina y se hace de él lo que se quiere. Es como el fuego de virutas, que arde pronto y con viva llama y también pronto se apaga. En esta verdad se funda la táctica del

jefe del partido fusionista, y hemos de confesar que no le ha salido del todo mal el servirse de ella.

» Como la caña del fabulista, se dobla al desencadenarse la tempestad, y se levanta erguida al desvanecerse el huracán. Esta conducta merecería nuestro aplauso si no la adoptara el Sr. Sagasta sólo por comodidad, y por ella renunciara á ser hombre de Estado, para quedarse únicamente de jefe de grupo ó de partido. La confianza en esta táctica, que tan perfectamente se acomoda á la flojedad de su temperamento, es la razón de ser del abandono en que tiene los asuntos del Estado, y hasta explica la conducta de su partido. Subordinando los intereses públicos á los de su partido, considera que le basta para la tranquilidad de su conciencia poder parodiar á Sieyes, contestando «hemos vivido,» á los que le pregunten: «¿qué han hecho los fusionistas durante su largo período de mando?» Pero si su conciencia fuera un poco más quisquillosa, de seguro le diría que mientras ellos vivían, agotaba sus fuerzas el País, condenado á mantener la existencia parasitaria de aquellos vividores.

» Hemos defendido al Sr. Sagasta contra los que le acusan de ser el instigador de los que desacataron al Presidente de las Cortes; pero no podemos defenderle contra los que le acusan de imprevisión por no saber evitar el desacato, y de flojedad por no saber cortarlo y reprimirlo. Antes de abrirse la sesión del 23, el Presidente del Consejo no podía ignorar la efervescencia que reinaba entre los que componen la mayoría y sus propósitos hostiles contra el Presidente de la Cámara. Á su experiencia no se le podía ocultar que las multitudes son como los caballos de sangre, que, si se les excita demasiado, se calientan de boca y hacen inútil el bocado. Tampoco ignoraba que en la mayoría figuran treinta y tantos empleados á quienes saca de tino la idea de pasar á la categoría de cesantes, y sobre todo que en ella hay una partida de gente joven—los Diputados por afinidad: hijos, yernos, sobrinos y demás parientes de altos personajes políticos—que es muy necesario tener á la mano, para que no se desborden. En tiempo del absolutismo, los hijos de la aristocracia, el día de su santo, eran obsequiados por papá

con la sorpresa de encontrarse debajo de la servilleta un despacho de alférez. Ahora los hijos de la democracia son obsequiados con una credencial de Diputado. Los mismos perros con distintos collares, ó los mismos vicios con distintos nombres. ¡Y para llegar á esto hemos pasado la vida maldiciendo de los tiempos de antaño!

» Aquellos aristocratillos que se sentían protegidos, eran bastante indisciplinados y no poco ambiciosos; lo mismo les pasa á los democratillos de hogaño. El Sr. Sagasta, que conoce su ambición desmedida y que sabe que todo se les consiente, debía prever que al empezar la algarada no habría quien contuviera á esos *rejetons* del ejército ministerial, y que, no contenidos, no respetarían nada, porque se les ha enseñado que no hay nada respetable y fuera del alcance de su inconsciente procacidad. En sospechando que la conducta del Sr. Martos podía producir la caída del Ministerio, y la caída del Ministerio alejar hasta la época remota de la nacida del bozo á aquellos párvulos de la obtención de las Direcciones, Embajadas, etc., que están tocando con las puntas de los dedos, no habría freno para sus lenguas, ni esposas para sus manos que moderaran su furor. Esto es lo que debió prever el Sr. Sagasta, esto es lo que no previó, y por esta falta de previsión deben exigirle responsabilidad cuantos se interesan aún por el decoro del Parlamento.»

La responsabilidad será indudablemente exigida al Sr. Sagasta; pero este hombre público añade á todos sus conocidos defectos la estudiada carencia de sinceridad política, y es bien seguro que no existe raciocinio ni existe fuerza capaz de hacerle reconocer uno de sus innumerables errores.

*
* *

Buen cuidado tuvo el Gabinete de hacer que la Corte se alejase á Aranjuez la víspera misma del gran motín en el Congreso, y buen cuidado ha tenido luego el Sr. Sagasta de ir al Real Sitio para aconsejar á los más altos poderes irresponsables la terminación de la legislatura, á fin de poder entregarse una vez más al gastado sistema de concesiones á

todo trance y de inmorales y vanas componendas. ¿Qué le importa que digan y prueben las gentes que, cuando esquivas situaciones graves y hiere al Parlamento por la espalda, pisotea los principios más fundamentales de su propio programa? ¿Qué le importa que haya sobradísimos motivos para tachar sus audacias de actos irrespetuosos con la Reina y con marcadas tendencias á secuestrar las prerrogativas de la Corona? Le basta con encontrar amparo y defensa en el grupo evolucionista que más odio profesa y más zahiere siempre á la Monarquía.

La política de aventuras solamente aplaudidas por la benevolencia republicana no puede menos de sorprender á cuantos discurren. Nadie ignora que se alardea de defender á la Monarquía proporcionándole votos que le son contrarios, y es muy lógico que estos votos se mantengan leales mientras se les halague y se les conduzca al logro de su deseo. Pero, «una de dos cosas habrá de suceder entonces: ó este deseo se verá próximo á ser una realidad, ó será una burla. En el primer caso, el apoyo actual á la Monarquía sería para preparar los medios de derribarla; en el segundo caso, sería cuestión de reunir á toda prisa los votos monárquicos. Y si fuese ya tarde para reunirlos todos, la actitud presente del Sr. Sagasta no habría servido sino para allegar fuerzas contra la Monarquía.» Así discurren los más sinceros, sin más guía que la lealtad.



En este momento se abren las Cortes, acto que inutiliza fáciles predicciones.

Los discursos pronunciados ante la mayoría en la Presidencia del Consejo de Ministros han sido los que debían esperarse ante el fracaso de la política fusionista, fracaso nacido de la heterogeneidad de los elementos que constituyeron el partido y de la falta de tacto de su jefe. Por esto apela hoy el Sr. Sagasta á pedir de nuevo ayuda á los republicanos para plantear el sufragio universal, que afecta querer en odio á los conservadores.

Las últimas impresiones están resumidas en estas frases: «Grande puede ser el triunfo del Sr. Sagasta al ver que aún llega á la quinta legislatura con más de 200 de esos que le siguen hasta en sus extravíos, lo mismo cuando fragua coaliciones con los enemigos del Trono como cuando se levanta en son de guerra contra lo que hay de fundamental en nuestra sociedad política, ó como cuando destruye jefaturas, y forma grupos, y alinea mesnadas, que luego disuelve, en la apariencia, para constituir un partido, bordar una bandera y presentarse ante la opinión diciendo: aquí hay un hombre de gobierno con una gran fuerza detrás. Mas si el Sr. Sagasta no ha olvidado sus teorías sobre lo que son los Parla-mentos modernos, lo que son los votos que se cuentan y se pesan, lo que es el vientre de las mayorías, entonces el jefe del Gobierno no podrá menos de ver con amargura lo que va dejando en su camino, y nuevo general, al pasar revista á su hueste, experimentará amargura tristísima al distinguir entre los rezagados á los que fueron generales invictos, honor y gloria de su ejército.»

Ni siquiera intenta ya el Sr. Sagasta velar sus aficiones revolucionarias, y seguros estamos de ver realizados pronósticos cuyo fundamento por sí mismo se evidencia.

Fecundas en golpes teatrales é inesperadas travesuras serán aún las postrimerías del desorganizado fusionismo. No es ni fué jamás un partido serio.

A.





REVISTA EXTRANJERA



SIEMPRE la cuestión oriental sigue produciendo algunas chispas que, no por aisladas, serán incapaces de provocar á la corta ó á la larga algún temible incendio.

De los países de los Balkanes parten de continuo rumores que anuncian las futuras irrupciones del mal contenido fuego, que bien pudiera ser precursor de una guerra europea. Primero se habló mucho de Bulgaria, con la destitución del Príncipe Alejandro de Battemberg y su sustitución por Fernando de Coburgo. Siguió luego hablándose de Servia, con el divorcio de sus Reyes y con la abdicación del Rey Milano después, y últimamente con el regreso del metropolitano Miguel y la prisión de un Ministro.

Tócale ahora el turno á Montenegro. El brindis del Czar declarando al Príncipe de este Estado el único amigo leal y sincero de Rusia se está discutiendo, y en estos momentos Turquía se preocupa de que se hayan dado las órdenes necesarias para que el ejército de aquel Principado pueda ser movilizado al primer aviso.

Es también cada vez mayor la tirantez de relaciones entre Alemania y Suiza, y las medidas que el Gobierno alemán se propone adoptar por haber sido expulsado del territorio

de la Confederación Helvética el comisario del Imperio, Wohlgemuth, consistirán en detener á los funcionarios suizos que pasen á Alemania, secuestrándoles los documentos que lleven; en no facilitar billetes de ferrocarril para Suiza á los que no tengan el pasaporte en regla, y en reglamentar el tráfico de la frontera, dando órdenes rigurosas á las aduanas para que vigilen con la mayor escrupulosidad todas las mercancías y aun las cartas que procedan de Suiza. El Gobierno alemán ha notificado al de Suiza que quedan interrumpidas las relaciones diplomáticas entre ambas naciones.

Es muy posible que, con motivo del incidente que ha dado lugar á esta situación entre aquellos dos países, se reproduza la cuestión suscitada años anteriores sobre la libertad y las facilidades que encuentran en la Confederación Helvética los conspiradores de todos los países que van allí, no sólo en busca de impunidad, sino que también de un lugar de asilo, á cuyo amparo pueden fraguar planes revolucionarios.

En Francia sigue el Gobierno violando cada día la tregua política impuesta por los intereses de la Exposición universal que se celebra. Los oportunistas franceses estaban temerosos de que Mr Ferry insistiese en su propósito de pronunciar en la Cámara el discurso que tenía preparado, porque temían que las derechas y los boulangéristas aprovecharan la ocasión de la muerte de Mr. Richaud, Gobernador de la Indo-China, para promover un escándalo en la Cámara. En efecto, estos temores eran fundados, porque Mr. Ferry habló y el escándalo se produjo; y es lo cierto que dicho hombre público no consiguió dar gusto á nadie. Discutiase el presupuesto de Instrucción pública, y Mr. Ferry, que tanto contribuyó al establecimiento de la enseñanza laica, hizo la apología de su obra, enaltecendo las ventajas del nuevo sistema, lo cual produjo grandes aplausos entre los radicales y protestas vivas de las derechas. Pero Mr. Ferry no se limitó á esto, sino que á la vez que cantó las excelencias de la enseñanza laica para congraciarse el aplauso de las izquierdas, quiso tener también el apoyo de las derechas, y enaltecó la paz religiosa, se opuso resueltamente á la su-

presión del presupuesto del culto, porque desencadenaría la guerra civil; defendió el Concordato como única solución práctica y racional, y afirmó que las asociaciones religiosas tienen derecho á un régimen más liberal, indicando que estaba dispuesto á examinar esta cuestión con la derecha.

Esta parte del discurso del Sr. Ferry produjo un efecto contrario al de la primera parte de su oración parlamentaria, y las derechas no pudieron menos de acoger con indignación tales aseveraciones, sobre todo después de oírle decir que nunca los católicos han sido más felices en Francia.

Á la detención y arresto de los boulangéristas Laguerre, Laissant y Deroulede en Angulema, adonde habían ido con objeto de asistir á un banquete de 500 cubiertos y de dar una conferencia política, sucedió una de las sesiones más borrascosas de la Cámara francesa, pues Mr. Gelliber, Diputado adicto á Boulanger, preguntó al Gobierno qué motivos había tenido para autorizar el arresto de los tres correligionarios citados, y las violencias que pusieron en conmoción á una población tranquila y trabajadora, pues en Angulema se había desplegado un aparato de tropa inusitado, y hasta se colocó una batería enfrente de la estación. Preguntó también al Gobierno si son sediciosos los dos únicos gritos que allí se dieron de ¡viva la República! y ¡viva Boulanger! El Ministro del Interior declaró que él es el autor de la orden para que se tomaran precauciones militares en Angulema; que ciertos personajes recorren el país agitando las poblaciones, haciéndose preparar manifestaciones, obstruyendo la vía pública y turbando la vida normal, y que los manifestantes de Angulema eran gentes compradas.

De ahí las declaraciones de intolerancia, amenazas, apóstrofes terribles y estrépitos violentísimos que constituyen la situación normal de la República francesa.

*
* *

Pero el más ruidoso de los sucesos europeos es la ya famosa apoteosis de Giordano Bruno, que hace una semana tiene en verdadera conmoción á Roma, excitando hasta el

delirio la fiebre revolucionaria, y sumida en profunda y justificada alarma á cuantos sienten amor al Vaticano.

En las correspondencias se leen detalles dignos de memoria. Al ver que en Roma se habían dado cita, en número de 50.000 almas, todas las logias masónicas de Italia, juntamente con las representaciones de otras muchas de Europa y aun de América, y las asociaciones más revolucionarias de la Península, aparte miles y miles de los estudiantes de las Universidades del Reino, con las legiones garibaldinas, llevando éstas la tradicional camisa roja, y aquéllas su gorro á lo catalanes, rojo, verde, azul ó negro, según las facultades que estudiaban, el Gobierno, que dejó crecer esta tempestad y esta demostración, á la par anticatólica y revolucionaria, empezó á tomar serias precauciones, diciendo al Rey, que ya había pensado partir para Nápoles, que aplazase á mañana su viaje, para poder hacer frente á los acontecimientos que pudiesen surgir en la capital del Reino, adonde llegaron numerosas legiones de la Guardia civil y agentes de orden público, juntamente con algunos regimientos para reforzar la guarnición. De igual manera, en el Vaticano se habían adoptado grandes precauciones, cerrándose las puertas de todos sus Museos durante tres días, concentrando dentro de sus palacios apostólicos, aparte los suizos y gendarmes pontificios, toda la Guardia noble y la palatina.

Una orden del Santo Padre dispensaba en el domingo, á las dignidades de la Iglesia que no tuviesen sus alojamientos inmediatos á éstas, de asistir al coro, y dejaba á la discreción de los párrocos cerrar sus templos, como lo realizaron muchos apenas dichas las primeras misas y antes de que empezase la gigantesca procesión anticatólica que, desde las Thermas de Diocleciano, se extendió por cuatro kilómetros y dos horas hasta el palacio de la antigua Cancillería apostólica, donde fué asesinado el Ministro Rossi. Por su parte, el Cuerpo diplomático, sabiendo sería grato al Santo Padre, acudió todo el representado cerca de la Santa Sede al Vaticano, cabiéndole el honer de ser el primero, y de haber contribuído mucho á demostración tan significativa, al Sr. De Ory, Representante de España, que escuchó ayer las frases

más sentidas y lisonjeras, así del Padre Santo como del Cardenal Secretario de Estado. El patriarcado romano se agrupó también en derredor del Pontífice, mientras otra gran parte de católicos de Roma, cerrando los balcones de sus casas, se ausentaron de ella, aprovechando la fiesta de la Virgen de Grutta-Ferrata, que se celebraba no lejos de Albano y de Frascati.

Las demostraciones en favor de Giordano Bruno habían comenzado desde el viernes con la llegada de las logias masonicas, las sociedades republicanas en su mayoría y las legiones de estudiantes de las Universidades, á todas las cuales, con músicas y banderas, iban á recibir en la estación los escolares de Roma y los comités anticlericales de la Ciudad Eterna. Porque esta demostración, en el fondo anticatólica, y no ya encaminada sólo contra el principado temporal de los Pontífices, sino contra su poder espiritual, revistió desde un principio el carácter también de una manifestación republicana, de la cual son buena prueba las muchas banderas rojas, varias con leyendas de las asociaciones republicanas, los mensajes de Aurelio Saffi y los discursos ante el busto de Garibaldi en el Capitolio del Diputado republicano Imbriani. Y naturalmente, siendo revolucionaria la doble apoteosis de Giordano Bruno y de Garibaldi, revistió en algún momento el colorido de un acto encaminado á reivindicar para la patria italiana Trento y el Tirol, ocupados—dijo Imbriani—por el odioso austriaco. El Gobierno había temido que esto tomase mayor desarrollo, y desde el primer momento envió numerosas fuerzas y policía á ocupar el palacio de Venecia, local de la Embajada de Austria cerca de la Santa Sede, como había guarnecido de tropas toda la columnata de la plaza de San Pedro y las avenidas que por el puente San Ángel y la puerta de Castelló se encaminan al Vaticano.

Tuvieron lugar la gran conferencia sobre la vida de Giordano Bruno en los salones del palacio de Bellas Artes y la fiesta dada por los estudiantes á todos sus demás colegas italianos en la Universidad de Roma. El profesor Trezza desenvolvió en su discurso el tema de que Giordano Bruno

inició en Italia la obra, que ésta lleva ahora á su realización, de acabar con la tiranía del Papado, aliado de la Inquisición; y el senador Moleschot, para dar la nota verdadera, dijo que estas fiestas de la moderna Roma, que recordaban las olímpicas de Grecia, consolidaban la libertad del pensamiento, combatida hasta el día por ese enemigo fiero y ambicioso que se llama el Vicario de Cristo. En la Universidad, adornada de trofeos y banderas é iluminada por la luz eléctrica, hubo cantos musicales, aclamaciones atronadoras, breve discurso del rector, baile con una galop infernal, en que tomaron parte algunas damas también, y por último, un *buffet*, donde el delirio llegó á tal extremo que platos, vasos y botellas todo voló por los aires. Aquella misma noche nueva demostración á las estudiantinas al llegar á la estación y músicas atronadoras de las infinitas arribadas á Roma, algunas de ellas vistiendo el uniforme rojo garibaldino y alternando este himno con la Marsellesa en las plazas de Colonna y Venecia.

No queremos proseguir. Apenas leer los detalles de la inauguración del monumento á Giordano Bruno. El Gobierno, que alentó indirectamente en un principio la glorificación del monje de Nola, se habrá convencido al fin, al advertir la participación que en ella han tomado las sociedades republicanas, que ha sido ésa una de tantas manifestaciones de la revolución, que odia igualmente á todos los poderes, y que si hoy se ensaña en el Pontificado, mañana buscará ocasión de hacerlo con la Monarquía de Saboya.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Tratado práctico de las enfermedades de los recién nacidos, por E. BOUCHUT. Traducido por el Dr. J. G. Hidalgo; ajustado á la última edición francesa, corregido y aumentado por el Dr. Luis Marco.—Tercera edición, aumentada con un número considerable de fórmulas y 189 grabados en el texto.—Madrid, Bailly-Baillière, editor, 1889.—En 4.º, 1.174 páginas. Precio: 20 pesetas.

Muy pocas palabras necesitamos decir en elogio de obra tan conocida: baste recordar que fué premiada por el Instituto de Francia, país en el que se han agotado ocho ediciones, y dos en España de la versión castellana que hizo el docto académico señor González Hidalgo. Obra de tanto mérito, que ha sido cuidadosamente revisada por el laborioso y sabio doctor D. Luis Marco y que se presenta

editada por el Sr. Bailly-Baillière, no ha menester de extensos ditirambos. La transcendencia del tema que en el libro se examina no se oculta á nadie; por esto estamos seguros de que no solamente los que dedican sus desvelos á la medicina, sino muchas otras personas estudiosas, se apresurarán á adquirirle.



En el Océano, por EDMUNDO DE AMICIS. Traducción de H. Giner de los Ríos.—Madrid, Agustín Jubera, editor, 1889.—En 4.º, 452 páginas. Precio: 4 pesetas.

Tan admirable y sentida es esta obra como cuantas han salido de la pluma del gran escritor italiano. Ni su argumento puede ser más sencillo, ni mayor el interés que despierta: narrar el viaje de un hermoso vapor

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

que va desde un puerto de Italia á la República Argentina con 1.700 emigrantes. Cuantos accidentes, tristes y alegres, pueden acontecer en tan larga travesía, los describe Amicis con su estilo elegante, flúido y agradabilísimo. Á la traducción, esmeradamente hecha por el Sr. Giner de los Ríos, precede una carta, bellísima por cierto, en la cual demuestra el autor el cariño que siente por España.

Fué editor de esta obra D. Agustín Sáenz Jubera, quien falleció de repente en Madrid el 3 del actual. Nosotros, que conocíamos su honradez, laboriosidad é inteligencia, hemos sentido profundamente su muerte, y enviamos el más sincero pésame á su distinguida familia, particularmente á nuestro amigo D. Agustín, hijo del finado y joven ingeniero de Caminos. ¡Que Dios haya premiado sus virtudes!

*
*
*

La période glaciaire, par A. FALSAN.—*París, Félix Alcan, editor, 1889.*—*En 4.º, 364 páginas con 105 grabados en el texto y 2 láminas. Precio: encuadernado á la inglesa, 6 pesetas.*

También pertenece este volumen á la notable *Biblioteca científica internacional*. Su distinguido autor refiere en él una fase bastante reciente de la vida de nuestro planeta, fase que á menudo se ha puesto en duda porque parecía contradecir la evolución regular de la Tierra, según las teorías de Laplace. Pero ha sido necesario rendirse á la evidencia. Hace cierto número de siglos los glaciares invadieron los valles y llanos más pinto-

rescos. Partían de ellos ríos sólidos que marchaban, sin embargo, como los ríos de agua de nuestros días y transportaban á grandes distancias enormes cantos erráticos arrancados á las cúspides de las montañas más elevadas. Las regiones más cálidas no se libraron de esa invasión, que ha dejado señales en muchos sitios.

Mr. Falsan discute todas las causas que pudieron determinar esos extraños fenómenos; numerosas figuras, perfectamente grabadas, facilitan la comprensión de tan misteriosos hechos.

*
*
*

Escuela de Medicina de Sevilla. *Curso de 1887 á 1888.*—*Trabajos prácticos efectuados en el anfiteatro anatómico, en los laboratorios, en las clínicas y en la policlínica.*—*Sevilla, 1888.*—*En 4.º, 282 páginas.*

Hojeando este libro se comprende la importancia grande de los múltiples trabajos que se efectúan en la renombrada Academia de Medicina de la hermosa ciudad del Guadalquivir. Su ilustre director, D. José Moreno Fernández, puede estar orgulloso de la inteligencia y laboriosidad de sus subordinados; al país toca aplaudir como merece á quien, con su hábil dirección, ha logrado que la Facultad de Medicina de Sevilla sea una de las mejores de España, en la cual se progresa de continuo y se hacen experimentos que llaman la atención de los sabios. Reciban su director y catedráticos, tan entendidos como celosos, nuestra más entusiasta enhorabuena.

*
*
*

La Philosophie dans ses rapports avec les sciences

et la religion, par J. BARTHÉLEMY-SAINTE HILAIRE.—*París, Félix Alcan, editor, 1889.—En 4.º, 280 páginas. Precio: 5 pesetas.*

Digna de especial atención es esta obra, que pertenece á la *Biblioteca de Filosofía contemporánea*. Después de indicar su ilustre autor los ataques, desdenes y prevenciones de que hoy día es objeto la filosofía, que parten de campos muy opuestos, muestra que esos sentimientos de hostilidad ó de desconfianza no están justificados y que se fundan en ideas erróneas. Establece que la Filosofía, tan necesaria á los Estados como á los individuos, responde á una imperiosa necesidad del entendimiento humano, al cual honra, y que, como dijo Leibnitz, es eterna. Nadie mejor que el sabio académico y traductor de las obras de Aristóteles podía hacer dicha defensa. Brillan en Mr. Barthélemy-Saint Hilaire lenguaje tan moderado y estilo tan elegante, que recabará muchos aficionados para la Filosofía.



La Chaleur animale, par CH. RICHEL.—*París, Félix Alcan, editor, 1889.—En 4.º, 307 páginas con 47 grabados. Precio: encuadernado á la inglesa, 6 pesetas.*

Desde Lavoisier á Claudio Bernard, forma el calor animal el problema fundamental de la fisiología. El ilustre profesor de la Facultad de Medicina de París, Mr. Ch. Richet, le dedica un libro nuevo en la *Biblioteca científica internacional*, que dirige Mr. Em. Alglave, su predecesor en

la dirección de la *Revue Scientifique*. Aquel libro, que condensa un año de enseñanza en la Escuela de París, resume las principales teorías expuestas sucesivamente é indica el estado actual de la cuestión. Encuéntranse en él multitud de experiencias recientes y de hechos curiosos. Estúdiase la temperatura del cuerpo, no solamente en el estado de salud y para todos los órganos, sino también en las diversas enfermedades, bajo la acción de diferentes venenos y hasta después de la muerte.



Otras publicaciones.

El eruditísimo escritor D. Luis Viard ha publicado una curiosa obrita titulada *Vida y escritos del Teniente coronel de Artillería D. Vicente de los Ríos*. Se lee con tanto gusto y provecho, como todas las del mismo autor.

El Sr. Cabezas de Herrera ha impreso el notable *Informe emitido por el Consejo de Ultramar sobre la conveniencia de establecer en Filipinas Bancos hipotecarios*.

La librería de Hijos de Cuesta (calle de Carretas, 9) ha publicado un libro que siempre es útil y oportuno, denominado *Nuevo manual de urbanidad, cortesanía, decoro y etiqueta*. Contiene multitud de reglas, consejos y advertencias que importa mucho conocer á todos. Forma el libro un tomo de 223 páginas, y cuesta 2,50 pesetas.

R.